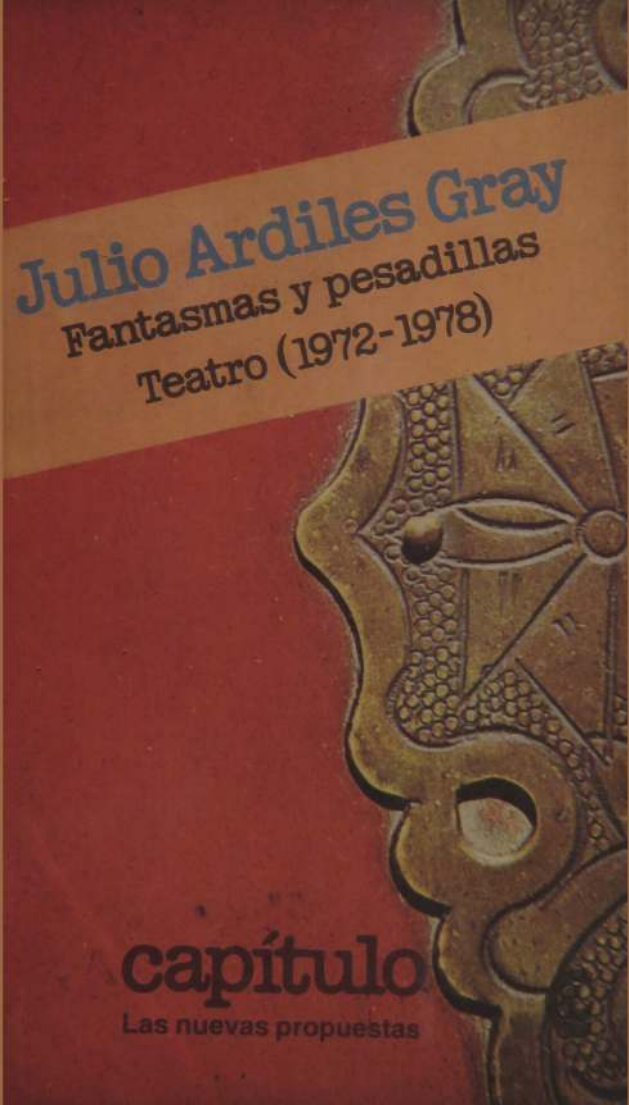
Julio Ardiles Gray

Fantasmas y pesadillas

Teatro (1972-1978)



capítulo

Las nuevas propuestas

Ceremonia inútil
La Flor Azteca
Cambiemos los papeles

capítulo

Las nuevas propuestas

Julio Ardiles Gray

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA "EMILIO CARILLA"
REGISTRO Nº 107218
C. D. .....

Fantasmas y pesadillas
Teatro (1972-1978)

Ceremonia inútil
La Flor Azteca
Cambiemos los papeles

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

Dirección: Susana Zanetti
Secretaría de redacción: Graciela Beatriz Cabal
Asistencia técnica: Jorge Alberto Warley
Asesoramiento artístico: Oscar Díaz
Diagramación: Gustavo Valdés, Alberto Oneto, Diego Oviedo
Coordinación y producción: Natalio Lukawecki, Juan Carlos Giraudo

© 1983 Centro Editor de América Latina S. A. - Junín 981, Buenos Aires.
Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina. Impreso en mayo de 1983. Tapa: Talleres Gráficos FA.VA.RO. SAIC y F. Independencia 3277/79, Buenos Aires. Pliegos interiores: Compañía General Fabril Financiera S.A., Iriarte 2035, Buenos Aires. Distribuidores en la República Argentina Capital: Mateo Cancellaro e Hijo, Echeverría 2489, 5to. C, Buenos Aires. Interior: Ryela SACIF y A. Belgrano 624, 6to. piso, Buenos Aires.

ISBN 950 25 0668 5

CEREMONIA INUTIL

Esperpento en dos actos

Esta pieza fue entrenada en el Teatro Payró, de Buenos Aires, el 15 de agosto de 1975 por el Grupo de Teatro Contemporáneo dirigido por Osvaldo Pelletieri.

A Gabriela Massuh

PERSONAJES

JOSEFA: 50 años
CARMELA: 45 años
TERESA: Un poco más de 40 años

Sala de una casa provinciana perteneciente a una familia que hace mucho tiempo fue rica pero que ahora está en plena decadencia, tanto, que la decadencia es un personaje invisible: se cuela por todos lados. Está en los muebles manchados, en las vitrinas sucias que guardan reliquias amohosadas, bibelots inútiles, recuerdos históricos que ahora a nadie le importan, en las telarañas que cuelgan del cielorraso, en un polvo fino e invisible que llueve sobre las cosas muertas o a punto de morir.

La sala al mismo tiempo sirve de comedor. La mesa con cuatro sillas está a la izquierda. A la derecha un sofá con almohadones de raso gastado. Frente al sofá, una mesita donde se acumulan chucherías sin importancia. Detrás, su cómoda de estilo con varios cajones y encima de ellos, viejos candelabros. Al fondo una amplia ventana dice a las claras que hace mucho que no ha sido abierta. Las cortinas, llenas de tierra, parecieran que se van a desplomar de viejas en cualquier momento.

En el sofá y en las sillas están sentadas grandes muñecas de paño lenci.

La puerta de la izquierda lleva a la puerta cancel. La de la derecha, a los dormitorios y habitaciones interiores.

En la casa viven Teresa, Carmela y Josefa, tres solteronas que han pasado los 40 años. Josefa es la mayor, tiene un aspecto hombruno, voz fuerte: en el juego reproducirá la imagen del padre. Carmela es dulce: representa a la madre. Teresa, aniñada, es la hija. Porque las tres solteronas, encerradas en el viejo caserón, tratan por todos los medios de preservar la familia que perdieron con la muerte de la madre y del padre cuando todavía eran adolescentes. Esta obra, por esa razón, es un largo ceremonial para detener al tiempo que se les escurre de los dedos. De allí también, el título.

Al levantarse el telón Carmela y Teresa juegan al "rango" o "primera sin tocar".

ACTO I

ESCENA I

TERESA. – Ahora, mamá, ponete así. Yo voy a saltar.

CARMELA. – ¡Basta, hija, basta! ¡Que puede venir tu padre!

TERESA. – Un momentito, no más. Por eso mismo. Ese gruñón siempre me está persiguiendo.

CARMELA. – No hablés así de tu padre, niña.

TERESA. – Vos sos buena, mamá. Ponete como te digo. (*Carmela se pone inclinada apoyando las manos en las rodillas*) ¿Ahora? . . . ¡Voy. . .! (*Teresa corre y salta por encima de Carmela*) " ¡Primera sin tocar! " (*Jadeando y volviendo a su posición inicial*) ¡No te movás. . . no te movás!

CARMELA. – ¡Basta, hija! ¡Basta! Puede venir tu padre. ¡Ay, si me encontrara en esta posición! ¡Las cosas que me hacés hacer!

TERESA. – ¡¡¡Voy! ! ! (*Corre, pero al llegar se detiene y con su traste choca el traste de Carmela*)

CARMELA. – ¡Chica!

TERESA. – ¡Segunda culatera! (*Luego retrocede unos metros, corre y la salta*)

CARMELA. – (*Incorporándose.*) ¡Basta! ¡Te he dicho que basta!

TERESA. – No. No. Ponete un momentito más Todavía faltan varias cosas.

CARMELA. – (*De mala gana vuelve a la posición en que estaba.*) Pero cuidado. No me vas a hacer una cochinada.

TERESA. – No. Te lo juro mamita que no.

CARMELA. – Ya son las siete. Tu padre no tardará en llegar.

TERESA. – ¿Lista?

CARMELA. – ¡Lista!

TERESA. – " ¡Tercero simplín! " (*Corre y la vuelve a saltar.*)

CARMELA. – Ya no tengo edad para estos juegos (*Se incorpora.*)

TERESA. – ¡No! ¡No! Ponete un poco más (*Carmela se agacha a desgano, Teresa corre y grita: ¡Cuarta, pongo mi manta! Salta y al saltar le deja sobre la espalda un pañuelo rojo.*) ¡No te movás mamá, no te movás!

CARMELA. – ¡Chica! ¿Qué me has puesto?

TERESA. – Un pañuelo, mamá. Un pañuelo. Así es el juego.

CARMELA. – Yo no sé dónde aprendés estos juegos.

TERESA. – Me lo enseñó el hijo del almacenero.

CARMELA. – Pero son juegos de muchachones brutos y vos sos una niña.

TERESA. – Pero son divertidos. ¿No lo encontrás que es divertido?

CARMELA. – Si tu padre se enterara.

TERESA. – Seguro que él cuando tenía la edad del chico del almacenero también jugaba. No siempre ha sido serio ni grande.

CARMELA. – Me duelen los riñones.

TERESA. – ¡Esperá, mamá! ¡Un momentito! Ya vas a ver qué lindas son las otras prendas (*Teresa pone distancia. Luego corre y grita:*) " ¡Quinta, saco mi cinta! " (*Salta y al saltar levanta el pañuelo rojo.*) Falta otra, falta otra. (*Corre a ponerse en el extremo de la escena para saltar de nuevo.*)

CARMELA. – ¡Hasta cuándo!

TERESA. – ¡Hasta el número diez! (*Se lanza a la carrera.*) " ¡Séptima, espuelita! " (*Salta y al saltar le da un golpe en el trasero con el talón.*)

CARMELA. – (*Incorporándose.*) ¡Niña! ¡Basta, ya!

TERESA. – ¡No, no, no! ¡Por favor, mamá! Faltan tres (*Corre. Antes de saltar se detiene y comienza a hacer como si amasara sobre la espalda de Carmela.*) " ¡Noveno amaso mi pan! " (*Salta y vuelve a su lugar.*)

CARMELA. – ¡Tengo los riñones a la miseria!

TERESA. – ¡Falta una! ¡Falta una! Después me pongo yo.

CARMELA. – Eso no. No pienso saltar. ¡No faltaría más!

TERESA. – ¡Cuidado, ahí voy! (*Corre pero antes de saltar la toma con las manos de la ropa como si fueran dos garras y tratan de levantarla tres veces.*) " ¡Décima, el águila hambrienta! " (*Salta.*)

ESCENA II

(*Carmela fatigada se incorpora.*)

CARMELA. – ¡Basta, basta! Ya no tengo edad para estos juegos.

TERESA. – ¡Un poquito más! ¡Un poquito más!

CARMELA. – ¡Pronto vendrá tu padre!

TERESA. – ¡Ufa! Me tiene harta.

CARMELA. – No hables así de tu padre.

TERESA. – La tiene conmigo.

CARMELA. – Tu padre, es tu padre.

TERESA. – Yo no lo he elegido.

CARMELA. – Dios así lo ha querido.

TERESA. – El día que me encuentre con ese señor Dios le voy a decir lo que pienso.

CARMELA. – ¡Teresa!

TERESA. – Sí. Se lo voy a decir. Le voy a pedir que me lo cambie por otro padre mejor.

CARMELA. – No encontrarás otro padre mejor. ¿No ves cómo trabaja, cómo se sacrifica por nosotras?

TERESA. – Esa es su obligación.

CARMELA. – (*Yendo a sentarse en una silla, donde está una de las muñecas, cansada.*) Y ahora te digo basta.

TERESA. – (*Cuando Carmela está a punto de sentarse.*) ¡No te sientes sobre Pepita!

CARMELA. – (*Dando un salto.*) ¿Quién es Pepita?

TERESA. – (*Señalando a la silla.*) ¡Esa chica!

CARMELA. – No empieces, Teresa, no empieces.

TERESA. – Pepita es amiga mía.

CARMELA. – (*Socarrona.*) ¿Sí? ¿Dónde la conociste?

TERESA. – En la plaza. Jugamos juntas. (*Carmela se apresta a escuchar la historia e intenta sentarse en otra silla donde está otra muñeca.*) ¡Cuidado! ¡No te vayas a sentar sobre Manuelita!

CARMELA. – (*Dando un salto.*) ¿Pero quién es Manuela?

TERESA. – La hermana de Pepita.

CARMELA. – (*Como si comenzara a fastidiarse.*) Te he dicho ¡Teresa! que termines de una buena vez por todas. Tu padre está a punto de llegar. No quiero que te sorprenda jugando. Ya es tarde. Tienes que comer, hacer tus tareas e irte a dormir. Mañana hay que madrugar.

TERESA. – ¿No me crees?

CARMELA. – Sí. Si te creo.

TERESA. – Está bien. (*Arrima la silla donde está "Manuela" a la de "Pepita".*) Pero dejame un momento. Te presento a "Manuela".

CARMELA. – (*Siguiendo el juego a desgano.*) Mucho gusto, "Manuela".

TERESA. – Te presento, a "Pepita".

CARMELA. – (*Idem.*) Mucho gusto, Pepita.

TERESA. – (*Dirigiéndose a la silla de Manuela.*)¿Leocadia? . . . ¿Cómo? . . .

CARMELA. – ¿Qué dice?

TERESA. – Ya viene, ya viene. (*Dando un grito y corriendo hacia una tercera silla, donde hay una tercera muñeca.*) ¡Cómo te va Leocadia! ¡Tanto tiempo! ¿Cómo? ¿Estabas en la escuela? ¿Te hicieron quedar porque no sabías la lección? ¡Qué lástima! Nosotras recién llegamos. Vení. Te presento a mi mamá. (*Arrima la silla hasta donde está Carmela.*) Vení. No tengas miedo. Es muy buena. No es como tu papá. (*A Carmela.*) Mamá: Te presento a Leocadia, la hermana mayor de Manuela y de Pepita.

CARMELA. – (*Vacilando.*) Mucho gusto. . .

TERESA. – Te presento a Manuela y a Pepita.

CARMELA. – (*Mismo juego.*) ¡Mucho gusto, chicas!

TERESA. – (*En voz baja a Carmela.*) ¿No tendrías algo, mamá, para que le convidáramos?

CARMELA. – (*También en voz baja.*) No. Ya es tarde. Me imagino que tienen que ir a su casa.

TERESA. – (*A las muñecas "Manuela", "Pepita" y "Leocadia".*) ¿Ustedes ya comieron? ¿Cómo? (*A Carmela.*) Dicen que sí.

CARMELA. – (*A Teresa en voz baja.*) Pero vos, no. Pronto va a venir tu padre.

TERESA. – (*A "Manuela", "Pepita" y "Leocadia".*) ¿Que se quedaron sin postre? Creo que aquí hay algo dulce. (*A Carmela.*) ¡Mamá, no me hagas pasar papelones! ¡Traeles un poco de dulce, unas masitas!

CARMELA. – (*A Teresa.*) Ya te he dicho: Tu padre volverá en cualquier momento. Si te encuentra comiendo dulces se va a enojar conmigo.

TERESA. – No me hagás pasar papelones. Cuando yo voy a su casa vieras las cosas ricas que me convidan. (*A las "chicas".*) ¿Les gustaría unos helados?

CARMELA. – (*Entrando en el juego, afligida.*) ¡No, no! ¡Helados, no! Son para tu padre. (*A las "chicas", en voz alta.*) Y ustedes, chicas, ¿por qué las dejaron sin postre?

TERESA. – (*En voz baja.*) Eso no se pregunta, mamá.

CARMELA. – (*A Teresa, insidiosa.*) Vos preguntales por qué las dejaron sin postre. Vamos, decile. O les pregunto yo, otra vez.

TERESA. – (*Enfunfurruñada.*) Chicas: mamá quiere saber por qué las dejaron sin postre. ¿Cómo? Claro, claro.

CARMELA. – (*Intrigada.*) ¿Qué dicen?

TERESA. – (*Triunfal.*) ¡Que son pobres! En la casa de los pobres no hay postres.

CARMELA. – ¡Pobres!

TERESA. – Callate, mamá. No hables fuerte. Las podés ofender.

CARMELA. – (*Desarmada.*) Solo dije: "¡Pobres!" No dije: pobres.

TERESA. – Mamá, me estás haciendo pasar papelones delante de mis amigas. ¿Hay o no hay helados?

CARMELA. – Ya te he dicho que son para tu padre. Además se enoja si no comés la comida. Seguro que si comés helados antes, después no vas a comer la comida.

TERESA. – Les das el helado mío. Yo no pienso comer helados antes de la comida.

CARMELA. – (*Confundida.*) Pero, es que. . .

TERESA. – ¡Vamos, mamá! (*A las muñecas.*) Chicas: mamá dice que les traerá helados.

CARMELA. – (*Mismo juego a las muñecas.*) Pero antes, ¿por qué no me cuentan algo de sus vidas? ¿Qué hacen? ¿Estudian? ¿Le ayudan a su mamá?

TERESA. – (*Por lo bajo.*) ¡Mamá, no seas indiscreta! Ya sabés cómo son los pobres de sensibles.

CARMELA. – (*Disculpándose.*) Yo quería saber. . . para. . . ver si las puedo ayudar.

TERESA. – (*A la muñeca "Manuela".*) ¿Cómo? ¡Ah, claro! lo de siempre.

CARMELA. – ¿Qué dice?

TERESA. – El padre trabaja mucho. La madre cose para afuera.

CARMELA. – Decile que yo las puedo ayudar dándoles algunas costuras que tengo.

TERESA. – Dice mi mamá que puede ayudar a tu mamá dándole algunas costuras.

CARMELA. – (*Cada vez más intrigada.*) ¿Qué dice?

TERESA. – (*A la muñeca.*) ¿Cómo? No, no es caridad. Mi mamá necesita que la ayuden.

CARMELA. – ¿Qué dice?

TERESA. – Que si es por hacer caridad, no. Son muy orgullosas. Pobres, pero orgullosas.

CARMELA. – (*A la muñeca.*) No he querido ofenderlas. En verdad, necesito. . . Lo mismo le voy a pagar a una costurera desconocida.

TERESA. – (*Imperiosa, por lo bajo.*) ¡El helado!

CARMELA. – (*Afligida.*) ¡Sí, sí, ya voy! Esperá un rato.

TERESA. – Se están por ir.

CARMELA. – Antes quiero saber si van a la escuela.

TERESA. – Las tres van a laescuela.

CARMELA. – (*Tratando de hacer tiempo.*) ¿Quieren mucho a su papá y a su mamá?

TERESA. – (*Dura.*) A su mamá, sí. A su papá, no tanto.

CARMELA. – ¿Por qué no tanto?

TERESA. – La madre es muy buena. El padre es muy severo, como todos los padres.

CARMELA. – Pero en el fondo debe ser un hombre bueno.

TERESA. – La hace sufrir mucho a su mujer.

CARMELA. – ¡Dios mío!

TERESA. – Pero no tiene la culpa. Es la falta de dinero. En la casa de los pobres la madre siempre tiene que aguantar estas cosas. Y las hijas mujeres, también.

CARMELA. – (*Saliendo del juego.*) ¡Ya sé, ya sé!

TERESA. – No podés saber, mamá. Vos no sos pobre.

CARMELA. – (*Entrando en el juego.*) Pero tu padre...

TERESA. – Todos los hombres son así. Les gusta hacer sufrir a sus mujeres. Si no, no serían hombres.

CARMELA. – Pero tu padre es bueno, me quiere, te quiere.

TERESA. – No sé. (*A las muñecas.*) ¿Cómo? ¿Ya se van? No, esperen. (*A Carmela.*) ¡Traé el helado, mamá! Las chicas se van. Ya es tarde. Si llegan tarde el padre les pegará, las pondrá en penitencia.

CARMELA. – Sí, sí... ya voy. (*Sale apresurada. Teresa queda sola. Conversa en voz baja con la muñecas. Discute con ellas. Luego se reconcilia. Comadrea, se pavonea. Luego se sonroja como si le estuvieran hablando de un muchacho. Presume. Carmela vuelve con un helado.*)

CARMELA. – Aquí tenés. Es el tuyo. Pero que coman rápido y se vayan. Tu padre está por llegar.

TERESA. – (*Arrebatándole el helado. A las muñecas.*) ¿Vos, Manuela, querés? ¿No? Bueno, tu parte se la doy a Pepita. ¿También a Leocadia? Bueno, la mitad para Pepita y la mitad para Leocadia, de tu parte, claro. Así que divido el helado en tres partes y la tercera parte la divido a su vez en dos. Muy bien. Tomá. (*Se acerca a la primera muñeca levanta una gran cucharada de helado, hace como si se la aproximara a la boca del personaje y luego se la come. Saborea apresuradamente. Luego de*

tragar dice:) ¿Está rico? Sí, mi madre tiene una mano para los helados. Ella los hace ¿Dónde? En la garrafa. . . dónde querés que los haga. No. No tenemos. (*A la otra muñeca.*) Ahora te toca a vos. Abrí la boca. No me vayás a hacer caer el helado en el vestido. (*Levanta otra gran cucharada de helado, hace como si la aproximara a la boca del personaje y luego se la traga rápidamente.*)

CARMELA. – ¡Apurá, Teresa!

TERESA. – ¡Esperá, mamá! (*A una de las muñecas.*) No sabés, Leocadia, lo que te has perdido. ¿No es así, chicas? Está bueno el helado, ¿no?

CARMELA. – Oigo pasos. Debe ser tu padre.

TERESA. – No son las ocho. El siempre viene las ocho. (*La puerta se abre. Aparece Josefa. Fuma un cigarro habano y lleva un traje y un sombrero de hombre.*)

CARMELA. – ¡Víctor!

TERESA.–(*Con la boca llena por la última cucharada del helado.*) ¡Papá! . . .

ESCENA III

JOSEFA. – (*Arrojando el cigarro y dejando el sombrero en un perchero.*) ¡Así es como cumplen mis órdenes! (*A Teresa.*) Vení para acá, vos.

TERESA. – Yo. . . este. . . les convidaba helado a mis amigas.

JOSEFA. – ¿Qué amigas? Yo no veo amigas por ningún lado.

CARMELA. – Estábamos jugando. . .

JOSEFA. – Y comiendo helado antes de la cena. Para que la chica después no coma. (*A Carmela.*) Vos también tenés la culpa. No hacés sino malcriarla.

CARMELA. – Me prometió que iba a comer toda la comida.

TERESA.– Te lo juro, papá. Voy a comer todo.

JOSEFA. – Ya sos grande. Pronto vas a cumplir 15 años. No sos una nena. Pero vos te obstinás en no querer crecer, mentalmente me refiero. Parecés de cinco años con tus caprichos.

CARMELA. – No hace mal a nadie. . .

JOSEFA. – Usted no me discute. Siempre se pone de parte de ella. Por eso es una malcriada.

CARMELA. – ¡Víctor!

TERESA. – ¡Papá! ¡Mi madre no tiene la culpa!

JOSEFA. – (*A Teresa.*) ¡Usted se calla cuando hablan los mayores!

TERESA. – ¿Y cómo querés que crezca si vos sos el primero en no dejarme crecer? Cuando quiero dar mi opinión como un ser adulto, vos me tratás de chica.

CARMELA. – La niña tiene razón.

JOSEFA. – ¿Has visto? ¿Has visto? Siempre te ponés de parte de la mocosa. Como querés, mujer, que yo tenga autoridad en esta casa. (*A Teresa.*) A ver: ¿Qué es lo que estabas haciendo?

TERESA. – Jugando con mis amigas. Querés que te las presente. (*Corre, lo toma de la mano y lo arrastra hasta las muñecas.*) ¡Chicas, chicas! ¡Llegó mi papá! ¡Vieron qué hermoso es! ¡No es tan malo como dicen por ahí!

JOSEFA. – (*Desorientada.*) No veo a ninguna de tus amigas por aquí. ¿Dónde están?

TERESA. – ¡Ahí! (*Señala las muñecas.*) ¿No las ves? Manolita, Pepita y Leocadia. Viven a la vuelta. Sus padres son pobres.

JOSEFA. – Ya te he dicho que no quiero que te juntes. . .

CARMELA. – ¡Víctor! ¡Por favor! No tienes por qué ofender a las niñas.

TERESA. – ¡Papá! ¿Viste que sos malo? Tienen razón en decir por ahí que sos malo y que haces sufrir a tu mujer y a tu hija.

JOSEFA. – No me importa lo que anden diciendo por ahí. Yo soy el que impongo el orden y la autoridad en esta casa.

CARMELA. – La niña. . .

JOSEFA. – ¡Usted se calla! ¡Cuando su marido habla, usted se calla!

TERESA. – ¡Tirano!

JOSEFA. – ¿Cómo has dicho?

CARMELA. – Pedile disculpas a tu padre, niña.

JOSEFA. – ¡Vení para acá! ¿Cómo has dicho?

TERESA. – Que sos un tirano y lo sostengo.

JOSEFA. – Traiga el rebenque que está en el aparador. Yo le voy a enseñar a ser atrevida con su padre.

TERESA. – No quiero.

JOSEFA. – (*Sorprendida.*) ¿Cómo?

TERESA. – ¡Que no quiero!

CARMELA. – ¡No, Víctor, no! No comencemos. Que me sube la presión.

JOSEFA. – Eso es un cuento. El cuento de la presión te sirve para muchas cosas.

TERESA. – ¡Un día la vas a matar a mi madre!

CARMELA. – Me voy a desmayar.

TERESA. – ¡Sos un hereje!

JOSEFA. – Seguí insultando a tu padre. Vaya y traiga el rebenque que está en el aparador.

TERESA. – ¡Te he dicho que no quiero!

JOSEFA. – Vas a ver, entonces. (*Va hacia el aparador y saca un rebenque con cabo de plata.*)

TERESA. – Atrevete a pegarme. Ya no soy una chica. Soy una señorita.

CARMELA. – La niña tiene razón. Ya no es una niña. Pronto va a cumplir 15 años. Le haremos una fiesta. La fiesta de los 15 años.

JOSEFA. – No habrá fiesta.

TERESA. – ¡Me voy a ir de esta casa!

CARMELA. – (*Melodramática.*) ¡No, hija, eso no! ¡Nunca digas semejante cosa!

JOSEFA. – ¿Dónde vas a estar mejor que en tu casa? Si no sabés hacer nada.

TERESA. – Voy a entrar de sirvienta. Estoy segura que me van a tratar mejor que aquí.

CARMELA. – ¡Calmate, Víctor! ¡Calmate!

JOSEFA. – Venga para acá (*Se sienta en el sofá.*) Póngase sobre mis rodillas.

TERESA. – ¡Nunca!

(*Josefa corre a Teresa por la habitación, como si jugara a un juego infantil. Rodean las sillas, el sofá, la mesa. Josefa resopla.*)

JOSEFA. – ¡Cuanto más tarde sea peor será!

TERESA. – (*Pasando por cerca de una de las muñecas.*) ¡Estoy segura, chicas de que ustedes no tienen un padre tan malo como el mío!

JOSEFA. – ¿A quién le hablás?

TERESA. – A mis amigas.

JOSEFA. – (*Deteniéndose, desorientada.*) ¿Dónde están?

TERESA. – ¿No las ves?

JOSEFA. – (*Sorprendida.*) No las veo.

CARMELA. – La niña está jugando, Víctor. Como siempre. Si tuviera amigas. Si vos la dejaras salir a jugar...

JOSEFA. – A la calle. Nunca. Ya sabés lo que aprenden en la calle las niñas.

TERESA. – ¡Así nunca voy a crecer!

CARMELA. – La niña tiene razón.

JOSEFA. – ¿Has visto? Es una malcriada porque vos te ponés de parte de ella.

TERESA. – Las chicas están ahí (*señala en dirección a las muñecas, ahora.*)

JOSEFA. – Cada día se vuelve más mentirosa.

CARMELA. – Pero es un juego inocente.

JOSEFA. – Ya es hora de que pase la hora de la inocencia.

TERESA. – (*A las muñecas de nuevo.*) ¡Cuando vayan a su casa, chicas, cuéntenles a su mamá y a su papá cómo es mi padre conmigo, cómo nos hace sufrir, a mi madre y a mí!

JOSEFA. – ¡No contarán nada!

TERESA. – Sí, chicas, sí.

JOSEFA. – No. Si cuentan no van a entrar nunca más aquí.

CARMELA. – (*Apaciguadora.*) Las niñas no dirán nada. ¿No es cierto, queridas?

TERESA. – ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!.

JOSEFA. – No. He dicho que no.

TERESA. – Ahora tenés vergüenza de que los vecinos sepan cómo sos. ¡El honorable señor González, contador del Banco de la Provincia, en su casa es un ogro. Tortura a su mujer y a su hija. No deja que ésta crezca. No deja que sea una mujer. El es el culpable de que siga siendo una niña.

JOSEFA. – ¡Silencio! ¡Respetá a tu padre!

TERESA. – ¡Respetá primero a tu mujer y a tu hija!

CARMELA. – Me voy a desmayar.

JOSEFA. – ¡Vení! Para que te diga algo.

TERESA. – ¡No!

JOSEFA. – ¡Vení! Si venís no te pego.

TERESA. – Soltá primero el rebenque.

JOSEFA. – ¡Hacele caso a tu padre!

TERESA. – Soltá primero el rebenque.

CARMELA. – ¿Por qué Dios me mandará estas penurias? ¿Qué habré hecho yo? ¡Dios mío!

JOSEFA. – (*Reiniciando la persecución.*) ¡Vení! ¡Ahora va a ser peor!

TERESA. – ¡No me podrás alcanzar! Ya estás viejo. Te vas a morir. Te va a dar un ataque al corazón.

CARMELA. – ¡A mí me va a dar un ataque al corazón!

(*Josefa y Teresa corren alrededor de la mesa. Teresa huye hacia Carmela y se refugia detrás de ella. Josefa le da alcance. Carmela se aferra a Teresa. Josefa consigue tomarla de un brazo y las arrastra a las dos hasta el sillón.*)

CARMELA. – ¡Por el amor de Dios, Víctor! ¡No le hagas daño a Teresa!

TERESA. – ¡Ay, ay, ay, ay, ay!

JOSEFA. – ¡Te voy a enseñar a respetar a tu padre!

TERESA. – ¡Las chicas te están mirando! Después van a contar por todo el barrio!

JOSEFA. – ¡Basta! Estoy harto de tus mentiras. Las chicas no existen.

TERESA. – ¡Sí, existen! No las ves. Los que son malos no las ven. Ahora están muertas de miedo.

CARMELA. – ¡Dejá a la niña, Víctor, te lo suplico por la memoria de tu madre!

JOSEFA. – Mi madre le enseñó a su hijo a respetar a su padre. No como otras madres que le fomentan a su hija todos los caprichos.

TERESA. – ¿No es cierto que van a contar en sus casas y por todo el barrio lo que han visto, chicas? ¿Cómo? ¡Sí! (*A Josefa.*) ¡Dicen que sí!

JOSEFA. – ¡No me importa! ¡Si quieren les compro una bocina para que vayan diciéndolo a los gritos por ahí!

CARMELA. – ¡Te lo juro que será la última vez!

JOSEFA. – Siempre es la última vez.

TERESA. – ¡Socorro chicas, socorro! ¡Vayan a la policía a pedir auxilio! ¡Mi padre me quiere matar!

JOSEFA. – (*Levantándole las faldas y dándole tres*

fuertes rebencazos en las nalgas.) Uno... dos... tres... (*La deja.*)

TERESA. – (*Corriendo a refugiarse en brazos de su madre.*) ¿Has visto, mamá? Es un ser cruel y despiadado. Por eso no me voy a casar nunca, de miedo a que me toque un marido como mi padre.

CARMELA. – (*Acariciándola.*) ¡Ya está, ya pasó, ya pasó!

JOSEFA. – (*A Teresa.*) Ahora vaya adentro que tengo que arreglar este asunto a solas con su madre.

TERESA. – (*Gritando.*) ¡No! ¡A mi madre, no! ¡No vayas a querer ponerle la mano encima a mi madre! ¡Pegame a mí todo lo que quieras, pero a mi madre, no!

JOSEFA. – Vaya, le digo. ¿O quiere que le dé otros azotes?

CARMELA. – (*Abrazándola dulcemente y llevándola hasta la puerta lateral derecha.*) Vaya, mi hija. Vaya. No me va a pasar nada. Vamos a conversar con su padre.

TERESA. – (*Antes de salir, a Carmela.*) Si necesitás ayuda gritá. Llamame. Yo salto por la ventana y voy a pedir auxilio. (*A las muñecas.*) Adiós, chicas, ustedes son testigo de todo lo que pasa en esta casa. (*Sale.*)

ESCENA IV

JOSEFA. – Carmela, tengo que hablarte seriamente. Teresa no puede seguir así.

CARMELA. – (*Lacrimógena.*) ¡Lo que ocurre, Víctor, es que vos sos demasiado severo!

JOSEFA. – ¡Ya no es una niña, es toda una señorita!

CARMELA. – Con tu dureza no conseguirás nada.

JOSEFA. – Cada día miente más.

CARMELA. – Son cosas sin importancia.

JOSEFA. – Se comienza por mentir banalidades. Luego se miente en cosas fundamentales.

CARMELA. – Pero en el fondo es una buena chica.

JOSEFA. – ¡No la defiendas!

CARMELA. – Vos solo la conocés los pocos minutos que estás en casa.

JOSEFA. – ¿Me reprochás que no esté todo el día en casa? Si vos sabes que tengo que trabajar como un burro. Mi sueldo no me alcanza. Por eso hago horas extras.

CARMELA. – Pero tu cargo en el banco. . .

JOSEFA. – ¿Querés decir que desconfiás de mi palabra?

CARMELA. – Pero yo veo a otros que con tu mismo sueldo. . .

JOSEFA. – Harán milagros. A mí no me alcanza. ¿O es que acaso querés insinuar que mantengo otra casa. . .?

CARMELA. – ¡No. . . no quise decir eso. . .!

JOSEFA. – ¡Decilo de una vez!

CARMELA. – Pero. . .

JOSEFA. – Pero, que. . .

CARMELA. – Vos has cambiado conmigo. Y también con la nena.

JOSEFA. – ¡La nena! ¡Ahí está la cuestión! Ya me la veía venir. Toda esta escena es por la nena.

CARMELA. – No solo por ella. Conmigo has cambiado. No sos el mismo de cuando nos casamos.

JOSEFA. – Soy el mismo. Nada más que con más obligaciones. Antes éramos solos.

CARMELA. – ¿Querés decir que estás arrepentido de que la nena haya venido?

JOSEFA. – ¡No me hagás decir lo que yo no he dicho!

CARMELA. – ¡Sí, eso querías decir! Vos quisiste tener a la nena.

JOSEFA. – ¿Vos no?

CARMELA. – Sí. Yo también. Pero yo no me arrepiento.

JOSEFA. – Yo tampoco.

CARMELA. – Entonces, ¿por qué has cambiado conmigo?

JOSEFA. – Yo no he cambiado contigo.

CARMELA. – No sos el mismo de antes.

JOSEFA. – No sé qué quieres decir. . .

CARMELA. – Antes eras más amable. . .

JOSEFA. – Lo sigo siendo.

CARMELA. – Antes eras más atento.

JOSEFA. – Lo sigo siendo.

CARMELA. – No me refiero a esas amabilidades de traer un postre de vez en cuando, de hacerme un regalo para mi cumpleaños. Eso lo sigues haciendo.

JOSEFA. – ¿Entonces?

CARMELA. – Me refiero a otras cosas.

JOSEFA. – No entiendo.

CARMELA. – Vos sabés bien lo que quiero decir. Ya no venís tan seguido a buscarme a mi cama.

JOSEFA. – Ya no somos jóvenes, como antes.

CARMELA. – Y cuando venís lo hacés como por obligación.

JOSEFA. – Son ideas tuyas.

CARMELA. – Lo siento, antes era otra cosa.

JOSEFA. – Te he dicho que antes éramos más jóvenes. Vos sabés, la edad...

CARMELA. – No es eso. No me importaría que vinieras una vez cada tres meses a mi cama, pero si en esa oportunidad hicieras las cosas como cuando nos casamos.

JOSEFA. – ¿Vos querés insinuar que tengo otra casa, otra mujer?

CARMELA. – ¿Y que querés que piense de tanto desapego?

JOSEFA. – Podés pensar lo que quieras. Sigo siendo el mismo padre amantísimo de antes, me preocupo que a ustedes no les falte nada.

CARMELA. – En eso no tengo de qué quejarme.

JOSEFA. – ¿Entonces...?

CARMELA. – Ya te lo he dicho. No sos el mismo.

JOSEFA. – Porque mantengo una amante. ¡Con el sueldo que tengo, qué amante voy a poder mantener! ¡Si a vos te consta lo que gano!

CARMELA. – En el banco, sí... Pero no sé si tenés otras actividades.

JOSEFA. – ¡Estás loca!

CARMELA. – Cuando salís del banco no venís directamente a casa.

JOSEFA. – Me quedo con los amigos en el café.

CARMELA. – En lugar de venir a jugar en casa con tu hija, de estar con tu mujer.

JOSEFA. – Necesito distracción. Además cuando vengo, solo me encuentro con problemas. Que mi hija ha hecho esto, que tu hija no hizo lo otro, que el vecino se

queja de las mentiras de tu hija, que la vecina se queja de las cosas que hace tu hija.

CARMELA. – Es una niña. . .

JOSEFA. – Vos la protegés demasiado. Por eso no crece.

CARMELA. – Y vos creés que a golpes la vas a hacer crecer.

JOSEFA. – Al menos aprenderá a respetar la autoridad de su padre.

CARMELA. – Te aprenderá a odiar.

JOSEFA. – Si vos le enseñás, sí.

CARMELA. – Eso es lo único que falta, que me echés en cara. . .

JOSEFA. – Lo que yo creo que toda esta escena que me hacés es para salvar a esa malcriada de lo que se merece. Pero ya tengo la solución de todo.

CARMELA. – ¡A un internado, no! No podés quitarme la niña. Si la ponés en un internado me vas a quitar años de vida. ¡En el fondo, lo que vos querés es matarme!

JOSEFA. – Lo he consultado con un médico. . .

CARMELA. – ¿Entonces, quieres decir. . .?

JOSEFA. – Nada de eso. No es nada de lo que vos te imaginás.

CARMELA. – (*Casi sollozando.*) Hablá. . .

JOSEFA. – Teresa tiene que tener un hermano. . .

CARMELA. – No me hagas reír. Vos sabés que yo no puedo tenerlo. Hemos hecho lo imposible. . . Después del parto de Teresa, no puedo tener más hijos.

JOSEFA. – El médico me ha dicho que Teresa tiene que tener un hermano.

CARMELA. – A menos que el hijo te lo dé tu amante. Estoy segura de que es un pretexto para meter un bastardo tuyo en esta casa. ¡Eso, ni lo pienses!

JOSEFA. – ¡Dejate de fantasías!

CARMELA. –¡Pero yo no puedo tener un hijo! Vos bien lo sabés. Sabés todo lo que hemos hecho para tener un niño. ¡Si yo pudiera. . .! ¡Vos sabés cómo lo he deseado!

JOSEFA. – Adoptaremos un niño. Vos te encargarás de buscarlo y de traerlo a casa. Así no pensás que se trata de un bastardo mío, como decís.

CARMELA. – Pero. . . ¿y Teresa?

JOSEFA. – ¡Ahí está la cuestión!

CARMELA. – ¡Pobre hija mía!

JOSEFA. – ¡Nada de lamentos!

CARMELA. – ¡Pero va a sufrir mucho!

JOSEFA. – Es por su bien.

CARMELA. – Pero un bebé...

JOSEFA. – No. Un bebé, no. Es necesario que busqués un niño más grande. Un niño de unos siete u ocho años. Así se podrá defender de los celos de Teresa. Si fuera un bebé lo tomaría como un muñeco y lo haría tan malcriado como ella.

CARMELA. – ¿Pero vos has pensado que yo no tengo edad para andar lidiando con dos...? ¡Apenas si puedo con ella!

JOSEFA. – Te he dicho que es por el bien de ella. Es la única forma de que madure.

CARMELA. – Pero los celos de Teresa me los tendré que aguantar yo. Vos estás todo el día en la calle.

JOSEFA. – Para eso sos la madre.

CARMELA. – ¿No podríamos buscar otra solución...?

JOSEFA. – Esa es la orden del médico. También la mía.

CARMELA. – ¡Vos siempre mandando!

JOSEFA. – Soy el jefe de la casa.

CARMELA. – No tenés consideración para conmigo.

JOSEFA. – Primero está la salud de nuestra hija.

CARMELA. – ¡Cómo le digo! ...

JOSEFA. – ¡La verdad!

CARMELA. – ¿Por qué no se la decís vos?

JOSEFA. – Vos sos la madre.

CARMELA. – Y vos el padre.

JOSEFA. – Vos le podrás explicar mejor... que le hace falta un hermano... o le inventás una historia: que el niño es huérfano, que no tiene a nadie en el mundo. Algo que le haga sentir que está haciendo una obra de bien, algo que despierte sus buenos sentimientos, ya que vos decís que los tiene.

CARMELA. – Claro que los tiene... Pero ¿cómo haré?

JOSEFA. – Eso es cosa tuya. Ahora voy a darme un baño y a cambiarme de ropa. Cuando esté listo te aviso para que sirvas la mesa.

CARMELA. – ¡Dios mío! ¡Qué voy a hacer!

ESCENA V

(Josefa sale. Carmela queda sola. Se pasea un momento por la habitación retorciéndose las manos. Teresa entreabre la puerta y asoma la cabeza furtivamente. Luego pregunta.)

TERESA. – ¿Se fue el ogro?

CARMELA. – ¡Ah! ¿sos vos?

TERESA. – ¿Qué te dijo?

CARMELA. – (*Tratando de esquivarla.*) No... Nada...

TERESA. – (*Aproximándose.*) ¿Me imagino que no le habrás contado que estuvimos jugando al rango?

CARMELA. – No. No le dije nada.

TERESA. – ¿De qué hablaban?

CARMELA. – Cosas. Cosas que siempre hablamos los grandes.

TERESA. – ¿Sabe lo del almacenero?

CARMELA. – No. No sabe nada.

TERESA. – ¿Y lo del gato de la vecina?

CARMELA. – Tampoco...

TERESA. – (*Intrigada.*) Mamá: te veo preocupada.

CARMELA. – No. No es nada.

TERESA. – Entonces miráme a los ojos ¿Por qué no querés mirarme a los ojos?

CARMELA. – Te he dicho que no tengo nada.

TERESA. – Mamá: vos me ocultás algo. Seguro que me va a castigar.

CARMELA. – No, no es un castigo.

TERESA. – ¿Qué es eso de que no es un castigo? (*Gritando.*) ¡Qué me van a hacer!

CARMELA. – ¡Nada! ¡Calmate, nada!

TERESA. – Sí, me van a mandar internar a un colegio de monjas. Eso me dijo la última vez. Estoy segura.

CARMELA. – No, no es eso.

TERESA. – ¡Entonces, decime...!

CARMELA. – Pero antes prometeme que no vas a decir nada, que no vas a llorar.

TERESA. – (*Gritando.*) ¡Yo sabía que me iban a hacer algo! ¡Yo sabía!

CARMELA. – No es nada grave. Vas a tener un hermano.

TERESA. – (*Se queda inmóvil primero, luego gritando.*) ¿Vas a tener un nene? ¿Vas a tener un nene?

CARMELA. – Yo no. Ya sabés que no puedo tener un nene. El médico me dijo que nunca podré tener un nene mío. Me podría morir.

TERESA. – ¿Entonces...? (*Confundida.*) ¡No entiendo!...

CARMELA. – Vas a tener un hermanito adoptivo.

TERESA. – Y eso, ¿qué es?

CARMELA. – Bueno, hay un niño que ha perdido su padre y su madre y tu padre quiere que venga a vivir con nosotros, que sea tu hermano.

TERESA. – (*Luego de unos instantes de vacilación.*) No, eso no. Nunca. Si fuera un hijo tuyo y de mi papá, sí. Pero un extraño, no.

CARMELA. – Lo tendrás que cuidar y ser buena con él.

TERESA. – Eso me hace él para separarme de vos, porque me odia, porque nos odia (*A las muñecas.*) Ustedes chicas, ¿qué harían si en su casa le hicieran una cosa semejante ¿Decime Manolita? ¿O vos Pepita? ¿O vos Leocadia?

CARMELA. – Lo tenés que querer.

TERESA. – ¡No! ¡Le voy a sacar los ojos! ¡Le voy a tirar del pelo! ¡Lo voy a matar!

CARMELA. – ¡Teresa!

TERESA. – ¡Sí! ¡Lo voy a matar y después me tiro a las vías del tren como esa mujer que salió en los diarios los otros días y que se mató porque la dejó el marido!

CARMELA. – ¡Teresa! ¡Si tu padre te oyera!

TERESA. – ¡Qué me oiga! ¡Que me oiga! No me importa. Le voy a sacar los ojos.

CARMELA. – Con eso nos harías sufrir aún más.

TERESA. – No me importa. O me voy a ir de esta casa para siempre.

CARMELA. – ¿A dónde?

TERESA. – No sé. Lejos.

CARMELA. – (*Sonriendo.*) ¿Y de qué vas a trabajar?

TERESA. – De sirvienta. De lo que sea. . .

CARMELA. – (*Acercándola y comenzando a acariciarla.*) ¿Y me vas a dejar sola a mí, sola con el chico nuevo?

TERESA. – (*Estallando en llanto.*) ¡No, mamá! Pero yo no quiero que venga. (*Interrumpiéndose bruscamente.*) Seguro que es un hijo que ha tenido con otra mujer y ahora quiere traerlo a casa para que lo criemos.

CARMELA. – No. Nosotros tenemos que elegirlo.

TERESA. – No entiendo. Me dijiste recién que era un huérfano, que no tenía padre y madre y ahora me decís que nosotros tenemos que elegirlo. ¿En qué quedamos?

CARMELA. – Es por consejo del médico.

TERESA. – ¿El médico? ¿Qué médico?

CARMELA. – El médico. . .

TERESA. – ¡No me mientas, mamá!

CARMELA. – Tu padre consultó con un médico. Vos necesitás un hermanito y como yo no puedo tenerlo, vamos a adoptar un niño.

TERESA. – ¿Un bebé?

CARMELA. – No, un niño más grande. De unos 7 u 8 años.

TERESA. – Pero, ¿por qué? ¿Qué tengo yo que ver en todo esto?

CARMELA. – Es necesario. Así lo ha dicho el médico. Es por tu bien.

TERESA. – Y dale con el médico. Yo no necesito un hermanito.

CARMELA. – Con un hermanito te vas a portar mejor.

TERESA. – No quiero. No me voy a portar mejor: Yo quiero ser tuya y solamente tuya.

CARMELA. – Es orden de tu padre.

TERESA. – Es para separarnos. Nos odia a las dos. Es una forma de vengarse.

CARMELA. – No hablés así de tu padre.

TERESA. – ¡Sí! ¡Sí! ¡Nos quiere separar! ¡Se da cuenta de que no lo queremos!

CARMELA. – Yo lo quiero a tu padre.

TERESA. – No es cierto. Yo lo sé. Vos me querés a mí y a nadie más. No vas a querer a nadie más en el mundo. Ni a ese chico que piensas traer a casa. Lo voy a matar.

CARMELA. – ¡Teresa! ¡Hija!

TERESA. – ¡Decime que me querés a mí sola! ¡Si no me mato yo!

CARMELA. – ¡Hija! ¡No digas eso!

TERESA. – ¡Decime que me querés! ¡Decime que me querés!

CARMELA. – Sí... Te quiero.

TERESA. – Decime que siempre voy a ser la única para vos.

CARMELA. – Sí, siempre vas a ser la única.

TERESA. – Aunque traigan diez chicos, la única que va a existir para vos soy yo.

CARMELA. – Sí... Sí...

(*Mientras dicen estas últimas frases Teresa la toma de la mano a Carmela y la arrastra hacia el sofá. Se sienta y apoya la cabeza en el regazo de Carmela.*)

TERESA. – Probame. Cantame como cuando era más chica.

CARMELA. – ¿Qué querés que te cante?

TERESA. – Esa canción que a mí me gusta.

CARMELA. – (*Cantando.*) En el portal de Belén
hay un arca chiquitita
donde se viste el Señor
para salir de visita.
¡Cantad pastorcillos
cantad que en Belén
el Rey de los Cielos...
ha nacido recién...

(*Se interrumpe y solloza.*)

TERESA. – ¡Mamá! ¡Seguí! No llorés. ¡Vos y yo...!

CARMELA. – (*Prosiguiendo su canto.*)
¡Santo, santo, santo es
Santa María y San José!

TERESA. – Acunáme.

(*Carmela la acuna.*).

TERESA. – ¡Dame la teta!

(*Carmela se desprende el vestido, saca uno de los pechos y se lo acerca a la boca de Teresa. Apagón.*)

FIN DEL I ACTO

ACTO II

ESCENA I

(*Carmela y Teresa, al levantarse el telón, tejen sentadas en el sofá de la derecha.*)

CARMELA. – Dos puntos hacia adelante... uno hacia atrás... dos puntos hacia adelante... uno hacia atrás...

TERESA. – ¿Vos crees que es así...?

CARMELA. – Así decía la revista... No tengo el recorte pero me acuerdo bien...

TERESA. – ¿Y después...?

CARMELA. – Hay que comenzar a disminuir los puntos por fila, dando la forma.

TERESA. – ¿Vos creés que tendrá pie grande?

CARMELA. – Ni los González por parte de tu padre, ni los Medina, por parte de mi padre nunca tuvieron el pie grande.

TERESA. – El tampoco lo tiene...

CARMELA. – Habría que preguntarle si su padre o su madre...

TERESA. – Podríamos ofenderlo.

CARMELA. – El no es normal... pero estoy segura de que sus padres son normales...

TERESA. – Mejor sería que le preguntaras vos.

CARMELA. – ¿Yo? No. Tengo vergüenza.

TERESA. – Yo también. ¿Cómo podríamos hacer?

CARMELA. – Esta noche cuando venga a mi cama...

TERESA. – No. Esta noche me toca a mí.

CARMELA. – Dijimos: lunes, miércoles y viernes, vos; martes, jueves y sábados, yo. El domingo tiene que descansar y reponer fuerzas.

TERESA. – Hoy es miércoles.

CARMELA. – No. Es jueves. Anoche durmió con vos.

TERESA. – ¿Anoche?

CARMELA. – Anoche.

TERESA. – Me parecía que ya habían pasado varios días.

CARMELA. – Sos golosa...

TERESA. – Es tan tibio, tan lindo, tan hombrecito.

CARMELA. – Me lo vas a decir a mí.

TERESA. – ¿Y a vos te hace lo mismo que me hace a mí?

CARMELA. – ¡Teresa! ¡Eso no se cuenta!

TERESA. – ¿Por qué?

CARMELA. – ¡No está bien!

TERESA. – No estará bien para Víctor (*Se ríe en voz baja.*) Cuando se entere...

CARMELA. – Puede hacer un disparate.

TERESA. – Qué va a hacer... qué va a hacer... Siempre amenazando.

CARMELA. – Ya no le tengo miedo.

TERESA. – Yo le hago frente. Conmigo no puede.

CARMELA. – Un día le va a dar un ataque.

TERESA. – El se lo busca (*Silencio breve.*) Decime ¿a vos te hace lo mismo que a mí?

CARMELA. – ¡Teresa!

TERESA. – Tenés vergüenza, mamá?

CARMELA. – Sí...

TERESA. – Yo no. Yo la he perdido. También he perdido el miedo (*Pausa.*). Es tan dulce, tan tibio.

CARMELA. – Lástima que sea tan chiquito.

TERESA. – Si hubiera sido normal quizá no sería como es.

CARMELA. – ¿Vos te imaginás si hubiera sido normal? Porque dentro de todo tiene rasgos lindos.

TERESA. – ¡Qué va a tener... que va a tener... es feo! Yo no apago la luz.

CARMELA. – ¿Cómo? ¿No apagás la luz?

TERESA. – No es lo mismo. Con la luz prendida es otra cosa. Tenés otras sensaciones. Probá.

CARMELA. – No puedo. . . no puedo. . . Me moriría de vergüenza.

TERESA. – ¿O de asco?

ARMELA. – No. Asco, no. Le tengo cariño, un cariño lleno de lástima.

TERESA. – El cierra los ojos. Yo no. Los mantengo abiertos. Quiero ver qué pasa. Todo lo que pasa. Todo lo que me hace y cómo lo hace.

CARMELA. – ¿Y te espera?

TERESA. – Es un caballero.

CARMELO. – ¡Lástima que sea tan chico! ¡Si hubiera tenido diez centímetros más!

TERESA. – Víctor no hubiera permitido que viviera en casa. Se habría dado cuenta.

CARMELA. – A veces creo que sospecha.

TERESA. – No hay que darle importancia.

ESCENA II

(*Entra Josefa. Carmela y Teresa siguen tejiendo.*)

JOSEFA. – Buenas noches, Carmela ¿Ya está la comida? Hoy tuve en el banco un día de perros. Por culpa de Benítez, ese empleado. Un inútil. Donde pone la mano, lo estropea todo. ¿Falta mucho para la comida?

CARMELA. – Estará dentro de una hora.

JOSEFA. – ¿Qué hay para comer?

CARMELA. – Un buen guiso de lentejas.

JOSEFA. – Ya sabés que las lentejas no me gustan.

CARMELA. – Pero son buenas para la salud. El médico dice que tienen hierro ¡Y vos que trabajás tanto. . .!

JOSEFA. – ¿Y el niño?

CARMELA. – Está dormido.

JOSEFA. – Voy a verlo.

CARMELA. – No lo vayas a despertar. Ya comió y se ha dormido. Mañana tiene que madrugar para ir a la escuela. Después no se lo puede sacar de la cama.

JOSEFA. – Yo sé lo que tengo que hacer.

(*Sale por la derecha. Carmela y Teresa se quedan solas y se ríen.*)

ESCENA III

TERESA. – No se va a despertar aunque le disparen un cañón en las orejas. ¡Está agotado!

CARMELA. – ¡Pobre! ¡También con lo que nosotras le exigimos!

TERESA. – Se nos puede morir.

CARMELA. – Está bien alimentado: yemas de huevo, nueces, carne todos los días, lentejas.

TERESA. – Dicen que algunos se vuelven tuberculosos. . .

CARMELA. – Si no comen, sí.

TERESA. – Pero nosotros lo alimentamos (*Siguen tejiendo.*) Ya he terminado las treinta filas. ¿Después qué hago?

CARMELA. – Comenzá a disminuir.

ESCENA IV

(*Vuelve Josefa. Tiene aire de preocupación.*)

JOSEFA. – El niño está muy pálido.

CARMELA. – (*Sin dejar de tejer.*) Debe ser la luz.

JOSEFA. – Tengo buenos ojos. Digo que el niño está muy pálido.

TERESA. – Hoy volvió temprano de la escuela.

JOSEFA. – ¿Qué más hizo?

CARMELA. – Jugó hasta hace un rato.

JOSEFA. – ¿Comió?

TERESA. – Como siempre. Limpió el plato. Debe tener un hambre atrasado.

JOSEFA. – Sus padres deben haber sido muy pobres.

CARMELA. – La señora que lo tenía me dijo que lo cuidaba bien.

JOSEFA. – ¿Pero desde cuándo lo tenía esa señora?

CARMELA. – Desde hace un año.

TERESA. – A ella se lo dieron.

JOSEFA. – Ya me parecía. Antes el pobre debe haber pasado hambre. ¿Qué más se sabe?

TERESA. – Que come como si en lugar de tener estómago tuviera una bolsa.

JOSEFA. – Usted se calla. Nadie le ha preguntado. Se puede guardar sus celos. Considere que, le guste o no, el niño es su hermano y lo debe respetar.

ESCENA V

(*En el interior se sienten quejidos. Carmela y Teresa se miran. Josefa corre hacia dentro.*)

TERESA. – Estará soñando.

CARMELA. – Tiene pesadillas.

TERESA. – Habla en voz alta. Ya me ha despertado varias veces.

CARMELA. – ¿Le entendiste vos lo que decía?

TERESA. – Habla de una mujer. La llama. Una tal Lucrecia.

CARMELA. – ¿Le has preguntado cuando estaba despierto?

TERESA. – Me mira y se ríe.

CARMELA. – Insistí.

TERESA. – Anoche me dijo: "¿Vos te crees que vos y tu madre son las primeras mujeres que he conocido?"

CARMELA. – ¿Y qué más?

TERESA. – Después me miró con una sonrisa sobradora, irónica. Yo le di una cachetada.

CARMELA. – ¡Pobrecito!

(*Josefa regresa. Las otras dos siguen con el tejido como si nada hubiera pasado.*)

ESCENA VI

JOSEFA. – Ese niño no está bien. Se queja en dormido.

TERESA. – Siempre habla de noche.

CARMELA. – Deben ser pesadillas. Todos los niños tienen pesadillas.

JOSEFA. – ¿Le dieron de comer mucho?

CARMELA. – Lo habitual.

TERESA. – No deja nada en el plato.

JOSEFA. – ¡Pobre niño!

TERESA. – Hay que medirle la comida.

CARMELA. – Cuanto más le das, más come.

JOSEFA. – (*A Teresa.*) Y vos, ¿lo llevaste a la plaza?

TERESA. – No.

JOSEFA. – ¿Por qué?

TERESA. – No quiso.

JOSEFA. – Estoy seguro de que vos no quisiste llevarlo.

CARMELA. – Se quedó jugando en casa. Solo.

JOSEFA. – Y vos, ¿fuiste sola?

TERESA. – Un rato.

JOSEFA. – (*Estallando.*) Ya te he dicho que no vayas sola a la plaza.

TERESA. – No pasa nada. Ya soy grande.

JOSEFA. – Por eso mismo, porque sos grande puede pasarte algo.

CARMELA. – Teresa sabe conducirse.

JOSEFA. – Siempre hay muchachones o algún degenerado.

TERESA. – Están mis amigos.

CARMELA. – Ella no les permite ningún atrevimiento.

TERESA. – Me acompañan de vuelta. Son más educados que muchos.

JOSEFA. – ¿Te referís a mí? ¿Qué es ese tono? Cada día te estás poniendo peor.

CARMELA. – La chica te contesta con educación, Víctor. No sé por qué gritas.

JOSEFA. – ¡En casa grito cuando se me da la gana!

TERESA. – Eso no es educado.

JOSEFA. – ¿Y quién sos vos, mocosa de mierda, para decirme a mí lo que es o lo que no es educación?

TERESA. – No me gusta la violencia. Ya soy una señorita y exijo que se me trate como tal.

CARMELA. – La niña ha crecido, Víctor. Vos no te das cuenta.

JOSEFA. – Aunque tenga 50 años me va a respetar. Yo sé como hacerme respetar.

TERESA. – Si me pegás me iré de esta casa.

JOSEFA. – Ahora me salís con eso.

TERESA. – Tengo ciertos derechos. Ya soy una señorita.

CARMELA. – Me parece que Teresa tiene razón.

JOSEFA. – Lo único que faltaba, que vos te pongás de parte de la mocosa (*Josefa se pasea de un lado al otro de la pieza dando grandes zancadas. Breve silencio. Teresa y Carmela siguen tejiendo casi melancólicamente.*)

JOSEFA. – ¿Trajeron el diario de la tarde?

TERESA. – No.

JOSEFA. – ¿Por qué?

CARMELA. – El diarero dijo que no lo iba a traer más si no se le pagaban los dos meses que se le adeudan.

JOSEFA. – ¡Pero yo he dejado el dinero!

CARMELA. – Estás confundido, Víctor. Me dejaste el dinero para el almacén, el lechero, el panadero y el carnicero; pero para el diarero, no.

TERESA. – A veces te imaginas cosas.

JOSEFA. – Usted se calla, mocosa.

TERESA. – Señorita. . .

(*Josefa vuelve a pasearse a lo largo de la pieza. De pronto se detiene y se fija en el tejido de las dos mujeres.*)

JOSEFA. – ¡Qué están haciendo!

CARMELA. – Ya lo ves: tejiendo!

JOSEFA. – (*Golpeándose la cabeza.*) ¡Ya sé, ya sé! ¡No soy tan estúpido! ¡Les pregunto, qué están tejiendo!

TERESA. – Ropa. . .

JOSEFA. – Las dos me quieren hacer morir de rabia. Desde que vino ese chico a esta casa no solo mi hija se ha puesto peor sino también la madre. Mañana mismo lo mando de vuelta.

TERESA. – (*Deja de tejer, pero luego vuelve a su labor y sin inmutarse dice:*) No serás capaz.

CARMELA. – Todos nos hemos encariñado con el niño.

TERESA. – (*Socarrona.*) ¿O no era solo lo que querías?

(*Josefa le arrebata a Carmela su tejido.*)

JOSEFA. – ¡Es una batita para un recién nacido!

CARMELA. – ¿Y qué tiene?

JOSEFA. – ¡No me digas que ahora se ocupan de tejer para obras de caridad!

TERESA. – (*Siempre sin inmutarse.*) ¿Y por qué no?

JOSEFA. – (*Arrebatándole el tejido a Teresa.*) ¡Otra batita!

TERESA. – Vos dijiste que teníamos que hacer obras de bien. Estamos tejiendo para los niños pobres que vendrán.

JOSEFA. – Mejor harías en ocuparte de tus cosas del colegio.

TERESA. – Tejo luego de haberlas terminado.

JOSEFA. – (*A Carmela.*) Ahora me explico. por qué no tengo mis camisas planchadas. La caridad comienza por casa.

CARMELA. – Te cambias camisas muy a menudo.

TERESA. – Una por la mañana y otra por la tarde. Así no hay ropa que resista.

JOSEFA. – ¿Te querés callar? No estoy hablando con vos. Hablo con tu madre.

CARMELA. – La niña tiene razón.

JOSEFA. – ¿Pero qué es esto? Se han confabulado las dos para hacerme morir de un ataque de rabia.

TERESA. – Decimos las cosas justas.

JOSEFA. – El tono. El tono es lo que me molesta.

TERESA. – No sé por qué tenemos que humillarnos para hablar con vos.

JOSEFA. – Exijo un tono de respeto. Soy el jefe de esta casa.

TERESA. – Pero no el tirano.

JOSEFA. – (*Abalanzándose sobre Teresa.*) ¡Tirano o no, yo soy el que manda en esta casa! (*Le da una bofetada.*)

CARMELA. – (*Saliendo de su aparente frialdad.*) ¡Víctor! ¡Qué has hecho con la niña y en el estado en que está!

JOSEFA. – (*Pausa breve donde se hace un silencio penetrante.*) ¿En qué estado está la niña? ¡Hablá! ¡Vamos! (*la zamarrea.*) ¿Qué es lo que pasa en esta casa?

TERESA. – No le hagas caso mamá. Vos también tenés que cuidarte.

JOSEFA. – ¡Cuidarte! ¡Cuidarte! ¿Cuidarte de qué?

CARMELA. – (*Desarmada y con un hilo de vos.*) Estamos enfermas.

JOSEFA. – Son historias. Son historias para desarmarme. Pero no les creo. (*A Teresa.*) Y vos viní para aquí. No quiero más tejidos (*Teresa se levanta lentamente. Está muy pálida. Debajo del vestido se le advierte una barriga abultada. Recoge sus tejidos. Al pasar deja caer unos escarpines.*) ¡Andá a tu pieza! ¡Tengo que hablar con tu madre!

(*Teresa sale lentamente como borracha. Antes de llegar a la puerta se toma el vientre y gime.*)

CARMELA. – (*Gritando.*) ¡Teresa! ¡Hija! ¿Qué te pasa? (*Intenta correr hacia Teresa pero Josefa la toma de un brazo.*)

JOSEFA. – ¡Vos te quedás aquí! ¡Tenemos que hablar de muchas cosas!

CARMELA. – ¡Pero, la niña! (*Teresa se lleva la mano a la boca como si fuera a vomitar, luego huye corriendo hacia el interior.*) ¡Hija!

ESCENA VII

JOSEFA. – Es hora de que hablemos y de que pongamos las cosas en claro. ¿Qué pasa con Teresa?

CARMELA. – (*Retomando su actitud displiscente.*) Son los nervios.

JOSEFA. – No comencemos con evasivas.

CARMELA. – Te he dicho que son los nervios. Vos la sacás de quicio.

JOSEFA. – ¡En ésta casa pasa algo raro!

CARMELA. – (*Socarrona.*) ¿No será tu presencia?

JOSEFA. – Yo estoy aquí desde hace mucho.

CARMELA. – Precisamente. . .

JOSEFA. – Terminemos con los sobreentendidos.

CARMELA. – Tomalo como vos quieras.

JOSEFA. – ¿Qué pasa con Teresa?

CARMELA. – Está enferma.

JOSEFA. – Enferma es algo muy vago. ¿De qué?

CARMELA. – No sé. Será la edad.

JOSEFA. – ¿La llevaste al médico?

CARMELA. – Sí.

JOSEFA. – ¿Qué ha dicho?

CARMELA. – Son los nervios.

JOSEFA. – También es algo muy vago.

CARMELA. – Vos sabés lo que dicen los médicos cuando no aciertan con una enfermedad.

JOSEFA. – ¿Pero, qué tiene?

CARMELA. – Vahidos, náuseas, vómitos.

JOSEFA. – ¿Vahidos, náuseas, vómitos?

CARMELA. – Vos ya la viste en la mesa cómo es de inapetente.

JOSEFA. – Desde chica nos dio trabajo para comer.

CARMELA. – Pero ahora es diferente.

JOSEFA. – ¿Qué querés decir con "ahora es diferente"?

CARMELA. – Antes eran caprichos.

JOSEFA. – ¿Y ahora?

CARMELA. – Ahora está enferma.

JOSEFA. – ¿Pero de qué, Dios mío, de qué?

CARMELA. – El médico ha dicho que son los nervios.

JOSEFA. – ¡Al diablo con tu maldito médico!

CARMELA. – Vos la sacás de quicio.

JOSEFA. – Ahora soy yo. Resulta que ahora soy yo. Al final yo siempre tengo la culpa.

CARMELA. – No se trata de culpa. Se trata de que la niña está enferma.

JOSEFA. – Volvamos sobre lo mismo. Mira, Carmela, vos siempre tenés la habilidad para dar vuelta sobre las cosas y volver al punto de partida una y otra vez como un caballo de calesita.

CARMELA. – Yo también estoy enferma.

JOSEFA. – ¿Ahora también esto? ¿En esta casa el único que estoy sano soy yo?

CARMELA. – El único sano que enferma a los otros.

JOSEFA. – (*Tomándola de los hombros y sacudiéndola muerto de rabia.*) Explicate, hablá claro, ¿querés?

CARMELA. – (*Siempre con aire indiferente pero de una agresividad contenida.*) Las cosas son evidentes.

JOSEFA. – Dejá de hablar como una pitonisa. Yo las enfermo a ustedes dos porque les exijo que las cosas

anden bien, que la niña no sea una mentirosa, que vos no la apañes. Todo esto es una tramoya para que el niño se vaya, para sacarse al niño de encima.

CARMELA. – (*Indiferente.*) No veo la necesidad de ser agresivo.

JOSEFA. – (*Triunfal.*) ¿Has visto? Era el chico.

CARMELA. – No es el niño. Se trata de Teresa y de mí.

JOSEFA. – Si. Pero también se trata del niño. Lo voy a llevar si las cosas no cambian.

CARMELA. – El niño también está algo enfermo.

JOSEFA. – ¿Cómo? ¡Es el colmo! ¿El niño también? ¿Qué tiene?

CARMELA. – (*Entre cínica y feroz.*) Como agotado...

JOSEFA. – ¿Agotado? Seguro que Teresa lo hace correr en la plaza hasta dejarlo muerto.

CARMELA. – También está inapetente.

JOSEFA. – Sin embargo en la mesa lo veo comer como un pozo ciego.

CARMELA. – A la noche, cuando tú vienes. Pero de mañana no quiere comer. A la noche come porque te tiene miedo. Le das el mismo miedo que a todos nosotros.

JOSEFA. – Resulta que ahora soy un ogro. Soy un ogro porque quiero poner orden en esta casa.

CARMELA. – Tu orden.

JOSEFA. – ¿Es que hay otro?

CARMELA. – Sí. Hay otro.

JOSEFA. – El desorden de ustedes. Es muy sencillo hablar así. Les cambiás de nombre a las cosas y ya está. Si a esta silla le ponés el nombre de aparador y al aparador el nombre de silla, las cosas cambian. Pero no, siguen siendo "la silla" y "el aparador" y están allí.

CARMELA. – Sin embargo tu orden es diferente al orden nuestro. Allí reside nuestra diferencia.

JOSEFA. – No. Nuestra diferencia consiste en que vos querés mandar en esta casa. Nuestra diferencia consiste en que esa chiquilla quiere hacer lo que quiere. Ahora te has aliado a ella para hacerme la guerra. Luego le impondrás tu orden o ella te impondrá el suyo.

CARMELA. – Para vos las cosas son muy simples y todo se reduce a quién manda y a quién obedece.

JOSEFA. – Pero yo voy a terminar con este juego absurdo. Ya soy bastante grande para prestarme a las intrigas tuyas y de tu hija. Ahora mismo te llevás a ese niño y lo devuelves de donde lo sacaste.

CARMELA. – (*Firme y resuelta.*) ¡No!

JOSEFA. – Mirá, Carmela, que no estoy acostumbrado a que me discutan lo que yo digo.

CARMELA. – Tendrás que acostumbrarte. El niño no sale de aquí.

JOSEFA. – Entonces se irán los tres: vos, Teresa y el chico.

CARMELA. – Como vos quieras.

JOSEFA. – ¡Ah, no! Se quedan los tres.

CARMELA. – ¿En qué quedamos? ¿Nos vamos o no?

JOSEFA. – Se van.

CARMELA. – No. Nos quedamos. Vos te irás, si quieres.

JOSEFA. – Resulta que ahora me echan de esta casa. Eso sí que está lindo. No. Ahora se quedarán y harán lo que yo digo.

CARMELA. – Haremos lo que sea razonable.

JOSEFA. – Quien decide lo que es razonable en esta casa soy yo.

CARMELA. – Eso era antes.

JOSEFA. – Antes, ahora y siempre. No me discutas que soy capaz de hacer una barbaridad (*La toma del cuello. La puerta se abre. Aparece Teresa. Está transfigurada. Ahora posee un aplomo y una seguridad nimbada de cierta ferocidad.*)

ESCENA VIII

TERESA. – ¡Padre, estoy embarazada!

JOSEFA. – ¡Qué!

TERESA. – Sí. Estoy embarazada.

JOSEFA. – ¡Ah, no! Basta de bromas. Esto ya colma la medida.

TERESA. – (*Segura y con algo de orgullo.*) Si quieres puedes telefonear al doctor Medicis.

JOSEFA. – Pero, ¿qué es esto? (*A Carmela.*) ¡Mirá Carmela: para bromas, basta!

CARMELA. – (*También serena y con algo de orgullo.*) Si. Teresa esta embarazada. ¿No querías niños en la casa? Ya lo tendrás, y será tu nieto.

JOSEFA. – ¡He dicho que basta!

TERESA. – (*Adelantándose, insinuante.*) ¿Quiere ver mi barriga? Está de tres meses. Ya se lo siente. ¿No es cierto mamá?

CARMELA. – Son cosas tuyas, hija. Es tu imaginación. Un niño recién se lo siente a los 4 meses. Falta un mes.

JOSEFA. – ¡Me quieren enloquecer! ¡Pero no les voy a dar con el gusto!

TERESA. – Mirá mi vientre, papá. Aquí está tu nieto.

CARMELA. – Hemos decidido, si es varón, llamarle Napoleón como tu abuelo y si es mujer, Abigaíl, como mi abuela.

JOSEFA. – ¡No!

TERESA. – Será varón.

CARMELA. – No, será mujer. Ya tenemos un niño en casa.

JOSEFA. – ¡Basta! ¡He dicho que basta! ¡No puede ser!

CARMELA. – (*Irónica.*) Si quieres puedes hablar con el doctor Medicis.

JOSEFA. – (*Comenzando a ceder en su incredulidad.*) ¿Y, quién es el padre? Al menos creo que tengo el derecho de saber, quién es el padre.

TERESA. – Esas cosas no se preguntan, papá. Hay que ser discreto.

CARMELA. – ¡Víctor, cómo te atreves!

JOSEFA. – (*Siguiendo el juego pero ya no muy seguro.*) No me vengan con el cuento de que no sabes quién es el padre. La madre es la única que sabe quién es el padre de su hijo.

TERESA. – No siempre.

CARMELA. – Podrías adivinarlo.

JOSEFA. – No estoy para adivinanzas. Teresa: terminemos de una vez por todas. Admitamos que estás embarazada. Quiero saber quién es el padre de tu hijo.

TERESA. – No estoy muy segura.

JOSEFA. – No me salgas ahora con que hay padres posibles.

CARMELA. – En ese sentido puedes estar tranquilo. Ella sabe muy bien quién es el padre.

JOSEFA. – ¿Así que vos te hacés cómplice de tu hija?

CARMELA. – Una madre siempre debe ayudar a su hija y más en estos casos.

JOSEFA. – ¿Pero qué voy a decir en el banco? ¿Qué dirán los vecinos?

CARMELA. – Vos te preocupás por las apariencias. Un niño está por venir y basta. Ahora lo único que importa es él.

JOSEFA. – ¡Qué vergüenza! ¡Que a mi edad y después de tantos sacrificios tenga que soportar esta vergüenza!

TERESA. – Ser madre no es una vergüenza. Lo que pasa, papá, es que vos sos muy anticuado.

JOSEFA. – Anticuado o moderno, la moral es una sola.

CARMELA. – Las costumbres cambian, Víctor.

JOSEFA. – ¡Aquí lo que va a cambiar es otra cosa!

CARMELA. – Con violencias no vas a conseguir nada. Reflexiona en el estado en que está tu hija.

JOSEFA. – Ese niño no puede nacer. Sería la vergüenza de todos.

TERESA. – La tuya.

CARMELA. – ¿Quieres insinuar que Teresa tiene que perderlo? Eso nunca, Víctor, eso nunca.

JOSEFA. – ¡Pero yo no voy a tirar mi honor a los perros!

CARMELA. – ¡Tu honor, tu honor! Lo único que piensas es en vos, en tu honor. No tienes un gramo de humanidad. Y vos que te decís tan católico, tan cristiano. Es una vergüenza lo que le acabás de proponer a la niña.

JOSEFA. – No me hagan decir lo que yo no he dicho.

TERESA. – Sí, lo has dicho.

CARMELA. – Hay formas y formas de decir las cosas. Hay formas directas y formas indirectas. Acabás de usar una forma indirecta, pero lo has dicho.

JOSEFA. – Ustedes me quieren enloquecer. Ya sé

cual es la causa. Mañana mismo se llevan a ese huérfano de mierda.

CARMELA. – Medí tus palabras. Estás delante de tu mujer y de tu hija.

JOSEFA. – Mañana mismo te lo llevás a donde lo has traído. O si no yo lo entregaré a la Asistencia Pública, al juez de menores. Pediré que anulen la adopción.

TERESA. – (*Burlona.*) No podrás. Cuando sepas la verdad, no podrás.

JOSEFA. – ¿Cómo, hay algo más todavía?

CARMELA. – Hay algo más.

JOSEFA. – Esto es intolerable (*Se abalanza sobre Teresa y comienza a golpearla.*) ¡He dicho basta! ¡He dicho basta! ¡He dicho basta!

CARMELA. – ¡Víctor! No le pegues a tu hija que yo... (*pareciera que se va a desmayar.*)

TERESA. – ¿Has visto lo que hiciste, papá?

JOSEFA. – ¡Ahora yo tengo la culpa! ¡Vos sos la culpable! Vení para aquí que voy a darte tu merecido (*La persigue. Carmela se reclina en el sofá. Teresa corre alrededor de la mesa, del sofá donde está tendida Carmela, voltean sillas y una mesita. Finalmente Josefa le da alcance a Teresa y comienza a golpearla.*)

JOSEFA. – ¡Yo te voy a enseñar!

TERESA. – ¡Mamá! ¡Mamá!

CARMELA. – (*Incorporándose con dificultad y hablando luego con firmeza.*) ¡Basta, Víctor! ¡Basta! Yo también estoy embarazada.

JOSEFA. – (*Deteniéndose en seco y soltando a Teresa.*) ¡Cómo!

CARMELA. – Como lo has oído. Yo también estoy embarazada de tres meses.

JOSEFA. – Pero hace más de un año que los dos no hacemos...

CARMELA. – El hijo no es tuyo.

JOSEFA. – ¿Y de quién es?

CARMELA. – A su tiempo lo sabrás.

JOSEFA. – No. No es posible. Esa es otra trampa para que yo no castigue a tu hija. Ni vos ni ella están embarazadas. Todo esto son artimañas para que yo devuelva a nuestro hijo adoptivo.

CARMELA. – Si quieres cerciorarte, puedes hablar por teléfono con el doctor Medicis (*Josefa vacila.*)

¡Vamos, atrevete! (*Josefa furiosa pero a la vez desconfiada y con miedo se dirige al teléfono. Descuelga el tubo y marca un número.*)

JOSEFA. – (*Tímidamente.*) ¡Hola! El doctor Medicis (*Pausa.*) Sí, doctor Medicis, Víctor González le habla... No... no, doctor... ¡las cosas andan bien...! Claro que es una broma de la cigüeña... Claro... muy pocas personas pueden ser a la vez padre y abuelo al mismo tiempo... Sí... Sí... Con mareos y vómitos... Claro... los primeros meses del embarazo... Gracias, doctor (*Cuelga el tubo y se deja caer abatido. Está a punto de llorar. Luego le acomete un súbito ataque de furia. A Carmela.*) ¡Te exijo que me digas quién es el padre de esas dos criaturas!

CARMELA. – De tu nieto, dirás. Ya sabes que mi niño no es tu hijo.

JOSEFA. – Mirá, Carmela: voy a hacer una barbaridad. Las cosas han llegado a un punto...

TERESA. – ¿No querías tener muchos niños en la casa? Bueno. Ahora los tendrás porque con mamá pensamos tener muchos.

JOSEFA. – ¡Las voy a matar a las dos!

CARMELA. – ¡No remediarás nada! Irás a la cárcel.

TERESA. – Y nosotras dos al cielo.

JOSEFA. – (*Aullando.*) ¡Aunque tenga que ir al infierno! ¿Quién es el padre de las dos criaturas? Me siento doblemente cornudo.

TERESA. – No tenés ni un rasgo de humanidad, papá. Aunque el niño de mamá no sea tuyo, lo tenés que querer igual.

CARMELA. – Ya te acostumbrarás, Víctor. Ya te acostumbrarás.

JOSEFA. – (*Resoplando.*) ¡Exijo que me digan quién es el maldito...!

CARMELA. – ¿Lo quieres saber?

JOSEFA. – Sí.

TERESA. – Pero después no digas que es una trampa. Vos mismo lo podrás comprobar.

JOSEFA. – De una vez por todas...

CARMELA. – Sea. Decíselo vos, Teresa.

TERESA. – El padre de las dos criaturas que llevamos en nuestros senos es el chico que vos adoptaste y trajiste a casa.

JOSEFA. – ¡No! No puede ser. Esto es una pesadilla.

CARMELA. – Así es.

JOSEFA. – Pero un niño de esa edad... No vas a creer, Carmela que voy a creer en esta patraña... No puede ser. Biólogicamente no puede ser.

CARMELA. – Biológicamente puede ser.

TERESA. – El le ha dado a mamá y a mí lo que vos nunca nos diste.

JOSEFA. – ¡No entiendo...! ¡No entiendo...! ¡Estoy loco...! ¡Todos estamos locos!

CARMELA. – Nada de eso, Víctor. A veces la realidad se parece a la locura.

JOSEFA. – (*Suplicando y casi desarmado.*) ¡Por favor! ¡Por favor!

CARMELA. – Cuando nos dijiste que teníamos que adoptar a un niño decidimos con Teresa traer a un enano, al enanito del circo que pasó hace cuatro meses por aquí.

TERESA. – ¿Estás conforme?

JOSEFA. – ¡No! ¡No puede ser!

TERESA. – Puedes comprobarlo. Está en la pieza durmiendo.

JOSEFA. – ¡Les juro que si es verdad esto no va a quedar así! (*Sale de la pieza por la puerta lateral derecha.*)

ESCENA IX

(*La escena queda sola. Teresa y Carmela se abalanzan hacia la puerta por donde Josefa acaba de salir. Están tensas, esperando el desenlace que ellas han previsto. De pronto se escucha un disparo. Silencio. Ambas aguzan el oído para escuchar mejor. Suena otro disparo. Ambas se abrazan enloquecidas de alegría. Bailan una extraña rondá que llega hasta el proscenio. De pronto se detienen, jadeantes.*)

CARMELA. – ¡Tenés que llamar a la policía!

TERESA. – Aquí tengo el número (*Se busca en los bolsillos y saca un papel. Corre hacia el teléfono que está sobre una mesita ratona. Disca. Luego dice con voz*

neutra.) Por favor, el oficial de guardia (*Breve silencio.*) Sí. Señor Oficial: puede venir hasta la calle Bolivia 781. Ha sucedido una desgracia. Mi padre acaba de cometer un crimen. (*Cuelga. Corre hacia Carmela la abraza enloquecida y la cubre de besos.*) ¡Mamita! ¡Ya nadie nos podrá separar nunca!

CARMELA. – (*Contemplándola, y acariciándole los cabellos.*) Hija, mi hijita querida: así es. Ya nadie podrá separarnos nunca más.

(*La puerta por donde salió Josefa con el revólver, se abre. Esta aparece con el arma en la mano, abatida. Se apoya en el marco de la puerta como si estuviera a punto de desplomarse. Mutación. Teresa y Carmela se abrazan.*)

TERESA. – ¡Dios mío! ¡Dios mío!

CARMELA. – (*Desprendiéndose de Teresa y dirigiéndose hacia Josefa, con un hilo de voz.*) ¿Qué has hecho?

JOSEFA. – (*Como sonámbula.*) ¡Lo he muerto! . . .

CARMELA. – (*Arrebatándole el revólver.*) Y ahora, ¿qué haremos?

JOSEFA. – (*Tomándose la cabeza y gritando.*) ¡No sé. . . no sé. . .!

(*Teresa corre hacia el cuarto. Carmela trata de impedírselo.*)

CARMELA. – ¡No. . . no vayas. . .! (*Carmela corre tras de Teresa. Josefa lentamente se deja caer abatida en el sofá. En el interior se escucha un grito de dolor y llantos. Silencio. Teresa y Carmela aparecen en el vano de la puerta totalmente transfiguradas.*)

TERESA. – (*Alegremente.*) ¿Está muerto, viste? Con los ojos en blanco.

CARMELA. – Lástima que haya tanta sangre sobre la cubrecama.

TERESA. – Se podrá lavar cuando éste ya no esté.

CARMELA. – ¡Pero la cubrecama de mamá, tan linda! No creo que se pueda.

CARMELA. – Podremos, podremos. La sangre sale con agua y jabón.

TERESA. – No le pongás lavandina. Se puede desteñir. Acordate cómo quería mamá a esa cubrecama.

CARMELA. – En todo caso, la guardaremos, aunque esté manchada.

TERESA. – Como un souvenir.

CARMELA. – Y todos los años la sacaremos para esta fecha.

TERESA. – Para nosotros será como el 9 de julio. Un día patrio, el día de nuestra independencia, de nuestra independencia familiar. Ya no tendremos quién nos vigile, quién nos mande, quién nos espíe. ¿Te has dado cuenta, mamita? ¡Somos libres!

CARMELA. – (*Estallando en una carcajada.*) ¡Somos libres, dos veces libres! ¡Nos libramos de papá dos veces!

TERESA. – (*Acercándose desafiante hasta donde está sentada Josefa.*) Pronto vendrán a llevarte. ¡Te llevarán a la policía!

CARMELA. – (*Imitándola. Ambas acentuando el ritmo de ferocidad.*) Luego a la cárcel. Estarás solo, mucho más solo que aquí.

TERESA. – Te pudrirás en una celda.

CARMELA. – ¡Y no tendrás a quién martirizar!

TERESA. – ¡No verás el sol!

CARMELA. – Y nosotros podremos ir al campo con cuanto hombre queramos.

TERESA. – ¡Y nos acostaremos sobre el pasto!

CARMELA. – ¡Y nos tomarán, nos desvestirán lentamente!

TERESA. – ¡Nos besarán! . . .

CARMELA. – ¡Todo el cuerpo. . .!

TERESA. – ¡Y harán el amor con nosotras!

CARMELA. – ¡Porque no somos viejas ni feas!

TERESA. – Vos sos viejo y feo.¡Y en la cárcel estarás más viejo, y más feo. . .!

CARMELA. – ¡Y la culpa te comerá la carne y los huesos!

TERESA. – ¡Una culpa absurda. . .!

CARMELA. – Porque Teresa no estaba embarazada ni yo tampoco

TERESA. – Has cometido un crimen inútil.

CARMELA Y TERESA. – (*Bailando alrededor de Josefa.*) ¡Inútil. . . inútil. . . inútil. . .!

CARMELA. – Muéstrale, Teresa. Muéstrale para que vea que su crimen ha sido inútil.

(*Teresa se detiene de bailar. Se levanta la falda y se quita el pequeño almohadón que le daba un aspecto de embarazada. Carmela la imita.*)

JOSEFA. – (*Con los ojos desorbitados, tomándose la cabeza con ambas manos.*) ¡¡¡No... No... No!!! (*Se levanta y se abalanza hacia las dos que retoman su aire bailón pero esta vez con más ferocidad. En ese momento las tres se detienen como tocadas por un rayo.*)

TERESA. – ¡Son ellos!

CARMELA. – ¡Andá, abriles!

JOSEFA. – ¡No...!

CARMELA. – (*A Josefa.*) Ya no hay nada que hacer. (*A Teresa.*) ¡Andá abriles te he dicho! (*Teresa se dirige hacia la puerta de calle y desaparece.*)

JOSEFA. – (*Aterrorizada, tratando de refugiarse en los brazos de Carmela.*) ¡No... no... Carmela... por el amor de Dios! ¡Tienen que decir la verdad! ¡Todo ha sido un error! ¡Yo no lo quise matar...!

TERESA. – (*Desde bambalinas.*) Pase, señor comisario. Pase, señor inspector. Mi padre ha cometido un crimen. El cuerpo está en el dormitorio. Después le explicaremos.

JOSEFA. – (*Con un alarido salvaje.*) ¡No...! (*Silencio prolongado. Teresa entra sola, abatida, lentamente. Se deja caer en uno de los sillones. Mutación brusca de Josefa y Carmela.*)

TERESA. – No, no sirve. No sirve para nada.

CARMELA. – (*Riendo.*) Al menos, nos divertimos.

JOSEFA. – Tendríamos que cambiar de argumento... Ya lo hicimos muchas veces.

TERESA. – (*Como ausente.*) No sirve. Ni este ni otro argumento.

JOSEFA. – Y si jugamos a la...

CARMELA. – Estoy cansada de ser condenada a muerte...

JOSEFA. – O a que nos morimos de hambre y de sed en el desierto...

TERESA. – Nada sirve... Papá y mamá han muerto... nada los podrá resucitar. Pronto no podremos movernos. Seguiremos siendo viejas y feas.

CARMELA. – (*Corriendo hacia Teresa y arrojándose a sus pies.*) Yo seguiré siendo como mamá...

JOSEFA. – (*Imitándola.*) No, ahora me toca a mí...

CARMELA. – Tenés que elegir. ¿Quién va a ser mamá: ella o yo?

TERESA. – ¡Es igual. . . Mamá no existe. . . Papá no existe. . . da lo mismo!

JOSEFA. – Cuando nos cansamos dormimos bien de noche.

CARMELA. – Y vos no tenés esas terribles pesadillas que luego nos contáis y nos obligás a que la representemos.

JOSEFA. – Tenés que cansarte. Así vas a dormir bien de noche. Tenés que cansarte. . .

CARMELA. – Ahora tenés que elegir. ¿Quién va ser mamá: yo o ella?

ESCENA X

(*Las luces bajan lentamente. Solo quedan los cenitales. La pieza adquiere un aspecto de irrealidad, como si fuera un sueño espantoso. Por la puerta lateral, que lleva al dormitorio aparece, invisible la figura de un enano deforme, disfrazado de niño. Atraviesa la escena lentamente. Carmela y Josefa no lo ven. Teresa, sí. Se arrincona en el sofá y da un alarido.*)

TERESA. – ¡Allí está. . .! ¡Es él. . .! ¡Es él. . .! ¡No está muerto. . .! ¡Nos está mirando!

CARMELA. – (*Mirando hacia donde se supone está el enano.*) ¡No hay nadie, Teresa! ¡No hay nadie!

TERESA. – ¡Sí! Allí está ¡El enano!

JOSEFA. – ¡No hay nadie. . . ¡Estás soñando otra vez! ¡Despertate! (*La sacude.*)

TERESA. – ¡Me mira y se ríe. . .! ¡Está lleno de sangre. . .! ¡Estoy segura de que va la policía a denunciarte, Josefa! ¡Esta vez si que vendrán! ¡Tenés que huir. . . Josefa, tenés que huir. . .!

JOSEFA. – (*Acariciándola.*) ¡Sí, mi niña. . .! ¡Sí,mi niña!

CARMELA. – ¡Sí, mi niña. . .! ¡Las tres huiremos. . .! ¡Nos iremos lejos! ¡Donde nadie nos encuentre!

JOSEFA. – ¡Donde podamos vivir felices!

CARMELA. – ¡Donde no pase el tiempo. . .! (*Le acaricia la frente.*)

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA "EMILIO CARILLA"
REGISTRO Nº 107218

JOSEFA. – ¡Donde puedas soñar sueños hermosos! ¡Donde no haya pesadillas!

TELON

Buenos Aires, 1972

LA FLOR AZTECA

MORALIDAD CONTEMPORANEA

Para Alberto Burnichon, Rafael Fagalde y Maurice Jaeger

PERSONAJES

La Flor Azteca
Fernández
García
Pérez

REINA MARGARITA:... ¡Yo tenía un Eduardo, hasta que un Ricardo lo mató! ¡Yo tenía un esposo, hasta que un Ricardo lo mató! ¡Tú tenías un Eduardo, hasta que un Ricardo lo mató! ¡Tú tenías un Ricardo, hasta que un Ricardo lo mató!

DUQUESA DE YORK: ¡Yo también tenía un Ricardo y tú lo mataste! ¡Yo tenía un Rutland, y tú ayudaste a matarle!

La tragedia de Ricardo III,
de William Shakespeare,
acto IV°, escena IVa.

Barraca del Gran Ofir en una fiesta de pueblo. Grandes colgaduras, falsamente orientales; animales embalsamados: lechuzas, gatos, serpientes en frascos pueblan las repisas y vitrinas que están distribuidas en un desorden casi estudiado, a la izquierda y derecha de la escena. Al fondo, una cortina de terciopelo rojo–que se abrirá en su momento oportuno –esconde la gran caja de cristal de la Flor Azteca. Este era un truco óptico que en las ferias y circos de mi infancia solía maravillarme, como así también deslumbraba a los campesinos y obreros de mi pueblo. El truco de la Flor Azteca consiste en una caja de vidrio, un cubo cortado en diagonal por dos espejos que miran hacia el público. Detrás de ambos espejos se sienta una mujer y asoma la cabeza por encima de ellos y la apoya en un florero ubicado donde se encuentran dichos espejos. De ese modo, el espectador, que está frente al florero, tiene la sensación de que se trata de una cabeza cortada. Un buen maquillaje, truculento y lleno de sangre, hace más verosímil el truco óptico. El cubo de vidrio con el asiento donde se ubica la mujer está colocado sobre una mesa cuyas patas tienen ruedas. Por esa razón es posible desplazarla por la escena.

En esta pieza solo se escuchará la voz del Gran Ofir que, desde afuera atrae a los incautos mediante un altavoz.

La Flor Azteca hará las veces de coro de la tragedia griega: abrirá el juego, hará comentarios sobre las situaciones, se burlará de los antagonistas. Su voz se transmitirá por altoparlantes disimulados entre las colgaduras y cortinados. Tendrá ciertas resonancias de eco, como si viniera de ultratumba, pero de una ultratumba electrónica. En uno de los costados, sobre una mesita baja, un pebetero oriental dejará escapar una columna de humo

mortecino. La iluminación, en todo momento, será siniestra.

VOZ DEL GRAN OFIR (En off). – ¡Pasen . . .pasen. . . pasen. . ., señores! ¡No se arrepentirán! ¡Pasen a ver el portento del siglo! Pasen a ver la maravilla de la cual ya hablaban los conquistadores: ¡La Flor Azteca! ¡Pasen, pasen, pasen, señores! Pasen a ver el oráculo más grande de todos los tiempos y cuyo secreto ha sido transmitido de padres a hijos desde los lejanos tiempos del emperador Cuathemoc! (Bajando el tono y haciéndolo falsamente confidencial, como hacen los charlatanes de feria para convencer a sus clientes) ¡Les tengo que confiar un secreto! ¡Pero no se lo digan a nadie! ¡La cabeza que exhibimos allí dentro, tiene cinco siglos! (*levantando la voz.*) ¡Cinco siglos, señores! ¡Cinco siglos, señores! ¡Cinco siglos! ¡Y se mantiene viva gracias a un procedimiento: le inyectamos jugos de plantas especiales, cuyo secreto tan solo conocemos nosotros! ¡Le inyectamos jugos de plantas especiales todos los días para mantenerla viva! ¡Ustedes mismos podrán ver lo que estoy diciendo! ¡Jugos vegetales en lugar de sangre! ¡Los jugos corren por esos tubos que ustedes podrán ver! (*Suena un gong.*) ¡Pasen señores! ¡Pasen! ¡Pronto estarán frente a la fabulosa y varias veces centenaria FLOR AZTECA! (*Música falsamente oriental.*) ¡Compren sus entradas! ¡Es el último día! ¡Mañana nos vamos! ¡Nos vamos a Europa desde donde nos han llamado porque quieren conocer este portento! ¡Por veinte centavos, tan solo por veinte centavos, La Flor Azteca les predecirá el futuro: fortuna, amores contrariados, riesgos en los negocios, viajes por mar, aire y tierra, sexo de los niños que están por nacer! ¡No falla! ¡La Flor Azteca no falla! ¡Por veinte centavos ustedes tienen derecho a estar diez minutos con la Flor Azteca y preguntarle todo lo que deseen! ¡Pasados esos diez minutos la Flor Azteca enmudecerá! (*Otro golpe de gong. Nuevamente la música falsamente oriental. El Gran Ofir baja la voz: ha conseguido clientes.*) ¡Tres boletos por aquí! ¡Un boleto para este caballero! ¿Su nombre, señor? ¿Fernández? Muy bien. ¡Un boleto

para el señor Fernández! . . . Otro boleto para el caballero. . . ¿Su nombre, señor? ¿Pérez? ¡Muy bien! ¡Un boleto para el señor Pérez! . . . ¿Su nombre, señor? . . . ¿García? . . . ¡Muy bien, señor García, aquí tiene su boleto! ¡Ahora pueden pasar! ¿Nadie más quiere pasar? ¿Nadie más? ¡Es la última sesión de la noche! (*Golpe de gong.*) ¡Adelante señores! ¡De ustedes es la última sesión de la noche! (*Golpe de gong. Aparecen en escena, como si vinieran de afuera, Pérez, Fernández y García. Son tres hombres típicos de la clase media baja, empleados de oficina en cargos miserables. Miran a un lado y otro, el uno, displiscente, con aires de gran conocedor, el otro con cierta curiosidad irreprimible y el tercero, con un poco de temor.*)

FERNANDEZ. – ¡Cuántos bichos!

GARCIA. – ¡No los toqués! ¡Nos podemos agarrar una infección, una peste!

PEREZ. – ¡Acabala! ¡Estás muerto de miedo! (*A Fernández.*) ¿Qué le vas a preguntar, vos?

FERNANDEZ. – ¡Qué seremos en las otras vidas futuras?

GARCIA: ¡Dale con la idea! ¡Ya nos tenés cansados de tanto hablar de lo mismo! ¡Yo no creo en esas pavadas! ¡Cuando aquí se termina la función, no hay otra!

FERNANDEZ. – (*Bromista.*) ¡Sos un ateo!

PEREZ. – Más bien hay que preguntarle si "Cimarrón" va a ganar en la cuarta carrera de Palermo!

FERNANDEZ. – ¡Ya salió el burrero!

GARCIA. – ¡No hay que desperdiciar las preguntas! ¡Mejor le preguntamos qué número va a salir en la quiniela!

FERNANDEZ. – Ustedes pregunten lo que quieran. ¡Yo le preguntaré qué seremos en nuestras futuras reencarnaciones!

GARCIA. – ¡Ufa, che! Dale con la maquinita. ¡En la oficina nos tenés hartos: que Krisnamurti, que el Maharishi Maharani, que Jinaradajasa! ¿No se te ocurre otra cosa que leer cuantos disparates escriben esos hindúes piojosos?

FERNANDEZ. – ¡Yo le voy a preguntar qué seremos en nuestras vidas futuras, cuando nos reencarnemos!

PEREZ. – (*Bromista.*) ¡Vos un chancho, García! ¡Así vas a poder comer todo lo que se te ocurra!

GARCIA. – (*Modesto.*) Y vos un mono. ¿Sabés por qué? Para vivir haciendo la del mono. ¡Y a dos manos, infeliz!

FERNANDEZ. – (*Apaciguador.*) ¡Bueno... bueno... calma! Cada uno preguntará lo que quiera. Pero eso sí: yo en primer lugar...

GARCIA. – ¡Dale, siempre el mismo morfón!

PEREZ. – ¡Dejalo! ¡Dejalo! ¡Total, son diez minutos para cada uno! (*Suena un gong. Las luces se vuelven más siniestras. La cortina de terciopelo rojo se abre y aparece La Flor Azteca iluminada en una forma fantasmagórica.*)

PERÉZ. – ¡Uyyyyy!

GARCIA. – ¡Callate!

PEREZ. – Me parece que esto es un curro más grande que las pirámides de Egipto.

LA FLOR AZTECA. – (*Imperativa y con voz cavernosa.*) ¡Silencio! ¡Acérquense! ... (*Los tres se acercan tímidamente, impresionados por el aparato. Tenue música oriental.*) ¡Que hable el primero! (*Fernández se adelanta.*) ¡Dígame su nombre!

FERNANDEZ. – ¡Alberto Fernández!

LA FLOR AZTECA. – ¿Qué edad tiene...?

FERNANDEZ. – Treinta y cinco años...

LA FLOR AZTECA. – ¿Dónde trabaja?...

FERNANDEZ. – En la mesa de entradas de la sección "Objetos Perdidos" de la Municipalidad...

LA FLOR AZTECA. – ¿Y usted?

GARCIA Y PEREZ. – (*Al mismo tiempo.*) ¿Yo...?

LA FLOR AZTECA. – El más bajo...

GARCIA. – Romualdo García, treinta años... También trabajo en la misma oficina...

PEREZ. – (*Con timidez.*) Los tres trabajamos en la misma oficina...

LA FLOR AZTECA. – (*Tajante.*) ¡Silencio! ¡No le

he preguntado a usted! (*A Fernández.*) ¿Qué es lo que quiere saber usted?

FERNANDEZ. – Bueno... Nosotros queríamos preguntarle sobre el futuro... Pero algo muy particular...

LA FLOR AZTECA. – (*Burlona.*) ¿Algo muy particular?

FERNANDEZ. – Sí... Queríamos saber qué es lo que nos va a pasar en las vidas futuras...

LA FLOR AZTECA. – (*A Pérez.*) ¿Su nombre?

PEREZ. – (*Temblando.*) Francisco Pérez... treinta y dos años... también soy empleado en la misma oficina...

LA FLOR AZTECA. – (*Burlona.*) Pérez... Fernández... García... Compañeros de oficina...

LOS TRES. – (*Como si no pudieran resistir ahora la mirada de la Flor Azteca.*) ¡Sí... sí... sí...!

PEREZ. – ¡Trabajamos en una repartición pública!...

LA FLOR AZTECA. – (*Siempre burlona.*) ¿En una repartición pública...?

GARCIA. – Yo escribo a máquina...

LA FLOR AZTECA. – (*Idem.*) ¿Los tres escriben a máquina?...

LOS TRES. – ¡Sí... sí... sí!

LA FLOR AZTECA. – (*Con un dejo de crueldad en la voz.*) Tres pobres empleados de oficina... Tres empleados que escriben a máquina durante ocho horas... Tres empleados que jamás dejarán de ser empleados ni dejarán de escribir a máquina durante todas sus vidas...

FERNANDEZ. – (*Acortado por el tono de crueldad de La Flor Azteca.*) Y... nosotros queríamos saber qué seremos en las vidas futuras, cuando nos reencarnemos...

LA FLOR AZTECA. – (*Cambiando el tono de burla por otro de severidad.*) Escriben a máquina... los tres escriben a máquina... Empleados de oficina que escriben a máquina todo el día... Los sueldos son miserables... La vida es miserable... Las ilusiones son miserables... (*Cambiando el tono y dulcificándolo.*) ¿Y a

usted, Fernández, qué le gustaría ser en una vida futura...?

FERNANDEZ. – Y... no aburrirme... No tener que trabajar en esa oficina tediosa... Me gustaría estar mejor...

LA FLOR AZTECA. – No aburrirse...

FERNANDEZ. – Quisiera tener otras posibilidades.

LA FLOR AZTECA. – (*A García.*) Y a usted, García, ¿qué le gustaría ser? ¿Qué le gustaría ser en una vida futura?

GARCIA. – (*Tímidamente.*) Yo quisiera ser piloto de un avión...

LA FLOR AZTECA. – ¿Por qué, García?...

GARCIA. – Para estar allá arriba... para sentirme libre...

LA FLOR AZTECA. – (*Irónica.*) ¿Está cansado de estar aquí, en la tierra, García?...

GARCIA. – Sí...

LA FLOR AZTECA. – (*A Pérez.*) ¿Y usted, Pérez, qué quisiera ser?

PEREZ. – (*Goloso.*) ¡Yo quisiera ser alguien muy importante!

LA FLOR AZTECA. – (*Mordaz.*) ¿Muy importante?... (*A todos.*) ¿Quieren ser muy importantes? ¿Los tres quieren ser muy importantes?...

LOS TRES. – ¡Sí... muy importantes...!

LA FLOR AZTECA. – (*Burlona.*) ¡Muy importantes!

GARCIA. – ¡Y libres!

LA FLOR AZTECA. – (*Como entrando en trance.*) ¡Tres empleados de oficina que escriben a máquina todo el día... que quieren ser muy impootantes...! (*De pronto abre los ojos muy grandes. En su expresión hay crueldad y dureza, una dureza terrible. A los tres:*) ¡De rodillas! ¡Mírenme a los ojos! (*Los tres caen de rodillas como fascinados.*) ¡En nombre de Brahama... en nombre del espíritu inmortal del tiempo... en nombre de las almas que transitan por los cuerpos y que van en busca de la unión final...! (*A los tres.*) ¡Reciten conmigo sin dejar de mirarme fijo en los ojos: "¡Quiero que me muestren los secretos del tiempo...!"

LOS TRES. – (*A coro.*) "¡Quiero que me muestren los secretos del tiempo. . .!"

LA FLOR AZTECA. – "¡Tengo fe no solo en aquello que veo sino en aquello que permanece invisible a mis ojos. . .! "

LOS TRES. – (*Idem.*) "¡Tengo fe no solo en aquello que veo sino en aquello que permanece invisible a mis ojos. . .! "

LA FLOR AZTECA. – "¡Maldito sea el que no crea! "

FERNANDEZ. – "¡Maldito sea el que no crea! "

PEREZ. – "¡Maldito sea el que no crea! "

GARCIA. – "¡Maldito sea el que no crea! "

LA FLOR AZTECA. – (*Imperativa.*) ¡Ahora, sentados! ¡Todos sentados! ¡Vamos al futuro! ¡En el futuro todos vamos a estar sentados! ¡Vamos a estar sentados en grandes sillones de oro!

FERNANDEZ. – (*Tratando de resistir la mirada de La Flor Azteca.*) ¡Yo no quiero sentarme! ¡Yo no quiero sentarme!

LA FLOR AZTECA. – ¡En el futuro todos vamos a estar sentados. . ., Fernández, siéntese!

FERNANDEZ. – ¡Yo no quiero ser libre!

LA FLOR AZTECA. – En el futuro todos vamos a estar sentados en grandes sillones de oro. . .

FERNANDEZ. – ¡Estar sentado no es ser libre! . . .

LA FLOR AZTECA. – (*Con gran dureza.*) ¡Sentado, Fernández!

FERNANDEZ. – (*Casi sin voluntad y rezongando como un niño.*) ¡Estoy sentado en esa maldita oficina casi todo el día! . . . ¡No quiero estar sentado. . . no quiero estar sentado. . . no quiero. . . no. . .!

LA FLOR AZTECA. – (*Salvaje.*) ¡Solo hay un futuro!

FERNANDEZ. – (*Muy débil y obedeciendo.*) No. . . no. . . no. . .

LA FLOR AZTECA. – ¡Ya estamos en el futuro! ¡Fernandez, García, Perez! ¡Ahora están viendo lo que va a pasar en el futuro! (*Los tres toman unas sillas, se adelantan hacia el proscenio y se sientan con gran pompa.*)

LA FLOR AZTECA. – (*Salvaje.*) El futuro esta arriba. Miren al futuro. ¿Quién está arriba? ¡Ahora

Perez está arriba! . . . Perez está arriba! ¡Ha llegado! Suyo es el poder y la gloria! ¡Perez, de pie! ¡El poder y la gloria son suyos!

(*Perez se levanta lentamente. Se ha transformado en un militar sudamericano. Acaba de dar un golpe de estado. Se dirige a un balcón invisible desde donde hablará a la multitud reunida a sus pies. Se escuchan cantos, marchas y gritos de la multitud.*)

PEREZ. — (*Dirigiéndose a la multitud invisible.*) ¡Ciudadanos! . . . (*Gritos de la multitud. Cánticos.*) ¡Ciudadanos! . . . Me dirijo a ustedes para hablarles con la claridad que siempre me ha caracterizado. Los enemigos del orden y de la democracia escudados en la impunidad que les aseguró el mandatario depuesto han estado actuando sin respetar las instituciones, mancillando a las fuerzas armadas, diluyendo el respeto debido a las autoridades públicas e incluso sumiendo al pueblo en un ambiente de temor. Las espurias organizaciones junto con los declarados enemigos del estado, más audaces desde que fueran estimulados por el presidente depuesto, procuran infundir en todo el mundo la certeza de que hablan en nombre del estado y del pueblo cuando lo cierto es que hablan en nombre de un estado extranjero. Al servir a los intereses imperialistas, ellos sirven en carácter de criminales agentes de la traición a la patria. Conciente de mi responsabilidad como comandante en jefe, he llamado a todos mis camaradas del ejército, sin distinción de jerarquías, a cerrar filas en nombre de la seguridad nacional para salvaguardar las estructuras de nuestras fuerzas armadas amenazadas gravemente. La marina y la aeronáutica, así como las fuerzas policiales y las reservas del ejército no faltaron con su apoyo. Con esta actitud evitaremos la lucha entre hermanos que en verdad viene siendo preparada irresponsablemente y criminalmente por el dictador depuesto. Unidos restauraremos la legalidad como es nuestro deber garantizando la total vigencia del régimen democrático. . . (*Aplauso, vítores, gritos, marchas. Durante todo el discurso, Pérez será interrumpido por los gritos de la multitud.*) ¡Camaradas del ejército: unámonos en la defensa del estado! ¡Esta es la hora decisiva! (*Gritos, cantos, marchas.*) Ciudadanos: ¡he asumido el poder, todo el poder! ¡Pero lo he asumido en nombre del pueblo, de ustedes!

Y lo he asumido para usarlo en bien de la comunidad, para que nuestro pueblo, por fin, después de tantos años, se sienta en el camino de la libertad. Vamos a explotar íntegramente nuestra gran riqueza. No vamos a depender de nadie. Vamos a crear nuevas riquezas para luego repartirlas con equidad. Yo quiero que ustedes sepan que yo no voy a ser un gran hombre, como se titulaba el dictador depuesto. Las circunstancias han hecho que este humilde soldado se haga cargo de la misión de llevar adelante el proyecto tanto tiempo acariciado por todos. No voy a ser sino un soldado de esta causa. Estaré al frente, pero ustedes me seguirán. ¡La hora de la gran cruzada ha comenzado! (*García se levanta de su silla y estrecha a Perez en un fuerte abrazos.*)

GARCIA. – (*A Perez.*) ¡Nosotros estamos con usted, mi general!

PEREZ. – (*Emocionado.*) ¡No lo dudo, mi general!

FERNANDEZ. – ¡Cuente conmigo, mi general! (*Abrazo ruidoso.*)

LA FLOR AZTECA. – (*Insidiosa.*) General: allí tiene a sus soldados (*Fernández y García dejan de ser generales para transformarse en soldados.*)

¡Soldados, firmes! (*Ambos se cuadran.*) Usted es el general, Perez. ¡Ahí tiene a su tropa! ¡Y si usted tiene la tropa tiene todo el poder!

PEREZ. – Soldados: ustedes son el pueblo en armas y el pueblo en armas es disciplinado. Sin disciplina no hay democracia. Por esa razón tienen que jurarme obediencia. Les tomaré juramento. Soldados: ¿juran obedecer?

FERNANDEZ Y GARCIA. – (*Marcialmente*). ¡Sí, juramos! ! ! !

PEREZ. – Soldados: ¿juran obedecer todos los reglamentos de la junta que presido y que ha sido elegida por la voluntad del pueblo en armas que es el ejército, la única democracia verdadera por ser el pueblo en armas? (*Silencio.*)

LA FLOR AZTECA. – (*Burlona.*) ¡Tienen que jurar, soldados! (*Riéndose.*) ¡Tienen que jurar, soldaditos!

PEREZ. – (*Sorprendido de que nadie le conteste.*) ¡Soldados! Soldados: ¿juráis obedecer el acta institucional N° 3.153.922? (*Silencio.*)

LA FLOR AZTECA. – (*Insidiosa.*) ¿Dónde está el general Perez?

PEREZ. – (*Mordiéndose de rabia.*) Soldados: ¿juran obedecer?

GARCIA Y FERNANDEZ. – ¡Síii, juramos! ! !

FLOR AZTECA. – ¿Dónde está el general?

PEREZ. – ¡Soldados: des. . .can. . .so!

GARCIA. – Pero si estamos en descanso, mi general!

PEREZ. – ¡Entonces, fiiiir. . .mes! ! ! (*Fernández y García que están en posición de firmes hacen "descanso".*) Soldados: he dicho "fiiiirrrrrr. . .més" (*Ambos siguen en la misma posición como si no hubieran escuchado. Pérez montando en cólera.*) ¡Soldados! ¡Tienen que obedecer! ¡Dios y la Patria se lo demandan!

LA FLOR AZTECA. – (*Insidiosa.*) No lo veo al general. . . ¿Dónde está el general?

GARCIA. – ¿Dónde está usted, general? (*Rompe filas y comienza a buscarlo como si repentinamente se hubiera vuelto invisible.*) ¿Dónde está general? ¡Nosotros le obedecemos! (*Fernández lo imita.*)

FERNANDEZ. – (*Buscando.*) ¿Dónde está, general? ¡Escuchamos su voz pero no lo vemos!

PEREZ. – ¿Qué broma es ésta? ¡Estoy aquí! Y mando: ¡fiiiir. . .més !

LA FLOR AZTECA. – (*Riéndose.*) ¿Dónde está el general Pérez? . . . ¿Ha desaparecido? . . . ¡Busquen! . . . ¡Busquen, soldaditos! ¡Busquen. . .! ¡Busquen. . . busquen. . . busquen. . .!

PEREZ. – (*Rugiendo.*) ¡Les ordeno que me obedezcan! ¡Esto es un acto de insubordinación! . . . ¡Y de perjurio! ¡Ustedes han jurado!

FERNANDEZ. – ¡Sí, mi general, hemos jurado! ¡Pero no lo podemos encontrar (*Angustiado.*) ¿Dónde está?

GARCIA. – ¡Queremos subordinarnos! . . . ¡Queremos subordinarnos! ¡Pero si no lo vemos, no podemos! ¿Dónde ha dejado su cuerpo, general?

PEREZ. – ¡Esto es una conspiración!

LA FLOR AZTECA. – (*Riéndose a carcajadas.*) ¡Busquen, soldaditos! . . . ¡Busquen. . . busquen. . . busquen. . .! ¿Dónde está el general? Si no lo ven, no

podrán obedecerle! . . . ¡No se puede obedecer a una voz! ¡Hay que obedecer a una presencia!

GARCIA Y FERNANDEZ. – (*Yendo y viniendo, como si jugaran a "La gallina ciega", tantean el aire con las manos. Pasan muy cerca de Pérez pero siempre que estén a punto de chocar con él lo evitarán.*) ¿Dónde está, general? . . .General, ¿dónde está? . . . ¿Dónde está que no lo veo? . . . ¡Escucho su voz, general, pero no lo veo!

PEREZ. – (*Desesperado.*) ¡Aquí. . . aquí. . . aquí estoy!

FERNANDEZ Y GARCIA. – ¿Dónde. . . dónde. . . dónde. . .?

PEREZ. – ¡Aquí. . . aquí. . . aquí. . .!

FERNANDEZ. – ¡Póngase de pie, general, para que lo veamos!

LA FLOR AZTECA. – (*Maligna.*) ¡El general Pérez aún tiene el poder!

PEREZ. – ¡Sí. . . sí. . . aún tengo el poder. . .! ¡Yo mando!

FERNANDEZ Y GARCIA. – ¡No lo vemos, general. . .! ¡Necesitamos ver al general Pérez. . . ¡Nos subordinamos, general. . . pero para subordinarnos tenemos que verlo. . .!

LA FLOR AZTECA. – (*Con mayor malignidad todavía.*) ¡Aunque no lo vean, el general Pérez sigue en el poder! . . .

FERNANDEZ. – ¡Queremos ver al libertador de la patria!

GARCIA. – ¡Queremos ver al Benefactor! ¡Queremos ver al Supremo!

FERNANDEZ. – ¡Queremos ver al Restaurador!

PEREZ. – ¡Aquí. . . aquí. . . aquí! . . . (*A punto de estallar.*) ¡Estoy aquí! ¡Algo me pasa! . . . ¿Por qué no me ven? Sigo dando órdenes, ¿me escuchan? ¡Me quieren volver loco! . . . ¡Me han envenenado! . . . ¿Me escuchan? . . . ¿Esto es una conspiración? ¡Hay una conspiración en marcha para despojar al pueblo de sus legítimos derechos! . . . ¿Me escuchan?

FERNANDEZ. – ¡Desde muy lejos!

GARCIA. – Su voz parece que se va a extinguir. . .

FERNANDEZ. – ¡Es un hilo de voz! . . . ¡Pronto no

lo escucharemos! (*Van y vienen haciendo pantallas con sus manos como para escucharlo mejor.*)

GARCIA. – ¡Ya no lo escuchamos, general, pero seguimos siendo sus subordinados!

PEREZ. – (*Desesperado.*) ¡Estoy perdido. . .! ¡Me han envenenado. . .! ¡Soy víctima de una conspiración! ¡Ofrezco todo lo que quieran con tal de que me vean! (*Fernández y García lo atropellan, lo derriban y lo pisotean, siempre simulando no verlo.*) ¡Mis enemigos, que son los enemigos de la patria, me han envenenado!

FERNANDEZ Y GARCIA. – (*Mismo juego.*) ¡Seguimos subordinados a usted, mi general! . . . ¡Aunque no lo veamos ni lo escuchamos, seguimos siendo sus fieles subordinados! . . . ¡Usted es el único salvador de la Patria! ¡Regrese, general! . . . ¡Regrese! . . . ¡Lo esperamos! . . . ¡Lo estamos esperando! . . . ¡Todas las unidades de batalla le responden!

LA FLOR AZTECA. – (*Insidiosa.*) El general Pérez tiene el poder. Pero, ¿Dónde está el general Pérez? ¡Busquen. . . busquen. . . busquen. . ., soldaditos. !

FERNANDEZ Y GARCIA. – ¡Ya no lo escuchamos, general!

PEREZ. – (*Desesperado.*) ¡Ahora no me escuchan! ¡Dios mío! ¡Sigo siendo el jefe de estado! ¡Subordinación y valor! (*Nadie le contesta.*)

FERNANDEZ Y GARCIA. – (*Derribándolo nuevamente.*) ¡No está! . . . ¡No está. . .! ¡No está. . .!

PEREZ. – (*Desde el suelo.*) ¡Muero contento! ¡He cumplido con mi deber! ¡Viva la Patria! . . . ¡No estoy loco! . . . ¡Estoy en mi sano juicio! . . . ¡Viva la Revolución!

FERNANDEZ Y GARCIA. – (*Deteniéndose frente al cuerpo inmóvil del general Pérez.*) Habiendo desaparecido el general Perez, ¿qué haremos?

LA FLOR AZTECA. – (*Burlona.*) Ahora, todo el poder está en manos de los generales Fernández y García.

FERNANDEZ. – Habiendo desaparecido el general Pérez, nosotros tomamos el poder con todas las obligaciones y derechos.

GARCIA. – Continuaremos la obra del Salvador de la Patria.

LA FLOR AZTECA. – ¡Todo el poder a los generales Fernández y García! ¡Pero, cuidado con la subversión! ¡No se dejen engañar por nadie! ¡Cuidado con las trampas de los enemigos de la Revolución! ¡Todo el poder a los generales Fernández y García!

GARCIA. – (*A Fernández.*) Todo el poder es suyo.

LA FLOR AZTECA. – (*Insidiosa.*) No: ¡todo el poder es del general García!

FERNANDEZ. – No. Todo el poder es suyo, general García.

GARCIA. – Haremos lo que mande el ejército.

FERNANDEZ. – Lo que el ejército y el pueblo ordenen. No olvide usted que el nuestro es un sistema democrático y que es el pueblo quien, en última instancia, decide.

LA FLOR AZTECA. – (*Sarcástica.*) ¡Pero hay que enterrar al general Pérez! ¡Primero hay que enterrar al general Pérez!

GARCIA. – ¡Hay que embalsamarlo para que las futuras generaciones puedan tener su presencia eterna!

FERNANDEZ. – Basta con enterrarlo con todos los honores. Daremos su nombre a la mejor plaza de la ciudad...

GARCIA. – No. A la estación central para que así todos los que lleguen o salgan del país pronuncien su nombre al pedir un boleto...

FERNANDEZ. – Mejor bautizaremos con su nombre a la avenida principal: ¡quienes paseen por ella transitarán por el nombre sagrado del general Pérez!

LA FLOR AZTECA. – (*Riendo.*) ¡Saquen el cuerpo! ¡Pero cuidado con los extranjeros!... ¡El peligro viene de afuera! ¡Hay que desconfiar de los extranjeros! ¡Hay que cuidar el poder! (*García y Fernández sacan el cuerpo del general Pérez. Marcha fúnebre.*)

LA FLOR AZTECA. – ¡La bandera a media asta! ¡Quien ha muerto es un gran hombre! ¡Hay que rendirle honores! ¡Discursos! ¡Hay que editar millones de ejemplares con sus discursos completos! ¡Hay que levantarle un monumento que sea el más alto del mundo! ¡Hay que bautizar con su nombre a todas las escuelas, a todos los colegios, a todas las universidades! ¡Hay que bautizar con el nombre del general Pérez a

todas las plazas, a todas las calles, a todas las avenidas, a todos los caminos! (*Lanza una carcajada siniestra.*)

FERNANDEZ Y GARCIA. – (*Regresando.*) ¡Hay que consultar con la tropa! Hay que consultar con el pueblo.

FERNANDEZ. – ¡Con la tropa!

GARCIA. – ¡Con el pueblo!

FERNANDEZ. – ¡Con la tropa!

GARCIA. – ¡Es lo mismo, dado que el ejército es el pueblo en armas!

LA FLOR AZTECA. – (*Imperiosa.*) ¡El poder cambia de mano! (*Burlona.*) ¿De quién es el poder ahora? ¡El general Pérez ya no tiene el poder porque ha muerto! ¿Quién tiene el poder que dejó el general Perez?

GARCIA. – Yo no tengo ambiciones de poder. Tengo voluntad de servicio.

FERNANDEZ. – Tampoco me impulsan deleznables apetitos de mando. El poder exige sacrificios... Quien tiene el poder debe olvidarse de los amigos, de la familia, del hogar.

GARCIA. – ¡El poder implica grandes riesgos, como terminar colgado de un farol!

FERNANDEZ. – ¡O volado por una granada! ...

GARCIA. – ¡O limpiado por un francotirador! ...

FERNANDEZ. – ¡El pueblo es ingrato! ...

GARCIA. – ¡Nunca reconoce los verdaderos sacrificios! ...

FERNANDEZ. – Pero luego la Historia se encarga de hacer justicia... ¡La Historia! ... ¡Solo la Historia! ...

GARCIA. – ¡Ah, la Historia!

FERNANDEZ. – (*Soñador.*) ¡Que los niños sueñen con imitarte!

GARCIA. – ¡Transformarnos en una tapa de cuaderno escolar, en una lectura infantil...!

FERNANDEZ. – ¡Que tu nombre sea balbuceado por un niño pequeño...!

GARCIA. – (*Soñador.*) El general García, "Salvador de la Patria"...

FERNANDEZ. – El general Fernández, "Mártir del Pueblo..."

GARCIA. – El general García, "Restaurador de la Democracia"...

FERNANDEZ. – El general Fernández, "Abanderado de los humildes"...

GARCIA. – (*Con cierta ferocidad.*) El general García, "Rayo de la Guerra"...

FERNANDEZ. – (*Idem, in crescendo.*) El general Fernández, "Dios de las Batallas"...

(*A medida de que han ido diciendo todos estos epítetos, ambos se han ido subiendo primero en banquitos, luego en taburetas y por último en sillas. Al no poder subir más, en la loca competencia, los dos se derrumban.*)

FERNANDEZ. – (*Levantándose.*) Creo que tendré que hacerme cargo del ejército. La presidencia de la república te la dejo a vos. No hay otro...

GARCIA. – No tengo ambiciones de poder... Pero creo que el ejército me corresponde...

FERNANDEZ. – La presidencia de la república es una honra para tus méritos...

GARCIA. – Pero temo dejar a mi país en manos de un cualquiera. (*Advirtiendo la falta que ha cometido.*) Con eso no es que quiera decir...

FERNANDEZ. – No... No me mires... Te entiendo... te entiendo perfectamente... Recuerda que hicimos la carrera juntos...

GARCIA. – Por eso mismo creo que sos la persona capaz...

FERNANDEZ. – Pero también se necesita una persona capaz para que tome las riendas del ejército...

LA FLOR AZTECA. – (*Cantando, burlona.*) ¿García o Fernández?... ¿García o Fernández?... ¿García o Fernández?...

GARCIA. – Yo no tengo ningún inconveniente en hacerme cargo de la dirección general del país ya que a vos no te interesa el poder, como acabás de decir...

FERNANDEZ. – ¡Perfecto! ¡Yo me haré cargo del mando del ejército!

GARCIA. – Pero la dirección general del país incluye la dirección general de las fuerzas armadas...

FERNANDEZ. – ¡Ah, no...no... no! Las fuerzas armadas deben quedar por encima de la lucha de facciones... El poder engendra el contrapoder, es decir, la lucha de facciones... Y al ejército hay que mantenerlo alejado de las luchas de facciones...

GARCIA. – Camarada, recuerda que el presidente de la república es también comandante en jefe de las fuerzas del aire, mar y tierra. . .

FERNANDEZ. – (*Irónico.*) Simbólicamente. . .

GARCIA. – Efectivamente. . . Aunque a mí no me interesa el poder por el poder. A mí me interesa el poder como salvaguarda de la nación. . .

FERNANDEZ. – Pero la salvaguarda de la nación le incumbe al ejército. Y el ejército va a estar en mis manos. . .

GARCIA. – Como ya he hablado con los comandantes de aeronáutica, de la marina y del ejército. . .

FERNANDEZ. – ¡Qué extraño! Yo también he hablado de este tema con los comandantes de la aeronáutica, de la marina y del ejército. . .

LA FLOR AZTECA. – (*Insidiosa.*) ¡Solo uno debe tener el poder! . . . ¡El poder para uno solo. . .! ¡El poder para uno solo. . .!

GARCIA. – Y ninguno de los comandantes tiene ningún inconveniente. . .

FERNANDEZ. – Vos podés apoyarte en mí como comandante en jefe de las fuerzas armadas. ¿El comandante en jefe se apoya en el ejército o no?

GARCIA. – Una cosa son los comandantes y otra cosa es el ejército. Las tropas, por votación general, quieren que yo me haga cargo del mando. . .

FERNANDEZ. – ¿Votación? No te olvides de que en las fuerzas armadas rige el principio de la jerarquía, de la antigüedad, del escalafón, de los grados. . .

GARCIA. – ¿Somos una democracia, sí o no? Si somos una democracia y el ejército es el pueblo en armas, luego la votación general dentro del ejército es la que debe decidir. . .

FERNANDEZ. – Sin embargo, camarada García, te diré una cosa. . .

GARCIA. – Sí, general Fernández. . .

FERNANDEZ. – Lamentaría mucho que tuviéramos que llegar a un punto. . . a un punto cero. . . diría yo. . . Es decir que yo te tuviera que decir: " ¡De acá no te vas a ir ! . . . "

GARCIA. – ¡Oh, no! , ¡por favor! (*Chanceando.*) ¡Por favor! ¡Eso no!

LA FLOR AZTECA. – (*Con dureza.*) ¡Todo el poder a García! ¡Todo el poder a García!

GARCIA. – Lo lamento, Fernández: los tres comandantes esperan mis órdenes en la antesala... Te he reservado una embajada... En el país donde quieras... donde vos elijas...

FERNANDEZ. – (*Cediendo pero mordiéndose.*) ¡Está bien! ... ¡Está bien! ...

LA FLOR AZTECA. – (*Susurrando, insidiosa.*) ¡Una embajada, Fernández...! Una embajada... ¡Desde una embajada se puede maniobrar mejor...! ¡El poder está en el exterior!

FERNANDEZ. – (*Súbitamente.*) ¡Acepto la embajada de Metrópolis!

GARCIA. – Lo felicito, general Fernández ¡Usted es un hombre que sabe sacrificarse por la patria! Deme la mano. Lo felicito por su patriotismo. ¡Usted acaba de dar un paso atrás que realmente será valorado por la Historia!

FERNANDEZ. – (*Con rabia mal disimulada.*) ¡Desde Metrópolis le haré llegar mis proyectos...!

GARCIA. – Ya está nombrado... Lo designo embajador en Metrópolis... Nuestro mayor comprador de sandías... Me siento feliz por esta designación...

FERNANDEZ. – ¡Me siento honrado...!

GARCIA. – Tendrá que desplegar una inmensa actividad para lograr que Metrópolis duplique sus compras de nuestras sandías...

FERNANDEZ. – (*Con saña.*) Sabré manejarme... Llevaré una misión de expertos...

GARCIA. – No se olvide de que tenemos que colocar pronto toda nuestra producción de sandías... Ahora vamos a la ceremonia... Yo recibiré de usted las insignias del poder...

LA FLOR AZTECA. – (*Susurrando insidiosa.*) ¡Allí está la clave, Fernández! ¡Allí está la clave...! ¡El verdadero poder está en las sandías...!

(*García se adelanta hacia el proscenio. Fernández le coloca la banda y le entrega el bastón de mando. Ambos se abrazan. Gritos de la multitud. Vítores, cánticos, música militar.*)

GARCIA. – (*Adelantándose hacia un balcón invisible y hablando a una multitud invisible.*)

GARCIA. – ¡Ciudadanos! . . . (*Gritos, cantos, marchas.*) Participo a la Nación que hoy, día del santo patrono de nuestra patria, he asumido los poderes totales del Estado. (*Gritos, marchas, cánticos.*) Esta medida. . . esta medida obedece al propósito de asegurar la unidad de las fuerzas armadas con visión nacional. A la vez tiene por objeto que el jefe del estado se pueda ocupar directamente en el continuo progreso de nuestra institución armada así como del mejoramiento personal de sus integrantes. . . (*Gritos, cantos, marchas.*) Solo un clima ordenado de libertad y de garantía puede permitir que las actividades de la nación se desenvuelvan de modo fecundo. En consecuencia proclamo: una política de comprensión y tolerancia en la cual quepa la colaboración patriótica de todos los sectores que se comprometan con la nación a servirla sin prejuicios sectarios, ni rencores inútiles. La patria vale más que sus accidentes y el patriotismo consiste en servirla con la vista puesta en el porvenir. (*Gritos, marchas, cánticos.*) Las fuerzas armadas, en mi persona, han asumido los poderes públicos del Estado con el triple propósito de salvar la unidad y el sentido institucional del elemento militar, satisfacer el clamor unánime de la población, representada por todos sus sectores y conducir a la república hacia una organización jurídica y política acorde con las prácticas universales de la democracia y el derecho. (*Gritos, marchas, cánticos.*)

La unidad de las fuerzas armadas es garantía de gloria e intereses patrióticos, apoyo decisivo para toda organización del estado y piedra fundamental de la paz social. Para cumplir su noble papel, las fuerzas armadas necesitan actuar dentro de un marco técnico y jurídico que les permita dedicarse por entero a sus funciones específicas las que están respaldadas por el respeto y afecto que el pueblo tiene por sus soldados. (*Gritos, cantos, vítores.*)

Nuestro país tiene un destino que debe alcanzar la altura de su pasado heróico. . . Va nuestro saludo a la masa trabajadora cuyo derecho a una vida equilibrada y digna me complazco en ratificar.

En esta hora de responsabilidades me corresponde una tarea enorme como es la de sustituir a un régimen de violencia y de intereses creados por el tirano muerto a causa de su megalomanía, por un régimen de respeto y

eficacia. Esa es tarea que debe cumplirse en un clima de tranquilidad activa, de serenidad fecunda. El pueblo que nos ha honrado con su entusiasmo nos debe colaboración de su esfuerzo cívico para echar las bases seguras de nuestras instituciones.

Mi gobierno será tolerante ante las ideas (siempre que las ideas sean tolerantes con mi gobierno). Será tolerante ante las manifestaciones civiles pero firme como brazo armado de la nación para extirpar cualquier intento de disminuir mi autoridad. Ratifico una vez más el inquebrantable propósito de conducir al país en esta contingencia por el camino de la dignidad, el respeto y la consideración cabal de los derechos que integran la dignidad de la persona humana. (*Gritos, cantos, marchas, vítores.*). . .

¡¡¡Ciudadanos! ! ! Para borrar todo vestigio del inicuo dictador, muerto en medio de su paranoia delirante, ordeno, mando y decreto:

1) Bórrense los nombres del sádico tirano de todas las calles, paseos, plazas, cementerios, buques, estaciones ferroviarias, estampillas y monedas.

2) Retírese su nombre de los libros de Historia, Geografía, Ciencias Naturales, Matemáticas, Física, Química, Cocina y de todos aquellos que su delirio de grandeza hizo estampar.

3) Castíguese a todos los intelectuales que hayan colaborado en esta inicua tarea.

4) Dese a su momia cristiana sepultura en un lugar desconocido para evitar las supercherías de la gente ignorante. . .

(*Gritos, cantos, vítores, marchas. García saluda a la multitud con los brazos en alto.*)

¡Juro ante los sagrados huesos de los padres de la patria hacer cumplir las leyes y lograr que todo mi pueblo sea feliz! ¡Si así no lo hiciere que Dios, la patria y mi pueblo me lo demanden! (*Marchas, cánticos, gritos, vítores, música militar.*)

(*García y Fernández se estrechan en un abrazo. Los dos se retiran del balcón.*)

LA FLOR AZTECA. – (*Como un ujier, pero burlona.*) ¡El señor embajador de Metrópolis! (*Entra Pérez pero tocado con una enorme galera negra. Fernández se retira. Quedan solos García y Pérez.*)

GARCIA. – ¡Mi querido embajador!

PEREZ. – ¡Estimado presidente! (*Ambos se estrechan en un abrazo.*)

GARCIA. – ¡Tome asiento. . .! ¡Tome asiento!

PEREZ. – De pie, estoy bien de pie. . .

GARCIA. – (*Frotándose las manos.*) Creo que vamos a hacer grandes negocios ahora que la economía del país está en manos de gente responsable. . .

PEREZ. – Estamos perfectamente enterados. . .

GARCIA. – Y vamos al grano. No perdamos tiempo. Hay un negocio para usted, quiero decir para los intereses de la nación, muy importante.

PEREZ. – (*Enigmático.*) Interesante. . . interesante. . .

GARCIA. – Necesito que Metrópolis me compre toda la producción de sandías al mismo precio del año anterior. . .

PEREZ. – Tendría que consultarlo. . .

GARCIA. – No tengo inconveniente en esperar pero, claro está, siempre que sea un tiempo prudencial. . . El país está en la bancarrota por las locuras del dictador derrocado, gracias a Dios y al santo y al santo patrono de nuestra patria. . . Piense, además, que la cosecha está avanzada y que si los trámites se demoran, las sandías podrían llegar pasadas a su país. . .

PEREZ. – (*Seco.*) Me tomaré el tiempo necesario. . .

GARCIA. – No me olvidaré de usted. . .

PEREZ. – Así lo espero. (*Se dan la mano protocolarmente y Pérez sale. Antes de salir se encuentra con Fernández que de un brazo, lo lleva a un aparte mientras García hace poses y las estudia frente a un espejo.*)

FERNANDEZ. – (*A Pérez, como Hombre de la Galera.*) ¡Embajador. . .! ¡Embajador! No compre la producción de sandías. . . Si ustedes me ayudan, yo les podré vender el año próximo la cosecha de sandías a menor precio.

PEREZ. – (*Rascándose la barba.*) Interesante. . . interesante. . . Claro está, siempre que usted me de garantías de que por lo menos voy a obtener un precio equiparable al cuarenta por ciento de los precios del año anterior. . .

FERNANDEZ. – (*Solemne.*) Va en ello mi palabra de honor.

PEREZ. – Y además el derecho de que mi país pueda dirigir toda la economía de su país. . .

FERNANDEZ. – A pesar de que por el momento no tengo poder, si ustedes se abstienen de comprar, el gobierno caerá en mis manos como una fruta madura. . . Entonces, le prometo nombrarlo ministro de Economía. . .

PEREZ. – Bueno. . . bueno. . . Yo preferiría poner en mi lugar a una persona de mi entera confianza.

LA FLOR AZTECA. – (*Riendo y burlándose.*) ¡Todo el poder a las sandías! ¡Todo el poder a las sandías!

FERNANDEZ. – La persona que usted indique. . .

PEREZ. – Correcto. . . (*Se dan la mano. Fernández sale. Pérez regresa hacia donde García, que sigue haciendo poses frente a un espejo invisible. A García, seco.*) Excelencia: tengo que darle a usted una mala noticia. Por eso he vuelto a palacio.

GARCIA. – (*Como un vendedor de feria.*) ¡Excelencia! La cosecha de sandías es excelente. Me lo acaban de confirmar. Me alegra mucho que haya vuelto. ¡Seguiremos canalizando las negociaciones sobre la venta de nuestro producto nacional. . .!

LA FLOR AZTECA. – (*Susurrando con malicia.*) ¡El poder no está en las armas! ¡El poder está en las sandías! ¡Quién tiene las sandías tiene el poder!

PEREZ. – Realmente estamos muy contentos de poder conversar con usted. Siempre hemos hecho buenos negocios con su país. Pero, lamentablemente, en estos momentos he recibido una orden de mi gobierno: no le podemos comprar ni una sandía. Existe una terrible superproducción en el mundo y los precios internacionales están por los suelos.

GARCIA. – (*Desesperado.*) Pero mi querido embajador, ¿usted se imagina lo que puede pasar? Además, no se puede ser tan terminante en materia de negociaciones. Nosotros tenemos que vender la cosecha. La tenemos que vender a nuestros viejos compradores. ¡Los lazos que nos unen con Metrópolis no solo son económicos sino también culturales y afectivos!

PEREZ. – Sí. . . sí. . . sí. . . todo eso lo entiendo. Pero en materia de economía los sentimientos no cuentan. . . Nuestro gobierno dice que no puede comprar.

GARCIA. – Nosotros les podemos dar condiciones excepcionales. . .

PEREZ. – No. . . no. . . no se trata de condiciones. . . Ocurre que en estos momentos estamos completamente abarrotados de sandías y no podemos hacer ninguna compra. . .

GARCIA. – ¡Pero embajador, escúcheme, estimado embajador! Mis condiciones serán excepcionales. ¡Ustedes no me pueden abandonar en un momento tan crucial para la historia de mi país!

PEREZ. – Ya le dije: no se trata de condiciones. En estos momentos no hay la menor posibilidad de comprar.

GARCIA. – Se las dejo al cincuenta por ciento del precio habitual. (*Desesperado.*) ¡Usted me las tiene que comprar!

PEREZ. – Le explico nuevamente: No es problema de precios. Es un problema de superproducción. No podemos comprar en estos momentos.

LA FLOR AZTECA. – (*Sibilina y mal intencionada.*) ¡Sin sandías no hay dinero! ¡Sin dinero no hay poder! ¡Sin sandías no hay dinero! ¡Sin dinero no hay poder!

GARCIA. – Escúcheme, estimado embajador. . .

PEREZ. – Cualquiera otra cosa que podamos comprarles, lo haremos con mucho gusto. . .

GARCIA. – (*Al borde de las lágrimas.*) ¡Pero si lo único que tenemos para vender son sandías! Durante años y años fuimos los principales proveedores de sandías de su país. Nuestro país no sabe hacer otra cosa sino plantar sandías. Hemos perfeccionado todas las especies de sandías. Ustedes nos compran las sandías más frescas para fabricar el mejor aire fresco del mundo. En su país ya viene el verano y necesitan aire fresco. ¿De dónde sacarán el fresco si no es de nuestras portentosas, insuperables, inigualables sandías?

PEREZ. – En los depósitos frigoríficos tenemos cantidades suficientes para cuatro o cinco veranos. . .

GARCIA. – En materia de sandías comestibles gracias a la hibridación hemos logrado sandías con gusto a vainillas, a canela, a chocolate, a café. . . ¡Ningún país tiene esas especies de sandías. . .!

PEREZ. – También tenemos cantidades más que suficientes de todas esas variedades. . .

FERNANDEZ. – (*Entra corriendo, transformado esta vez en mensajero.*) ¡General. . .! ¡General. . .! El pueblo se está amotinando. ¡Hay oradores en todas las plazas! ¡Están levantando barricadas! ¡El dinero se está acabando! ¡Los bancos acaban de cerrar sus puertas! (*Sale.*)

GARCIA. – (*Al borde de la desesperación.*) ¡Y yo que hago! . . . ¡Yo le prometí al pueblo un mayor bienestar!

PEREZ. – ¡La decisión de mi país es terminante!

GARCIA. – ¡Estoy perdido! ¡Y conmigo, ustedes perderán un amigo! . . . ¡Negra ingratitud!

PEREZ. – En las relaciones de los estados no hay sentimientos. Hay solo intereses. . .

GARCIA. – ¡Estoy perdido. . .! ¡Pero la amistad de tantos años!

PEREZ. – La amistad no es mi negocio. . .

LA FLOR AZTECA. – (*Con alegría salvaje.*) ¡El pueblo está sublevado! ¡La multitud viene por las calles! . . . ¡Ya se han sumado los jefes del ejército! ¡El ejército lo abandona, general García! ¡Están en las puertas del palacio! (*Se escuchan tiros, cantos, vítores, marchas militares.*) ¡No hay tiempo que perder, general García! ¡Rápido!

GARCIA. – (*Arrastrándose a los pies del embajador.*) ¡No me abandone en estos momentos, señor embajador! ¡Recuerde todo lo que hicimos por su país!

PEREZ. – (*Frío y distante.*) ¡Lo siento: mi país tiene sus intereses que son tan legítimos como los intereses del suyo!

LA FLOR AZTECA. – (*Mismo juego.*) ¡La turba está entrando en palacio. . .! ¡Terminará en un farol, general García! ¡Terminará colgado de un farol! (*Fernández irrumpe en escena tocado con un gran gorro frigio y llevando un cartel que dice: "¡ABAJO EL TIRANO!", "¡TODO EL PODER AL PUEBLO!", "¡TODO EL PODER AL GENERAL FERNANDEZ QUE ES EL PUEBLO!".*

GARCIA. – (*A Fernández.*) ¡General, le ofrezco la vicepresidencia del país! ¡Le ofrezco lo que usted quiera! ¡Sálveme!

FERNANDEZ. – (*Cantando.*) "¡Si éste no es el

pueblo, ¿el pueblo dónde está?" "Si éste no es el pueblo, ¿el pueblo dónde está? "

GARCIA. – (*Al embajador.*) ¡Le ofrezco la vicepresidencia del país y la mitad de nuestras rentas!

PEREZ. – ¡No sea imbécil! ¡Pórtese como un hombre! ¡No haga papelones ante la Historia! ¡La Historia lo está mirando!

FERNANDEZ. – (*Cantando.*) "Si éste no es el pueblo ¿el pueblo dónde está? "

GARCIA. – (*Llorando y abrazándose a los pies del embajador.*) ¡Me tiene que salvar, embajador! ¡Me tiene que salvar!

PEREZ. – (*Haciéndolo a un lado con el pie.*) ¡No puedo hacer nada, imbécil! (*Se retira.*)

FERNANDEZ. – (*Cantando.*) "¿García, García, a dónde fue el dinero de todas las sandías? " ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Tenemos hambre! ¡Queremos pan! "¿García, García a dónde está el dinero de todas las sandías? "

(*Fernández arroja el cartel, se quita el gorro frigio y se coloca una gorra de militar. Avanza hacia García.*)

FERNANDEZ. – ¡General García, en nombre del pueblo, dése preso!

GARCIA. – General, como antiguo camarada le pido un último favor: quiero ir al baño. (*Fernandez le entrega una pistola. García sale. Luego de un momento se escucha un disparo. Fernández se adelanta hacia el proscenio como si se asomara a un balcón.*)

FERNANDEZ. – (*Leyendo una proclama.*) ¡ ¡ ¡Compatriotas! ! ! (*Gritos, cantos, vítores, marchas militares.*)

LA FLOR AZTECA. – (*Burlona.*) ¡Todo el poder al general Fernández! ¡Todo el poder al general Fernández!

FERNANDEZ. – (*Prosiguiendo con su arenga.*) ¡Ciudadanos! : Las fuerzas armadas de la nación, fieles y celosas guardianas del honor y de la tradición de la patria, como asimismo del bienestar, de los derechos y libertades del pueblo, han venido observando silenciosas, pero muy atentamente las actividades y el desempeño del tirano que acaba de morir. Ha sido ingrata la comprobación: se ha defraudado al pueblo adoptando sistemas de venalidad, de fraude, de peculado y corrup-

ción. Se ha entregado al pueblo al escepticismo y la postración moral desvinculándolo de la cosa pública, explotándolo en beneficio de siniestros personajes movidos por las más viles pasiones. Nuestras fuerzas, concientes de la responsabilidad que asumen ante la Historia y ante el pueblo, cuyo clamor ha llegado hasta nuestros cuarteles, cree cumplir con el deber de esta hora que impone actuar en defensa de los sagrados intereses de la patria. (*Cantos, vítores, marchas militares.*) Propugnamos la honradez administrativa, la unión de todos, el castigo de los culpables y la restitución al Estado de todos los bienes malhabidos. Sostenemos nuestras instituciones y nuestras leyes persuadidos de que no son las leyes sino los hombres quienes han delinquido en su aplicación. Anhelamos, finalmente, que el pueblo con las fuerzas de la patria, que son el pueblo mismo, luchen por la solución de sus problemas y la restitución de los derechos y garantías conculcados. Lucharemos por mantener una real e integral soberanía de la nación (*Gritos, cantos, vítores, marchas.*) . . . por cumplir firmemente el imperativo de la hora, de su tradición histórica para hacer efectiva una absoluta, verdadera y real unión y colaboración de nuestra patria con la nación hermana de Metrópolis en cumplimiento de los pactos y compromisos internacionales. Declaramos: que cada uno de los militares llevados por las circunstancias a la función pública, se comprometen, bajo su palabra de honor a trabajar honrada y desinteresadamente en defensa del honor, bienestar, de la libertad, de los derechos y de los intereses del pueblo (*cantos, vítores, marchas militares.*). . . a renunciar a todo emolumento que no sea el que por su jerarquía y grado le correspondiera en el ejército (*cantos, vítores, marchas.*). . . inflexible en el desempeño de la función pública, asegurando hacer la equidad y la justicia en los procedimientos, como reprimir de la manera más enérgica, entregando a la justicia no solo al que ha cometido un acto doloso ante el juicio del estado, sino a todos los que, directa o indirectamente, se presten a ello (*cantos, vítores, marchas*). . . y aceptar las cargas públicas con desinterés y obrar en ellas solo en bien y en la prosperidad de la patria. . . (*cantos, vítores, marchas militares. Fernández se retira del balcón. Entra García transformado en un ujier.*)

GARCIA. – (*Anunciando.*) ¡El señor embajador de Metrópolis! (*Entra Pérez con su galera.*)

FERNANDEZ. – (*Adelantándose y estrechándolo en un abrazo.*) ¡Mi querido embajador!

PEREZ. – ¡Mi estimado presidente! ¡He venido a la asunción del mando! ¡Mi país no podía estar ausente! ¡Su país no puede tener mejor conductor que usted!

FERNANDEZ. – ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Siempre tan gentil!

PEREZ. – ¡A todo señor, todo el honor!

FERNANDEZ. – Mi país... Su país... ¡Qué alianza! ¡Seremos indestructibles! Mi país está dispuesto a suministrar al suyo todas las sandías que fueren necesarias. Todas nuestras variedades están a su disposición: ¡aquellas frescas de las cuales ustedes extraen el fresco y las comestibles! ¡Ustedes fijarán el precio! Entre amigos no puede haber diferencias. ¡Además, yo debo pagar una deuda!

PEREZ. – De eso, precisamente, quería hablarle. Pero creo que no es el momento indicado...

FERNANDEZ. – Cualquier momento es el momento...

PEREZ. – Sería echar un manto de sombra en el brillo de la ceremonia de su asunción al mando...

FERNANDEZ. – (*Vacilando.*) ¿Qué quiere usted decir? Nuestra amistad es indestructible. ¡No se romperá jamás! ¡Ya le he dado pruebas!

PEREZ. – (*Sombrío.*) ¡Así es! ... ¡Así es! ... Pero hay momentos en la historia que sirven para poner a prueba esos lazos de amistad...

FERNANDEZ. – (*Cada vez más angustiado.*) ¡No entiendo lo que usted me quiere decir! ...

PEREZ. – Que hay momentos en la historia de los pueblos que sirven para poner a prueba su lealtad y su amistad...

FERNANDEZ. – (*Más angustiado aún.*) Sí... sí... Eso lo entiendo, pero... (*Sin poderse contener.*) ¡Usted me oculta algo, embajador!

PEREZ. – Hubiera preferido que fuese en otro momento...

FERNANDEZ. – (*Heroico.*) ¡No! ¡Ahora! ¡Si es una mala noticia quiero saberla ya!

PEREZ. – (*Con reticencia.*) Le aseguro que es algo

pasajero... algo... como se dice ahora... "coyuntural"...

FERNANDEZ. – ¡Hable! ... ¡Diga! ...

PEREZ. – (*Con la gravedad de quien da un pésame.*) ¡No podremos comprarle la cosecha de sandías!

FERNANDEZ. – (*Casi gritando.*) ¿Cómo? ¡Pero si ustedes me lo habían prometido! ¡Bajo esa promesa yo di este golpe de estado! ¡Mi antecesor estaba por vender a vil precio toda la cosecha a los rivales internacionales de ustedes!

PEREZ. – Efectivamente: pero las circunstancias han cambiado. En mi país acaban de inventar una máquina que ya no necesita la frescura de la sandía para fabricar el aire fresco. Además acaban de fabricar sandías comestibles sintéticas con todos los gustos y aún mejores que las suyas...

FERNANDEZ. – (*Dándose un golpe en la frente.*) ¡No! ¡No puede ser! ¿Y ahora, qué le digo a mi pueblo?

PEREZ. – Lo mismo. Repita las mismas consignas que lo llevaron al poder mil veces hasta vaciarlas de sentido...

FERNANDEZ. – ¡Eso no es posible! ... ¡Sería una traición!

PEREZ. – ¡Usted es un idealista, general... es decir, un ingenuo!

FERNANDEZ. – (*Todo embrollado y sin encontrar la salida.*) Explíqueme, porque si no voy a creer que se trata de una broma siniestra...

PEREZ. – Gracias a Dios, el idioma es algo muy elástico...

FERNANDEZ. – ¡Pero el pueblo exigirá que cumpla lo que he prometido! ...

PEREZ. – Usted cumplirá...

FERNANDEZ. – (*En el colmo de la desesperación.*) ¡No entiendo! ... ¡No entiendo! ...

PEREZ. – Muy sencillo. En mi país se ha descubierto hace mucho que las palabras pueden tener muchos significados. Quiero saber, general, ¿qué es lo que le ha prometido a su pueblo? ...

PEREZ. – Prosperidad...

FERNANDEZ. – Exactamente... Hable todo el tiempo de la "prosperidad". Todo el tiempo que sea

necesario hasta que esa palabra quede completamente vacía a causa de su uso.

FERNANDEZ. – ¡Pero, cómo! Si no vendo las sandías no entrará dinero, la vida se paralizará...

PEREZ. – La paralización es una parte de la prosperidad... Cuando usted va a saltar, se prepara, se concentra, pone en tensión todos sus músculos, ¿no es verdad?

FERNANDEZ. – Precisamente...

PEREZ. – Ese instante de concentración no es un instante de pasividad, es un instante que pertenece a la dinámica del movimiento posterior, el salto. Si nosotros no le compramos ahora las sandías, ustedes pueden acumular esta cosecha y juntarla con la próxima. La cantidad exportable, entonces, será mayor. ¿Está claro?

FERNANDEZ. – ¿Pero mientras tanto? La gente se morirá de hambre...

PEREZ. – ¡En esta tierra tan rica! ... ¡En esta tierra que es una bendición de Dios! ¡Nadie se puede morir de hambre! Usted tiene que convencer a las grandes masas, con su simpatía, con su poder carismático, de que todo es una etapa que anuncia la prosperidad futura. Lo que parece paralización pertenece a un momento del desarrollo posterior... Luego, esta paralización es parte de la "prosperidad". ¿Estamos?

FERNANDEZ. – (*Vacilando.*) ¡Sí... sí...!

PEREZ. – ¿Qué otras cosas le ha prometido a su pueblo?

FERNANDEZ. – ¡Libertad... Igualdad...!

PEREZ. – ¡Excelente! ...

FERNANDEZ. – (*Cada vez más embrollado.*) Pero si la gente no puede comprar, no puede vender, no puede viajar, no puede casarse, no puede tener hijos, no puede morir porque falta dinero ¿dónde está la libertad?

PEREZ. – ¡Gracias a la falta de medios se producirá la "igualdad"! Dios aprieta pero no ahorca... Para eso está la fraternidad: para pasar estos trances... La fraternidad es un impulso natural en el hombre que borra las desigualdades y abre el camino hacia la libertad... No importa que unos tengan más que otros siempre y cuando los que tienen más, abran los brazos y puedan decirles a los que tienen menos: "¡Hermano!"

FERNANDEZ. – ¡Estupendo! ¡No me había imaginado!

PEREZ. – En mi país, los grandes jefes de estado han descubierto hace ya mucho tiempo la maleabilidad de las palabras. Porque todas las palabras son flexibles pero hay algunas más flexibles que otras. Por eso, esos grandes conductores han manejado palabras que pueden ser utilizadas en cualquier sentido y que no traban la acción de los gobernantes: "Destino manifiesto", "Nuevo pacto", "Nueva frontera", han sido siempre palabras muy útiles para gobernar. Suenan muy hermoso y adentro no tiene nada.Quien gobierna, no miente cuando las utiliza. Cada uno le da un sentido a las palabras.Y si los hombres no se ponen de acuerdo sobre el sentido de esas palabras, el gobernante tiene las manos libres para manejar el timón del estado. Quiero darle un consejo para estos tiempos de crisis: no utilice en sus discursos futuros palabras unívocas. . .

FERNANDEZ. – ¿Unívocas? . . .

PEREZ. – Sí, palabras que tengan una significación muy precisa. Aprenda de nuestros grandes conductores políticos. Si bien es cierto que todas las palabras, por su uso, se desgastan de su significado original, hay palabras que resisten más el desgaste del uso. Emplée, pues, palabras cuyo significado sea más vago. Palabras que puedan adaptarse a las necesidades de la hora y de las circunstancias. . . Para eso está lo que los lingüistas han dado en llamar, el sentido traslaticio de las palabras. El idioma, mi querido general, es una sucesión de metáforas. Gracias a Dios que el hombre se expresa por metáforas y no por conceptos fríos e inmutables. . . Si no tiene esas palabras "comodines" a mano, invéntelas, mi querido general. ¡Invéntelas! Le aconsejo que usted cree las palabras a medida que las vaya necesitando y que las arroje al canasto cuando se gasten.

FERNANDEZ. – ¿Como ser? . . .

PEREZ. – Un adverbio terminado en *mente*: o un sustantivo terminado en *ismo*. "Avasalladoramente" o "verticalismo", "impulsoriamente" o "futurismo". Siempre palabras que aludan vagamente al futuro, a la dinámica, a lo que vendrá. La esperanza, querido general, es el motor de la historia. Utilice palabras que aludan vagamente a una esperanza. O cree palabras esotéricas como *"inuamente"*.

FERNANDEZ. – *¿Inuamente*? . . .

PEREZ. – *Inuamente*, en un discurso puede significar algo terrible: "la situación está *inuamente*". Todo depende del énfasis, de la entonación con que diga esa palabra, con que entregue a las masas esa palabra. Puede significar algo maravilloso, encantador, la felicidad " ¡Todos estamos *inuamente* en esta patria! "

FERNANDEZ. – ¡Excelente! . . . ¡Excelente! . . . ¡No se me había ocurrido!

PEREZ. – Según la diga puede significar misterio, un misterio cuyo secreto usted tan solo sabe: "Nada se sabe. La situación sigue estando *inuamente*". . .

FERNANDEZ. – ¡Bravo! . . . ¡Bravo! . . . ¡Deme otros ejemplos! . . . ¡Lo debería nombrar ministro de Gobierno!

PEREZ. – "Osdelicuo". . . "Catabilizador". . . "Esfrentoso". . . O verbos como "caranfucear" o "esperbolizar".

FERNANDEZ. – (*Repitiendo de memoria como si fuera un alumno de escuela primaria.*) "Osdelicuo". . . "Catabilizador". . . "Caranfucear". . . "Esperbolizar". . .

PEREZ. – Ahora tiene que probar usted. . . O recurrir a los poetas del país. . . Para eso están los poetas. . . Son los creadores de las grandes palabras. . . de las palabras históricas. . . de las palabras a las que usted dará significado en el momento oportuno. . . Que las palabras se desgasten y no que se desgasten los gobernantes. . .

FERNANDEZ. – En mi país hay muchos poetas. Diez en cada aldea y mil en cada ciudad. . .

PEREZ. – ¡Pruebe ahora. . . pruebe! . . .

FERNANDEZ. – No me animo. . .

PEREZ. – Yo lo voy a ayudar. . . Háblele al pueblo. . .

FERNANDEZ. – (*Tomando coraje, se asoma al balcón invisible. Gritos de la multitud, vítores, cantos, marchas militares.*)

PEREZ. – ¡Ciudadanos, no! ¡Hermanos! . . .

FERNANDEZ. – ¡Hermanos! ¡La libertad. . .!

PEREZ. – (*Soplándole como un apuntador de teatro.*) ¡La libertad de comer está asegurada!

FERNANDEZ. – ¡La libertad de comer está asegurada! . . .

PEREZ. – (*Mismo juego.*) ¡Pero siempre y cuando

haya orden! . . . ¡Y el orden será establecido por la autoridad! . . .

FERNANDEZ. – ¡Pero siempre y cuando haya orden! . . . ¡Y el orden será establecido por la autoridad! . . .

PEREZ. – (*Idem.*) ¡Porque sin orden no hay libertad! . . .

FERNANDEZ. – ¡Porque sin orden no hay libertad! . . . (*Gritos de la multitud.*)

PEREZ. – (*Idem.*) ¡Esa es la libertad bien entendida! . . .

FERNANDEZ. – Esa es la libertad bien entendida. . .

PEREZ. – El gobierno es el pueblo. ¡Si bien ha surgido de un pronunciamiento militar, al no ser discutido por el pueblo, al no tener oposición, nuestro movimiento tiene las características de un plebiscito. . .!

FERNANDEZ. – Nuestro gobierno es el pueblo. Si bien ha surgido de un pronunciamiento militar, al no ser discutido por el pueblo, al no tener oposición, nuestro movimiento tiene las características de un plebiscito. . .

PEREZ. – ¡Es necesario que tengamos "inaurquía". . .!

FERNANDEZ. – ¡Es necesario que tengamos *inaurquía*! . . . (*La multitud corea rítmicamente la palabra "inaurquía".*)

PEREZ. – ¡No nos dejemos *enfocilar* por los *tarjantes* que *abrelocan* a nuestro país!

FERNANDEZ. – No nos dejemos *enfocilar* por los *tarjantes* que *abrelocan* a nuestro país. . . (*Gritos de la multitud: "¡Mueran los* tarjantes*!"*)

PEREZ. – Ni por los *mucilaginosos* que predicen las *fallebas*. . . (*Voces en la multitud: "¡Mueran los* mucilaginosos*!"*)

FERNANDEZ. – (*Tomando impulso, entusiasmado.*) ¡Ni por los *curilatos* ni por los *premélidos*, ni por los *manducadores* a sueldo de los *rispidos*! (*Voces de la multitud: "Mueran los manducadores! ¡Mueran los rispidos! "¡General! ", "¡General! ", "¡General, que grande sos! "*)

FERNANDEZ. – ¡Gracias, pueblo! Veo que han comprendido mi doctrina. Solo el fiel cumplimiento de mi doctrina nos llevará a descubrir los hasta ahora vastos

e insondables territorios... (*Voces del pueblo: "¡Territorios! ", "¡Territorios! ", "¡Territorios! "*)

FERNANDEZ. – (*Se retira del balcón. A Pérez.*) ¡Gracias, embajador! ¡Gracias! ¡No sé qué habría sido de mí sin usted!

PEREZ. – Yo seguiré a su lado, velando. Mi país vela y velará por la felicidad del suyo. En cuanto pase esta situación coyuntural, volveremos a comprarles las cosechas de sandías, como siempre... Pero sea un amigo fiel y leal y no se deje tentar por los cantos de sirenas de nuestros enemigos comunes que vendrán, por cierto, con promesas que no podrán cumplir...

FERNANDEZ. – (*Emocionado.*) ¡Fiel hasta la muerte! (*Pérez desaparece. Fernández comienza a ensayar su próximo discurso en voz alta paseándose. Adopta poses y gestos ante un espejo invisible.*) " ¡Hermanos! : Para *desaliterar* el *sincretismo* de nuestra nación, es necesario que el pueblo actúe dentro de los márgenes de *parvilidad*. Solo ási los objetivos básicos no se *efritarán*. Hay que observar cuidadosamente el cumplimiento de los *objetivos básicos*. ¡Ciudadaaaaaanos! ¡Hay que dar la vida por los *objetivos básicos*! (*Sin escuchar, cada vez más inspirado y siempre ensayando poses y actitudes.*) Lo importante es que nosotros los aviadores, tenemos la capacidad para ver las cosas desde arriba. Por ello, podemos perfectamente descubrir todos los errores, hasta el más pequeño, cometidos por las administraciones anteriores. Hoy podemos ver que todas las promesas hechas por el tirano derribado por la conjunción fuerzas armadas-pueblo, eran falaces. Y todas sus soluciones desastrosas. Lo importante es la felicidad. ¿Qué es la felicidad? , a la felicidad, que por su esencia inefable es indefinible, la podemos comparar con el vuelo sereno de un planeador en una mañana clara y trasparente. Lo importante es la velocidad con que se adoptan las soluciones. Esa velocidad tiene que ser supersónica... ¡Lo importante es saber dominar en medio de la tormenta, a la máquina del Estado! (*Vuelve Pérez, pero esta vez como gendarme trayendo detenido y esposado a García que hará de rebelde.*)

PEREZ. – ¡Permiso, mi general! Hemos descubierto

a este infiltrado en nuestras filas... Es el único que no quiere acatar la verticalidad, ni los objetivos básicos.

FERNANDEZ. – (*Lo mira a García, luego a Pérez y le dice.*) ¡Vaya, nomás! ¡Déjeme a solas con él...!

PEREZ. – ¡Pero, general, es sujeto peligroso...!

FERNANDEZ. – (*Soberbio y pavoneándose.*) No. Mi pueblo no es peligroso. Yo le explicaré en persona mi doctrina y le aseguro que saldrá convencido. Nuestra doctrina nacional es convincente por sí sola... ¡invencible...!

PEREZ. – (*Saludando.*) ¡Como usted ordene, mi general! (*Saluda y se marcha.*)

LA FLOR AZTECA. – (*Saliendo de su sopor y con malicia.*) ¡Cuidado, general! ¡Puede ser un individuo peligroso! ¡Cuidado, general! ¡Cuidado, general!

FERNANDEZ. – (*Dirigiéndose al prisionero.*) ¡Hermano, como usted ve yo quiero usar la persuasión! ...

GARCIA. – ¿Por qué?...

FERNANDEZ. – Solo la persuasión le hará comprender nuestros grandes postulados... nuestros objetivos básicos.

GARCIA. – ¿Por qué?...

FERNANDEZ. – Porque nuestros grandes postulados son razonables y todo lo racional es real y todo lo real es comprensible, es decir racional. Aguarde unos minutos y ya verá...

GARCIA. – ¿Por qué?...

FERNANDEZ. – Porque el apuro es madre de todos los errores. Quien va despacio va lejos. Y quien va lejos no se queda en un mismo lugar...

GARCIA. – ¿Por qué?...

FERNANDEZ. – Porque Dios es el autor de todas las cosas. El hà creado los cielos y la tierra...

GARCIA. – ¿Por qué?...

FERNANDEZ. – Porque los cielos y la tierra han sido puestos a disposición del hombre que ha sido hecho a semejanza e imagen de Dios...

GARCIA. – ¿Por qué?...

FERNANDEZ. – Dejemos a Dios en los cielos y vamos a la economía... La economía tiene que basarse en lo que yo llamo la *luxación*...

GARCIA. – ¿Por qué?...

FERNANDEZ. – Porque la *luxación* es una teoria que viene desde los romanos...

GARCIA. – ¿Por qué?...

FERNANDEZ. – Los romanos tenían una cultura poliforme...

GARCIA. – ¿Por qué?...

FERNANDEZ. – Porque habían llegado a la conclusión de que podían comprender todos los problemas económicos...

GARCIA. – ¿Por qué?... ¿Por qué?...

FERNANDEZ. – Es muy simple... Los romanos basaban su teoría en que una piedra rota en varios pedazos era igual a varias piedras...

GARCIA. – ¿Por qué, general?...

LA FLOR AZTECA. – (*Con sorna.*) ¡Quien tiene el poder no tiene que dar explicaciones, general! ¡Usted tiene el poder, general!

GARCIA. – ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...

FERNANDEZ. – Todas las piedras, si bien se mira su volumen, son iguales a una piedra del mismo volumen...

GARCIA. – ¿Por qué, mi general?...

FERNANDEZ. – Porque estamos pensando que en vez de trabajar una jornada completa vamos a trabajar doce horas por día para que una semana se convierta en dos semanas. En esa forma aceleraremos el tiempo...

GARCIA. – ¿Por qué, general?...

FERNANDEZ. – Porque si aceleramos el tiempo, aceleramos elcurso de la Historia...

GARCIA. – ¿Para qué, general?...

FERNANDEZ. – Acelerando el curso de la Historia aceleramos también el curso de la Economía puesto que la Economía es uno de los motores de la Historia...

GARCIA. – ¿Por qué, general?...

FERNANDEZ. – Porque yo soy un hombre; todos los hombres son mortales, luego yo soy mortal... Y acelerando el curso de la Historia, es decir el curso del tiempo podré ver realizados todos mis sueños antes de morir...

GARICA. – ¿Por qué, general?...

FERNANDEZ. – Porque no quiero morir. ¿Nadie quiere morir, entiende?

GARCIA. – ¿Por qué?...

FERNANDEZ. – (*Desesperado.*) ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ... ¡Ah si lo supiera! ¡Me estoy volviendo loco! ... ¡Guardias! ... ¡Guardias! ... (*Entra Pérez pero esta vez convertido en general.*)

LA FLOR AZTECA. – ¡Cambio! ¡Cambio!

PEREZ. – ¡Mi general! ...

FERNANDEZ. – (*Loco como un plumero.*) ¿Quién soy yo? ... ¿Por qué existo? ... ¿Por qué tengo que dejar de existir? ¿Por qué? ... ¿Por qué? ... ¿Por qué?

PEREZ. – (*Con suavidad, como se les habla a los enfermos.*) ¡Usted está un poco delicado de salud! Mi general, ¿me oye? Usted está un poco delicado de salud. Lo vamos a llevar a una clínica. Firme su renuncia (*Le extiende un papel. Fernández firma como un sonámbulo. Luego Pérez lo acompaña fuera de escena.*)

FERNANDEZ. – (*A Pérez, temblando.*) ¿Por qué? ... ¿Por qué? ... ¿Por qué? ...

GARCIA. – (*Se transforma en un general, saca una proclama del bolsillo y la lee ante un micrófono y desde un balcón invisible*) ¡¡¡PUEEEBLOOO! ! !

LA FLOR AZTECA. – ¡Todo el poder al general García! ¡El pueblo le pertenece y apoya al general García! (*Se escuchan los gritos de la multitud, cantos, marchas y consignas.*)

GARCIA. – ¡Pueeeeeblo! Estamos reunidos en este maravilloso día de sol. El sol nos mira y nos baña con su felicidad. Es que quiere darnos a todos nosotros aquello que hemos buscado con infinita paciencia durante estos largos años en que duró la tiranía. El tirano ha sido derrocado. Por fin hemos encontrado la felicidad en un futuro que ya está al alcance de nuestras manos (*Gritos, cantos, consignas marchas militares.*) ¿Qué es la felicidad? Muy sencillo: es lo que ahora tenemos al alcance de nuestras manos. Con la felicidad vamos a construir la gran nación del futuro. ¡En ella, todos seremos felices! (*Gritos, cantos, marchas, consignas.*) Por esto... Por esta razón acabo de firmar el siguiente decreto: Artículo primero: Todos los habitantes del país están obligados a ser felices. Artículo segundo: Aquel que se sintiere infeliz será declarado subversivo, conspirador, reo de lesa patria y saboteador de los designios históricos de la Nación. Artículo tercero: Publíquese, comuníquese y archívese... En la capital de la república a treinta días

del mes de febrero del año uno de mi era, es decir de la felicidad... (*Gritos, cantos,marchas, vítores.*)

(*Entran Fernández y Pérez transformados nuevamente en generales. Traen en sus manos una máscara, réplica de la cara de García pero con una inmensa sonrisa de felicidad.*)

PEREZ. – ¡General! ...

FERNANDEZ. – En nombre del pueblo...

PEREZ. – Le hacemos entrega de este símbolo de su gobierno...

FERNANDEZ. – La máscara de la eterna felicidad...

PEREZ. – Entendemos que si nuestro pueblo tiene la obligación de ser feliz, usted debe ser el primero, el primer ciudadano feliz de la república...

FERNANDEZ. – Será la única forma como usted podrá transmitir su felicidad al pueblo...

PEREZ. – En esa forma eliminaremos el dolor para siempre...

FERNANDEZ. – Podrá haber miseria...

PEREZ. – Pero será una miseria feliz...

FERNANDEZ. – Podrá haber hambre...

PEREZ. – Pero será un hambre feliz...

FERNANDEZ. – Podrá haber muerte...

PEREZ. – Pero será una muerte feliz...

GARCIA. – (*Profundamente emocionado, recibe la máscara.*) Muchas gracias, señores generales... En todo momento trataré de ser digno del presente que me acaban de hacer. (*Se coloca la máscara de la felicidad. Ahora luce una inmensa sonrisa sardónica.*)

PEREZ. – Ahora, con su permiso general...

FERNANDEZ. – Nos vamos a retirar...

PEREZ. – Hemos cumplido con nuestra misión...

GARCIA. – Profundamente agradecido, señores generales... Profundamente agradecido... (*Pérez y Fernández salen. García se queda solo. Se pasea a grandes pasos por la habitación.*)

LA FLOR AZTECA. – (*Siempre irónica.*) General García: ahora tiene que elaborar su carta política. Tiene que tener una doctrina. Tiene que crear una ideología Todos los grandes hombres de la Historia han tenido una doctrina... Usted es un gran hombre y por lo tanto no puede dejar de elaborar una doctrina. La doctrina lo prolongará más allá de la muerte... La doctrina lo

prolongará en sus discípulos... Será la brújula que guíe los pasos de su pueblo... Quien siga su doctrina lo seguirá a usted... Quien niegue su doctrina lo negará a usted...

GARCIA. – (*Aplomado.*) Voy a elaborar mi doctrina. (*Monologando.*) Mi doctrina se basará en la felicidad... ¿Qué es la felicidad?

LA FLOR AZTECA. – (*Azuzándolo.*) Eso... eso, general... ¿Qué es la felicidad?

GARCIA. – La felicidad es la ausencia de Infelicidad. ¿Cuáles son los caminos de la Felicidad? Los caminos de la felicidad son: Primero: No desear aquello que no se puede conseguir. Si un pobre desea ser rico, no logrará nunca y entonces será un infeliz. Segundo: Para ser feliz hay que resignarse con la condición que nos ha tocado a cada uno. Si soy zapatero solo debo pensar en hacer los mejores zapatos. No debo pensar en ser un general. "Zapatero a tus zapatos". Tercero: No debo envidiar la suerte de mi vecino porque, casi siempre, mi vecino hace cosas diferentes... (*Se pasea orgulloso de haberse escuchado.*) La felicidad consiste en gozar de las cosas sencillas como el aire puro, el agua fresca, las flores, la sonrisa de un niño...

FERNANDEZ. – (*Entrando, convertido en mensajero.*) ¡General!... ¡General!... ¡Se ha perdido la cosecha de sandías!... (*Sale.*)

GARCIA. – (*Siempre sonriendo con su cara postiza.*) ¡No tiene importancia! ¡No tiene ninguna importancia!... ¡Qué siembren una nueva! (*Retomando su discurso.*) ¡La felicidad!... ¡La felicidad consiste en ser optimista! ¡Ser optimista consiste en no pensar ni en el futuro que angustia siempre, ni en el pasado que siempre es fuente de toda nostalgia! Por eso mi doctrina, que pasa en el presente absoluto, en el instante mínimo y maravilloso puede llamarse la doctrina del "inmovilismo dinámico". Inmovilismo, porque no piensa en el futuro ni en el pasado. Dinámico, porqué el hombre debe ser impulsado a trabajar por la alegría misma del trabajo. "¡A la alegría por el trabajo!" ¡Esa es mi divisa!

PEREZ. – (*Entrando como mensajero.*) ¡Hay una revuelta, general! ¡Como no hay cosecha no hay plata, como no hay plata no se pueden comprar mercaderías!

¡Como no se pueden comprar mercaderías, hay hambre! . . . (*Sale.*)

GARCIA. – (*Siempre riendo con su cara postiza.*) ¡No importa! . . . ¡No importa! . . . ¡La felicidad consiste en tener fe! . . . ¡Hay que tener fe en nuestra tierra! . . . ¡Todo es momentáneo! ¡Ya vislumbro, ya diviso una sociedad mejor donde todos comerán, donde no habrá ni "el mío", ni "el tuyo"! ¡Una sociedad donde todos seremos hermanos! ¡Una sociedad donde los niños y los ancianos sonreirán siempre! ¡Una sociedad donde no habrá enfermos! . . . ¡Una sociedad donde todos seremos inmensamente felices! . . .

FERNANDEZ. – (*Entrando como mensajero.*) ¡General! : una plaga de langostas se abate sobre todo el territorio del país y ha terminado con los pocos cultivos que quedaban! (*Sale.*)

GARCIA. – (*Siempre sonriendo con su cara postiza.*) ¡No importa! ¡Hay que pensar en la felicidad! ¡Es la única forma de ser felices! Hay que pensar en la felicidad con todas las fuerzas. . .

PEREZ. – (*Entrando como mensajero.*) Hace seis meses que no llueve. La sequía se abate sobre el país. Los animales se mueren de sed. . . ¡La gente se muere de sed! . . . (*Sale.*)

GARCIA. – ¡Qué importa! . . . ¡Ya pasará! . . . ¡Lo que importa es la felicidad! . . . ¡La felicidad es la base de la igualdad! . . . ¡Si todos somos felices, todos somos iguales! . . . ¡La felicidad es la fuente de toda igualdad! . . .

FERNANDEZ. – (*Entra corriendo como mensajero.*) ¡General: su mujer y sus hijos han muerto de sed! . . . (*Sale.*)

GARCIA. – (*Vacila. Trata de arrancarse la máscara de la felicidad.*) ¡No. . . no. . .! ¡No puede ser! . . . ¡Que me quiten eso! (*Ante la imposibilidad de quitarse la máscara intenta retomar su discurso.*) ¡Yo tengo que dar el ejemplo! . . . ¡La felicidad consiste en no pensar en las meras circunstancias personales! . . . ¡Lo personal es lo anecdótico! . . . ¡Es apenas un simple episodio! . . . ¡Para ser feliz hay que pensar en la felicidad colectiva! . . . ¡Si el mayor número es feliz entonces todos somos felices! ¡Y el que diga lo contrario es un saboteador, un infiltrado, un antipatriota! . . .

PEREZ. – (*Entra corriendo como mensajero.*) ¡General! ¡Su madre ha muerto! (*Sale.*)

GARCIA. – (*Luchando desesperadamente para quitarse la máscara.*) ¡Qué me quiten esto!

LA FLOR AZTECA. – (*Riendo a carcajadas.*) ¡Imposible! . . . ¡Imposible! . . . En cuanto se quite la máscara la gente verá en su rostro reflejado el dolor! . . . ¡Y ese dolor se transmitirá al pueblo! ¡Y el pueblo perderá la confianza en usted! (*Ríe.*) ¡El pueblo es feliz porque lo ve a usted feliz! . . .

GARCIA. – (*Luchando con la máscara.*) ¡Que me quiten la máscara! . . . ¡Nooo! . . . ¡No soy feliz! . . . ¡No quiero ser más feliz! . . .

FERNANDEZ. – (*Entra corriendo convertido en mensajero.*) ¡Se han sublevado varios regimientos! . . . ¡Vienen a palacio! . . .

GARCIA. – (*Arrodillándose ante Fernández.*) ¡Fernández, usted ha sido mi amigo toda la vida! . . . ¡Ayúdeme! . . . ¡No me puedo quitar esta máscara! . .

FERNANDEZ. – (*Convirtiéndose en un general. Duro.*) ¡Imposible, general. . .! (*Se escuchan tiros, gritos, disparos, el tableteo de ametralladoras.*) ¡Ya es tarde! . . . (*Entra Pérez convertido en general.*)

PEREZ. – (*Solemne.*) ¡General García: en nombre del pueblo, queda usted detenido. . .!

GARCIA. – (*Arrastrándose y tratando siempre de quitarse la máscara.*) ¡Pérez, sálveme la vida! . . . ¡Le regalaré mi máscara! . . . (*A Fernández.*)¡General Fernández! . . . Ustedes dos serán mis triunviros! ¡Compartiremos el poder!

PEREZ. – (*A Fernández, con dureza.*) ¡General Fernández: Llévese detenido al general García!(*Fernández saca una pistola y se lleva detenido a García. Este sigue luchando para quitarse del rostro la máscara de la felicidad.*)

LA FLOR AZTECA. – (*Salvaje.*) ¡Ahora, todo el poder a Pérez! ¡García ha caído, ja, ja, ja, ja! . . . ¡Todo el poder a Pérez!

PEREZ. – (*Adelantándose al balcón invisible, lee su proclama.*) ¡¡¡Pueblo! ! ! En mi carácter de jefe de la revolución me dirijo al pueblo y en especial a todos mis camaradas de armas para pedirles colaboración para nuestro movimiento (*Gritos, cantos, vítores, marchas.*)

¡La armada, la aeronáutica y el ejército de la Patria abandonan otra vez sus bases y cuarteles para intervenir en la vida cívica de la Nación! Lo hacemos impulsados por el imperativo del amor a la libertad y al honor de un pueblo sojuzgado que quiere vivir con sus tradiciones y que no se resigna a seguir indefinidamente los caprichos de un dictador que abusa de la fuerza del gobierno para humillar a sus conciudadanos (*Gritos, vítores, marchas, cánticos.*) Con los propósitos de afianzar los postulados de una felicidad que nadie discute, porque en la hora presente es el anhelo de todos, el tirano ha negado los derechos y garatantías de la Constitución y ha suprimido el orden jurídico por su voluntad avasalladora y despótica.

Esta persona enferma solo ha servido para el auge de la corrupción y para la destrucción de nuestra economía enfrascado en sus sueños de grandeza. El es el responsable de la trágica encrucijada que compromete el porvenir de la República contra la entrega de sus fuentes de riqueza.

Si este cuadro fabuloso promueve la inquietud de todos, se hará más dantesco cuando el pueblo todo se entere de que, con sus facultades mentales alteradas, el tirano ha tenido que ser recluído en una casa de salud, escapando así a la justicia revolucionaria. El pueblo, encandilado por sus promesas, no se daba cuenta de que estaba en manos de un insano. La revolución ha llegado a tiempo.

Poco ha costado a quien firma esta proclama y a tantos jefes que en toda la extensión de la República la rubrican con su nombre y con su sangre, secundar el esfuerzo de los jóvenes oficiales que reivindican para siempre el prestigio de las armas nacionales y a todos los coloca en la misma línea de los inmortales precursores: los que oriaron los templos con los trofeos tomados al enemigo, los que hicieron flamear nuestra enseña en las batallas que fundaron la patria y los que dieron la lección insuperada de su desinterés y sacrificio (*Gritos, cantos, vítores, marchas.*) ¡Sepan los hermanos trabajadores! . . . (*Gritos, vítores y consignas.*)¡Sepan los hermanos trabajadores! . . . (*Gritos, vítores y consignas.*) Sepan los hermanos trabajadores que comprometemos nuestro honor de soldados en la promesa de que jamás

consentiremos que sus derechos sean cercenados. Las legítimas conquistas que los amparan, no solo serán mantenidas sino superadas por el espíritu de solidaridad y libertad que desde ahora en adelante tomará la legislación. El orden y la honradez administrativa a todos beneficiarán. (*Gritos, cantos, marchas, consignas.*) ¡¡¡Pueeeeeeblooooooo! ! ! La revolución no se hace en provecho de partidos, clases o tendencias sino para reestablecer el equilibrio y el imperio del derecho (*Gritos, vítores.*) La espada que hemos desenvainado no sé guardará sin honor. . . No nos interesa la vida sin honra y empeñamos en la demanda el porvenir de nuestros hijos y la dignidad de nuestras familias! (*Gritos, cánticos, marchas militares.*) ¡Desde ahora yo voy a hacer lo que ustedes, la gente humilde, la gente del pueblo, me diga! (*Voces, cantos, vítores.*) ¡Porque yo no voy a mandar! ¡Yo voy a aconsejar! ¡Mi único título será el de Protector de los Humildes y no el de Presidente de la República! . . . ¡Seré como un padre para todos! Mi filosofía si tiene un nombre es *paternalismo*! . . .

FERNANDEZ. – (*Entra corriendo, como mensajero.*) ¡General! ¡General! ¡Sigue la rebelión! . . . ¡Ya han volado tres puentes!

PEREZ. – ¡La culpa la tienen los vendedores de barriletes! Toda la culpa es de los vendedores de barriletes. . . Los barriletes frenan el viento. El viento no arrastra las nubes y las lluvias no llegan a caer. ¡Por eso no germinan las cosechas! ¡Que fusilen a todos los vendedores de barriletes! . . . (*Sale Fernández. Se escucha una descarga. Entra García como mensajero.*)

GARCIA. – ¡General! ¡General! ¡Han volado un cuartel!

PEREZ. – ¡La culpa la tienen los vendedores de escarapelas! ¡La culpa es de los vendedores de escarapelas porque les pinchan el pecho con los alfileres de las escarapelas a los obreros y eso los enardece! ¡Que fusilen a todos los vendedores de escarapelas! (*Sale García. Se escucha una descarga. Entra nuevamente Fernández como mensajero.*)

FERNANDEZ. – ¡General: están incendiando los coches en el centro de la ciudad!

PEREZ. – ¡La culpa la tienen los vendedores de calcomanías! ¡Hay calcomanías que son irritantes! ¡Al

verlas, el pueblo se enoja e incendia los coches que las llevan pegadas en sus vidrios! ¡Que fusilen a todos los vendedores de calcomanías! (*Sale Fernández. Se escucha una descarga. Entra García como mensajero.*)

GARCIA. – ¡Han volado la refinería de petróleo!

PEREZ. – ¡La culpa la tienen los filatelistas! ¡Que fusilen a todos los filatelistas! (*Sale García. Descarga de fusiles. Entra Fernández.*)

FERNANDEZ. – ¡Han quemado todos los barrios elegantes!

PEREZ. – ¡La culpa la tienen los numismáticos! ¡Que fusilen a todos los numismáticos! (*Sale Fernández. Se escucha una descarga. Entra García.*)

GARCIA. – ¡Se ha sublevado el Ejército de Salvación! ¡Han volado todos los aeródromos!

PEREZ. – ¿Los aerodromos? Esos son los fabricantes de veletas. Como los aviones le quitan el aire a los gallitos de sus veletas, estos no pueden girar. ¡Lo han hecho de envidia! ¡Que fusilen a todos los fabricantes de veletas! (*Sale García. Se escucha una descarga. Entra Fernández.*)

FERNANDEZ. – ¡Se han sublevado todos los soldados!

PEREZ. – ¡La culpa la tienen los vendedores de pochoclos! ¡Que fusilen a todos los soldados y a los vendedores de pochoclos! (*Sale Fernández.*)

GARCIA. – ¡General, hemos fusilado a todos!

FERNANDEZ. – ¡Solo quedamos usted, el general García y yo!

LA FLOR AZTECA. – (*Salvaje.*) ¡Sin pueblo no hay poder! ¡Sin ejército no hay poder! Pero aún quedan ustedes tres. ¡Uno tiene que mandar y los otros obedecer! ¡Cambio! Ahora todo el poder es de Fernández.

FERNANDEZ. – ¡Soldados fiiirmes! (*Los dos se cuadran.*) ¡Ahora mando yo!

PEREZ. – ¡Haremos cualquier cosa por usted, mi general!

FERNANDEZ. – ¿Cualquier cosa?

PEREZ y GARCIA. – (*Juntos.*) ¡Sí, mi general...!

FERNANDEZ. – ¡Tienen que jurarlo! (*A García.*) ¿Lo jura?

GARCIA. – (*Solemne y extendiendo el brazo, muy marcial.*) ¡Sí, lo juro!

FERNANDEZ. – (*A Pérez.*) ¿Lo jura? . . .

PEREZ. – (*Mismo juego que García.*) ¡Lo juro!

FERNANDEZ. – ¡Quiero probarlos! ¡De rodillas! (*Ambos caen de rodillas.*) ¡Rápido! . . . ¡Hoy empezamos a vivir una nueva era! . . . ¡Ustedes ya no son hombres! ¡Son así! ¡A mis pies! (*Ambos se postran.*) ¡Quítenme los zapatos! (*Ambos le quitan los zapatos.*) ¡Ahora tienen que sacarle todo el olor a mis zapatos con sus narices! (*Pérez y García vacilan.*) ¡Todo el olor con la nariz, dije! (*Pérez y García se arrastran y comienzan a oler los zapatos.*) ¡Más fuerte! (*Pérez y García obedecen.*) ¡Más rápido! (*Ambos olfatean como perros.*) ¡Yo tengo que dedicarme a pensar en la Patria!

LA FLOR AZTECA. – (*Con dureza.*) ¡Cambio! ¡Pérez tiene ahora todo el poder! ¡Todo el poder le pertenece a Pérez! ¡El es el que manda! ¡Obedezcan! (*El juego se detiene bruscamente. Pérez se incorpora, sádico, con la mirada brillante.*)

PEREZ. – (*A Fernández y a García.*) ¡Ustedes son dos tentempies! ¡Firmes! (*Los dos se ponen rígidos con las manos a los costados del cuerpo.*) ¡Ahora yo los empujo y ustedes se bambolean! (*Los empuja, primero lentamente, luego con más fuerza. Ambos hacen esfuerzos inauditos para no caer.*) ¡Más! . . . ¡Más! . . . ¡Más! . . . ¡Más fuerte! Los dos son tentempies y no pueden caerse.(*Fernández y García se mueven como dos péndulos, transpiran, se ponen rojos.*) ¡Uno! ¡Dos! . . . ¡Uno! ¡Dos! . . . ¡Uno! ¡Dos! ¡Uno! ¡Dos! ¡No se pueden caer! ¡No se pueden caer! ¡No tienen que caerse! . . . ¡Más fuerte! . . . ¡Más fuerte! . . . ¡Más fuerte! . . . (*Salvaje.*) ¡Ahora chocan! (*Ambos chocan. Pierden el ritmo y cada vez chocan con más fuerza.*) ¡Pobres de ustedes si llegan a caerse! . . . ¡Rígidos! . . . ¡Más rápidos! . . . ¡Más fuerte! . . . ¡Más fuerte! . . . ¡Más fuerte! . . . ¡¡¡Más fuerte!!! (*Ambos se derrumban.*)

LA FLOR AZTECA. – (*Sádica.*) ¡Cambio! ¡Cambio! ¡García tiene todo el poder! ¡Todo el poder para García!

GARCIA. – (*Levantándose y con un aire de triunfo.*) ¡Ahora están en mis manos! ¡Tienen hambre! ¡Pero tienen las manos atadas! (*Coloca en el suelo un plato invisible.*) ¡Coman! ¡Ahí tienen la comida! ¡Coman! . . . ¡Coman! . . . ¡Coman! . . . (*Ambos se desespe-*

ran por atrapar un pedazo de comida.) ¡Qué lástima! ¡Tienen las manos atadas! ¡Pero hagan un esfuerzo, queridos! ¡Un pequeño esfuerzo! ¡Hace varios días que no comen! ¡Metan más adentro del plato la cabeza! ¡... ¡Más adentro! ... ¡Como fueran cerdos! ... ¡Gruñan! (*Los dos gruñen.*) ¡Así me gusta! ... ¡Más bazofia para los lindos cerditos! ¡Mi bazofia está espléndida! ... ¡Coman hasta hartarse! ... (La Flor *Azteca se ríe a carcajadas.*) ¡Ya han terminado! ... ¡Ahora busquen más comida! ... ¿Dónde hay más comida? (*Los dos se arrastran y buscan una comida invisible.*) ¡Qué lástima, en ese pozo no hay comida! ¡Se la llevaron! ... ¡Busquen! ... ¡Busquen! ... ¡Busquen! ... ¡En este otro pozo! (*Los dos van de un lado a otro.*) ¡En ese otro pozo!

LA FLOR AZTECA. – (*Dejando de reír. Con dureza.*) ¡Cambio! ¡Cambio! ... Ahora Fernández tiene todo el poder! ¡Todo el poder para Fernández!

FERNANDEZ. – (*Se incorpora con la mirada llena de odio.*) ¡Ahora ustedes son dos hormigas! (*Los carga con taburetes, bancos o sillas.*) ¡Allá está el hormiguero! ¡Tienen que llevar toda esa carga hasta el hormiguero! ¡El invierno está próximo! ¡Rápido! ... ¡Rápido! ¡Ya viene el invierno! ¡Busquen el hormiguero! (*Pérez y García se arrastran penosamente. Cuando van a llegar al lugar indicado Fernández les patea el hormiguero invisible.*) ¡El hormiguero ha desaparecido! ... ¡Lo han destruido! ... ¡Busquen el hormiguero! ... ¡Busquen otro hormiguero! ... ¡Cuidado con la carga! ¡Busquen! ... ¡Busquen! ... ¡Busquen! ... (*García se* desploma muerto de fatiga, Fernández le da un puntapié.) ¡Recoja la carga! ¡Rápido! ... (*García vuelve a cargar sobre sus espaldas los objetos y se arrastra tratando de seguir a Pérez.*) ¡Más rápido, hormigas! ... ¡Más rápido! ... ¡Ya viene el invierno! ... ¡Tienen mucho frío! ... ¡Tiriten! (*Ambos obedecen.*) ¡Sus crías van a morir de hambre! ... ¡Rápido! ... (*Cuando están por llegar al otro hormiguero invisible, Fernández lo patea nuevamente.*) ¡De nuevo el hormiguero ha desaparecido! ¡Busquen otro hormiguero! ... ¡Busquen! ... ¡Busquen! ... ¡Lleven las carguitas! ... ¡Con paciencia! ... ¡No se caigan! ... ¡Las están esperando en el

hormiguero! . . . Pero, ¿dónde está el hormiguero? (*La Flor Azteca sigue riendo a carcajadas. De pronto grita:*) ¡Cambio! . . . ¡Cambio! . . . ¡Todo el poder a Pérez! . . . ¡Todo el poder a Pérez! ¡De pie!

PEREZ. – (*Levantándose furioso.*) ¡Fernández, firme! ¡Fernández, muy quieto! ¡Fernández, usted es un árbol. . .! ¡Y vos, García, sos un perro! . . . ¡Vamos, García, en cuatro patas! . . . ¡ladrá! . . . (García ladra.) ¡Olfateá el árbol! . . . ¡Acercate! ¡No tengás miedo! . . . ¡Acá está el árbol! . . . ¡Vamos, orinalo! (*García levanta una pata y orina en el tronco del árbol supuesto.*) ¡Quieto, árbol! . . . ¡No te movás, árbol! . . . (*A García.*) ¡Orinalo más. . . más. . . más! (*García obedece.*) ¡Bien! ¡Así! . . . ¡Así! . . .!Ahora rascate contra el árbol! . . . ¡Rascate! . . . (*García obedece.*) ¡Ahora el árbol se convierte en una perra! . . . ¡Es primavera! . . . ¡la perra está en celo! ¡Fernández, vos sos una perra! . . . ¡Ladrá! . . . (*Fernández ladra.*) (*A García.*) ¡Y vos, García, sos un perro! . . . ¡mirá, qué perra más linda! ¡Olela bien! . . . ¡Olela! (*García le huele el trasero a Fernández.*) ¡Ahora, cubrila! . . . ¡Montala! . . . ¡Cubrila! . . . ¡Hacé el amor con la perra! (*García sube sobre Fernández y lo cubre como si fuera un perro en celo.*) ¡Basta! . . . ¡Basta! . . . ¡Se han quedado pegados! (*García desciende y ambos se quedan pegados, trasero con trasero.*) ¡Los chicos les tiran piedras! . . . ¡Los chicos les tiran piedras! . . . ¡Aúllen de dolor! . . . ¡Vamos, aúllen más fuerte! . . . ¡Aúllen! (*Ambos luchan por despegarse y aúllan de dolor.*) ¡Vamos, aúllen! . . . ¡Más fuerte! . . . ¡Aúllen! . . . ¡Les duelen las pedradas que les tiran los chicos! ¡No se pueden separar! . . . (*La Flor Azteca ríe con una carcajada siniestra.*) ¡Lloren como los perros! . . . ¡lloren! . . . ¡lloren! . . .

LA FLOR AZTECA. – (*Dura.*) ¡Cambio! ¡Cambio! ¡Todo el poder a Fernández! García es un jinete y Pérez es su caballo (*García sube a caballo sobre las espaldas de Pérez.*) ¡El jinete talonea a su caballo! . . . ¡El caballo sube una cuesta que es empinada!

FERNANDEZ. – ¡Vamos! ¡El jinete azota al caballo! . . . Vamos, caballo! . . .

LA FLOR AZTECA. – ¡Cambio! . . . ¡Cambio! . . . ¡Todo el poder a García!

GARCIA. – Pérez y Fernández, ¿Qué les pasa? . . . ¡Están por tener un hijo! ¡Los dos sienten los dolores de parto! (*Ambos de espaldas, en el suelo, se retuercen de dolor como si fueran parturientas.*) ¡Vamos! . . . ¡Pujen! . . . ¡Pujen! . . . ¡Ya viene! . . ¡Son dos niños robustos! . . . ¡Son dos hermosos niños! . . . ¡Griten! . . . (*Pérez y Fernández gritan como parturientas.*) ¡Pujen! . . . ¡Pujen! . . .

LA FLOR AZTECA. – ¡Cambio! ¡Cambio! (*Salvaje.*) ¡Ahora yo tengo todo el poder! . . . ¡El tiempo pasa rápidamente! . . . ¡El tiempo vuela! . . ¡Ahora los tres se han convertido en trompos y giran, giran, giran! (*Los tres giran hasta caer agotados.*)

LA FLOR AZTECA. – ¡Alto! ¡Todo ha terminado! (*Pérez, Fernández y García, jadeando, se arrastran hasta la vitrina de La Flor Azteca.*)

FERNANDEZ. – ¡Diosa, ya hemos cumplido! . . .

PEREZ. – ¡Pero queremos saber qué más seremos en nuestras vidas futuras!

GARCIA. – ¡Sí, Diosa! . . . ¡Queremos saber!

LOS TRES. – (*Suplicando.*) ¡Queremos saber! . . . ¡Queremos saber! . . . ¡Queremos saber! . . .

LA FLOR AZTECA. – (*Luego de lanzar una carcajada siniestra.*) ¡Silencio! . . . ¡Mírenme a los ojos! . . . (*Los tres se incorporan y la miran a los ojos.*) ¡Este será el destino futuro de los tres! ¡No hay apelación! . . . (*Los tres se vuelven como hipnotizados, toman tres sillas, avanzan hacia el proscenio, las colocan unas al lado de las otras y se sientan en ellas como si estuvieran en una oficina pública. Comienzan a escribir en unas máquinas invisibles.*)

PEREZ. – ¡Ufa! ¡Estoy cansado de este trabajo!

FERNANDEZ. – ¡No tenemos destino en esta oficina de mierda!

GARCIA. – ¡El sueldo no me alcanza!

PEREZ. – ¡Yo, cada día estoy con más deudas! . . . ¡Cómo me hubiera gustado ser algo más que un simple oficinista!

GARCIA. – ¿Por ejemplo? . . .

FERNANDEZ. – ¡Si yo fuera millonario! . . .

PEREZ. – No. Yo no quisiera haber sido millonario. Me conformaría con tener un simple negocito. Y trabajar cuando me diera la gana. . .

FERNANDEZ. – No. Yo hubiera querido ser rey. . .

GARCIA. – ¿Ustedes creen en una vida futura?

FERNANDEZ. – ¡Yo soy católico! . . .

GARCIA. – Ya lo sé. . . pero no hablo de eso. . . He leído por ahí que cuando uno se muere se reencarna en otro cuerpo. . .

PEREZ. – ¿Vos creés que en una vida futura podremos ser algo más que simples oficinistas?

FERNANDEZ. – Yo no creo en esos disparates. . . Yo entiendo el más allá de otra manera. . .

PEREZ. – Yo no creo en nada. Cuando se acaba el piolín, se te acaba. .

GARCIA. – Yo creo en la reencarnación.

FERNANDEZ. – ¡Bah! ¡Disparates! . . .

GARCIA. – ¡Me han dicho que hay alguien capaz de adivinar lo que podemos ser en nuestras vidas futuras. . . cuando nos reencarnemos!

PEREZ. – (*Burlón.*) ¿Y si fuéramos. . .?

FERNANDEZ. – ¿Para qué? ¿Para que nos saquen la plata?

PEREZ. – ¡Por ver! Para divertirnos. . . ¡Nada más que por ver!

GARCIA. – (*Decidido.*) ¡Yo voy a ir!

FERNANDEZ. – ¡Yo, no! . . .

PEREZ. – (*A Fernández.*) ¡Vamos! No seas tonto, ¡Nos vamos a divertir de lo lindo! De paso. . .

FERNANDEZ. – ¡No tengo guita!

GARCIA. – Yo te pago la consulta. . .

PEREZ. – ¡Ya vas a ver cómo nos divertimos! . . . ¡Ya vas a ver cómo nos divertimos! . . .

(*Los tres siguen escribiendo a máquina furiosamente. La Flor Azteca lanza una carcajada estentórea y satánica, terrible. Desde la parrilla desciende un cartel en el cual puede leerse: "SI EL HOMBRE FUERA INMORTAL, LA LUCHA POR EL PODER TENDRIA SENTIDO".*)

Buenos Aires, 1976

CAMBIEMOS LOS PAPELES

GROTESCO EN UN ACTO

Para Juana Hidalgo y
Alicia Castro

PERSONAJES

El Hombre
La Mujer

Departamento de una prostituta. El único ambiente está dividido por un biombo. Hacia el proscenio, es una especie de living: a la derecha está la puerta de entrada, un mueble que puede servir como aparador o cómoda y sobre el cual hay un tocadiscos; a la izquierda, un sillón grande y una mesita baja. Detrás del biombo se encuentra el "dormitorio" con una cama de dos plazas, "lugar de trabajo" de la dueña de casa. Al costado izquierdo del dormitorio, dos puertas: una lleva al baño y la otra, a una minúscula cocina. A la derecha, hay un placard. La puerta de entrada está cerrada. En todas las paredes hay cuadros de mal gusto y repisas llenas de bibelots y juguetes.

Al levantarse el telón, LA MUJER entra seguida por EL HOMBRE. Es de noche como podrá verse por los reflejos de los carteles luminosos de la calle que entran por la única ventana situada encima de la cabecera de la cama.

EL HOMBRE. – ¿Así que éste es tu departamento? No está mal... ¿Y aquí recibís a los clientes, a tus clientes?

LA MUJER. – (*Dejando la cartera sobre la cómoda y tirando un chal sobre el sillón.*) Aquí es...

EL HOMBRE. – (*Continuando con su inspección.*) ¿Y tenés muchos?

LA MUJER. – (*Mirándose en un espejito de mano que ha sacado de la cartera para ver si su maquillaje está bueno aún.*) Depende...

EL HOMBRE. – ¿De qué?

LA MUJER. – De las temporadas... De la inflación... De las fiestas patrias... De las vacaciones... De las vacaciones de invierno y de las vacaciones de verano...

EL HOMBRE. – No entiendo...

LA MUJER. – Cuando vienen las vacaciones de verano, la gente se va de vacaciones ¿O no? Entonces mi clientela urbana se va al mar o a la montaña. Y yo la sigo. De paso, veraneo, generalmente.

EL HOMBRE. – (*Pensativo.*) Generalmente...

LA MUJER. – Durante las vacaciones de invierno, la clientela se renueva...

EL HOMBRE. – (*Intrigado.*) Tampoco entiendo...

LA MUJER. – Muchos vienen de vacaciones a Buenos Aires. A pasar sus vacaciones de invierno... Entonces mi clientela cambia... Además de atender a los indígenas, tengo que atender a la gente de provincias... En provincias tengo muchos clientes...

EL HOMBRE. – (*Machacón.*) ¿Y en la Capital?

LA MUJER. – Depende... Yo trabajo con la clase media... Los obreros no necesitan de mis servicios... Se las arreglan solos... Tampoco trabajo con las clases acomodadas... Para ellas se han hecho otro tipo de mujer: las vedettes de las revistas... las modelos... Además, con la facilidad con que se casan y se divorcian... Como verás, la vida se vuelve cada día más difícil para una prostituta de clase media...

EL HOMBRE. – (*Falsamente sorprendido por lo que oye.*) ¡Caramba! ¡Caramba!

LA MUJER. – Cada vez nos quedamos con menos clientes... Un empleado, dado el costo de la vida, solo se puede pagar mis servicios a fin de mes... Es una forma de escapar a la rutina conyugal... No soy un artículo de primera necesidad, al menos para los casados aburridos...

EL HOMBRE. – Pero el espectro de la clase media es más amplio...

LA MUJER. – La inflación lo reduce cada vez más.

EL HOMBRE. – (*Comenzando a interesarse por lo que oye.*) ¿Y quiénes más vienen?

LA MUJER. – Los viciosos. Para ellos sí que soy una necesidad. No los rechazo. Por el contrario: me ayudan a completar mi presupuesto.

EL HOMBRE. – Pero pueden ser peligrosos.

LA MUJER. – Yo sé manejarlos... Yo diría que no son peligrosos sino aburridos...

EL HOMBRE. – (*Compasivo.*) ¡Vos debés sufrir mucho! . . .

LA MUJER. – En todo oficio, se sufre. . .

EL HOMBRE. – Pero en el tuyo especialmente. . .

LA MUJER. – ¿No comenzará con la canción de siempre y que casi todos cantan?

EL HOMBRE. – ¿Cuál canción?

LA MUJER. – La que entonan la mayoría de mis clientes cuando vienen aquí por la primera vez: que les cuente mi vida, mis sufrimientos, de dónde soy, por qué estoy en el oficio. . .

EL HOMBRE. – A decir verdad, uno siempre siente curiosidad.

LA MUJER. – ¿Viste? Estás a punto de comenzar. ¡No falla uno! ¡Todos dicen lo mismo!

EL HOMBRE. – Sin embargo, para no hacer aburrida esta. . . sesión, yo te diría. . .

LA MUJER. – Que te cuente algo de mi vida. . .

EL HOMBRE. – (*Tratando de corregirse.*) Que conversemos antes de. . .

LA MUJER. – (*Irónica.*) Porque después me vas a decir que estás apurado. . .

EL HOMBRE. – No. . . No haré eso. La curiosidad, en mí, obra como un excitante. . .

LA MUJER. – En casi todos ustedes. . . ¿Así que querés que te cuente mi vida, por qué estoy en el oficio? ¡Mirá que te puedo inventar cada historia! Tengo una selección al gusto de cada consumidor. Para el sentimental, tengo un desengaño amoroso allá en mi juventud. Como soy cobarde, en lugar de tirarme a las vías de un tren para que me aplasten la locomotora y sus cien vagones, me tiré en los brazos de muchísimos hombres, pero es lo mismo, y aunque dura más, da sus beneficios. . . Para el protector, ¡un mal paso que di, un hijo natural que lo están criando las monjitas y a las cuales debo enviar el dinero para la educación del pibe que de paso, no sabe que su madre es una pecadora! Para el que tiene ínfulas de liberador social –y eso se advierte en seguida por el tono en que habla– soy víctima de una siniestra red de tratantes de blancas, es decir, ¡soy víctima de la sociedad capitalista!

EL HOMBRE. – (*Curioso.*) ¿Y para mí, qué tenés?

LA MUJER. – ¡La verdad! ¡La verdad pura y simple!

EL HOMBRE. – ¿Cuál verdad?

LA MUJER. – Soy puta porque soy puta. Porque me gusta... ¿Está?

EL HOMBRE. – Esa puede ser una respuesta para otro tipo de cliente... Puede formar parte de la lista de respuestas que vos tenés preparada. ¡Yo quiero la verdad!

LA MUJER. – ¿Para qué? Si te digo la verdad, o parecerá que es una de las tantas respuestas falsificadas que yo tengo, o te parecerá tan idiota que quedarás desilusionado. Y parte de mi oficio es dar un poco de ilusión... Aquí no solo se vende sexo –no vendo mi cuerpo, como diría un moralista– sino que vendo un poco de fantasía. Otro tipo de fantasía, claro está, pero más excitante...

EL HOMBRE. – (*Imperioso.*) ¡La verdad! Yo quiero la verdad aunque sea aburrida. Porque no me vas a decir que te agrada tu oficio, que gozás con él. ¡Vos debes sufrir! (*Corrigiéndose al ver que estuvo algo melodramático*)... Al menos con algunos clientes...

LA MUJER. – ¡Ufa! ¡No te pongás pesado! ¡Ya has comenzado! Entrás dentro de la categoría "clientes con inclinación para la exploración sociológica". Sos aficionado a las estadísticas. Seguro que tenés en el bolsillo una libretita en la cual vas a apuntar todo lo que yo te diga para luego agregar eso a la otras entrevistas... Vos no venís aquí para coger. Vos venís a hacer una especie de censo y, de paso... ¡cañazo!

EL HOMBRE. – (*Comenzando a enojarse.*) ¿Y a vos, qué te importa si te pago?...

LA MUJER. – ¡Mirá: mis minutos valen oro. Cada cliente que pasa por mi cama significan minutos de trabajo. ¡Los minutos-trabajo, se vuelven horas-trabajo!... Hay que producir... De otro modo, ¿cómo querés que el país se levante?

EL HOMBRE. – Considerame como si yo no fuera un cliente sino dos, o tres, o cuatro. ¡Pero quiero saber!

LA MUJER. – (*Plantándose, agresiva.*) ¿Y qué querés saber?

EL HOMBRE. – Si tu vida es dolorosa... Si sufrís

mucho con tus clientes... ¡Porque debe haber cada degenerado que pasa por tu cama! ...

LA MUJER. – De todos los pelajes... Pero vos no sabrías ni comprenderlos, ni comprenderme.

EL HOMBRE. – ¿Tan bruto me creés?

LA MUJER. – No sé si sos o no sos bruto. Hace una hora que te conozco. Hace una hora que me has levantado en un bar de la calle Corrientes donde me invitaste a tomar una copa...

EL HOMBRE. – ¿Y esa intuición de la que tanto hacías gala?

LA MUJER. – No tengo intuición. Me cuesta mucho conocer a un hombre. Cuando lo conozco, recién lo instalo en mi fichero personal...

EL HOMBRE. – Entonces, ¡comencemos! ...

LA MUJER. – ¡Un momentito! Antes tenemos que ponernos de acuerdo sobre el *plus* que hay que agregar a la mano de obra básica... Digamos, "el valor agregado"...

EL HOMBRE. – Se ve que tenés clientes que saben de economía...

LA MUJER. – Estudiantes de economía... Ya te he dicho que los pescados gordos no entran en mi ramo. Soy prostituta de clase media...

EL HOMBRE. – (*Negociando.*) Digamos que a la tasa original de cada cliente le vamos a agregar otras dos tasas, como si en lugar de uno hubieran pasado tres por tu cama...

LA MUJER. – Eso dependerá de tu interés y del tiempo que vos vayas a emplear en la realización de la tarea por la cual me pagás el valor agregado...

EL HOMBRE. – (*Cortante.*) ¡Hablemos claro! ¿Vos querés que yo te pague tres veces más de lo que ya te he dado? ¡Entendido! (*Saca la cartera, la abre y le entrega tres billetes.*) ¡Aquí tenés tu *plus* por el valor agregado a la tarea principal! ...

LA MUJER. – (*Guardando los billetes en su cartera.*) Se te agradece ¿Vos querés que te cuente lo que me pasa, antes o después de la tarea principal? Hay algunos que quieren enterarse antes, y otros, después...

EL HOMBRE. – ¡Ya te lo dije! ¡Ahora!

LA MUJER. – ¿Cómo un excitante?

EL HOMBRE. – ¡Exactamente!

LA MUJER. – (*Como dudando.*) Pero pienso que si te cuento mis historias, vos no vas a entenderlas...

EL HOMBRE. – (*Desconfiado.*) ¡No empecemos! ¡No empecemos! ¡Mirá que te he pagado!

LA MUJER. – (*Resuelta.*) Te propondría otra cosa...

EL HOMBRE. – (*Exigente.*) ¡Vengan las historias!...

LA MUJER. – En lugar de que yo te las cuente, te propongo que vos las vivas.

EL HOMBRE. – (*Confundido.*) No entiendo...

LA MUJER. – Juguemos un juego: vos serás yo y yo haré de vos y muchos otros clientes.

EL HOMBRE. – (*Pensando.*) ¡No está mal!... ¡No está mal!...

LA MUJER. – Mejor dicho: vos harás el papel que yo hago frente a todos los clientes y yo me convertiré en todos los maniáticos que tengo que soportar... (*Corrigiéndose.*) Que vos tendrás que soportar ¿Convenido?...

EL HOMBRE. – (*Repentinamente entusiasmado.*) ¡Entendido!... ¡Entendido!... ¡Empecemos!

LA MUJER. – Ahí, detrás del biombo, al lado de la cama, está un placard. El placard está lleno de vestidos...

EL HOMBRE. – ¡Ché... ché... ché! ¿Por quién me tomás? ¿Vos crees que soy un degenerado?

LA MUJER. – Son las reglas del juego. Vistiéndote con mis vestidos vas a entender mejor todas las cosas que me pasan.

EL HOMBRE. – (*Protestando.*) ¡Pero yo no soy un maricón para vestirme de mujer! ¡Vestirse de mujer es cosa de maricones!...

LA MUJER. – (*Conteniendo la risa al ver la cara de EL HOMBRE.*) ¡Pero nadie lo va a saber! Salvo, vos y yo. Además, ¿qué tiene de malo? (*Irónica.*) ¿No es acaso una experiencia que puede servirte luego para tu documentación social? Hay que sacrificarse por la ciencia ¡Vamos! ¡No seas cobarde! ¡Vamos! ¡Adelante! (*Lo empuja hasta llevarlo detrás del biombo. Luego vuelve.*) ¡Andá pasándome tu ropa que yo me la pondré!

EL HOMBRE. – (*Detrás del biombo.*) ¡No puedo abrir el placard!...

LA MUJER. – ¡Hacé un poco de fuerza cuando girés el picaporte! . . . Está un poco trabado (*Pausa.*) ¿Lo lograste?

EL HOMBRE. – ¡Sí! . . . ¡Sí! (*Silbando de admiración.*) ¡Caramba! ¡Cuántos vestidos tenés!

LA MUJER. – Necesidades de la profesión. Mi guardarropa no es más nutrido que el de una actriz mediana. Yo también tengo que disfrazarme según las circunstancias y según los clientes. . .

EL HOMBRE. – ¡Pero esto cuesta una fortuna!

LA MUJER. – No pensés que a todos los compré de golpe. Algunos ya están pasados de moda. Pero los conservo igual.

EL HOMBRE. – ¿Razones sentimentales?

LA MUJER. – Más bien diría, razones profesionales. . . Los que están pasados de moda me hacen falta por si vienen clientes con nostalgias de años en que fueron muy felices y quieren hacer retroceder el tiempo, conjurar al presente.

EL HOMBRE. – (*Siempre detrás del biombo.*) ¿Me tengo que sacar los pantalones?

LA MUJER. – ¡Qué pregunta! ¡Te he dicho que tenés que vestirte como yo! Elegí ese vestido rojo, provocativo. . . El cuarto, a partir de la derecha. . . Me hará falta. . .

EL HOMBRE. – ¿Para qué?

LA MUJER. – Para el primer personaje. . . ¿Por qué no me pasás tu ropa? (*EL HOMBRE le tira por encima del biombo primero su camisa, luego su saco y después de unos instantes, sus pantalones.*) ¡Los zapatos, también!

EL HOMBRE. – ¿Y yo tengo que ponerme también tus zapatos?

LA MUJER. – Uniforme y servicio, completos. . .

EL HOMBRE. – (*Lastimero.*) ¡Pero si no sé caminar con tacos altos! . . .

LA MUJER. – ¡Aprenderás! ¿O vos te creés que nosotras, las mujeres, hemos nacido con los zapatos de tacos altos puestos? Nos cuesta mucho aprender a caminar con ellos cuando llegamos a la adolescencia. Es uno de los tantos suplicios chinos a los que nos someten para que les seamos más agradables a los hombres (*Mientras dice este último parlamento la mujer se ha*

quitado su vestido, lo ha puesto sobre el sillón y ha comenzado a vestirse con la ropa de EL HOMBRE. Cuando termine de hacerlo, cambiará su peinado recogiéndose el pelo.) ¡Pasame los zapatos tuyos! (*EL HOMBRE se los tira por encima del biombo. LA MUJER se los calza.*)

EL HOMBRE. – (*Lastimero.*) ¿Estás lista?

LA MUJER. – Me faltan algunos detalles menores. ¿Y vos?

EL HOMBRE. – (*Idem.*) ¡No puedo caminar con estos zapatos!

LA MUJER. – (*Conteniéndose para no reír.*) ¡Hacé un esfuerzo! ¡Apoyate en la punta! ¡No pisés con la planta ni mucho menos te tenés que apoyar en los tacos! ¡Tratá de caminar como si anduvieras en punta de pies!

(*EL HOMBRE aparece tímidamente. Tiene un aspecto deplorable con su bigote, los zapatos de tacos altos y el vestido rojo. El vestido, muy escotado, deja ver la camiseta.*)

LA MUJER. – (*Sin poder dejar de reír.*) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué ridículo!

EL HOMBRE. – (*Amoscado.*) ¡Eso decís vos porque no te has visto! ¡El saco y el pantalón te quedan grandes! ¡Navegas dentro de los zapatos!

LA MUJER. – (*Sin poder parar de reír.*) ¡Si fueras de la profesión, no levantarías a nadie! ¡Te morirías de hambre!

EL HOMBRE. – (*Apesadumbrado.*) ¡Si me vieran los muchachos qué papelón!

LA MUJER. – ¡Siempre pensando en el qué dirán!

EL HOMBRE. – (*Cortándola.*) Y ahora, ¿qué tengo que hacer?

LA MUJER. – (*Nuevo ataque de risa.*) ¡Ya te indico! ¡Ya te indico!

EL HOMBRE. – (*Con rabia.*) ¡Basta! ¡Si seguís burlándote de mí, te quito mis ropas y me voy! ¡Así no juego!

LA MUJER. – (*Haciendo un esfuerzo para calmarse.*) ¡Está bien! ¡Está bien! Vos te sentás en el sillón. Yo voy hasta la puerta. Toco el timbre. Vos vas a abrirme...

EL HOMBRE. – ¿Y eso es todo?

LA MUJER. – ¡Está bien! Ahora que yo me he convertido en vos y que vos estás en mi pellejo, te mostraré algunas de las bondades del oficio. ¡Pero no te vayas a querer echar atrás! ¿No?

EL HOMBRE. – La verdad es que me siento un poco ridículo con estas ropas... Más bien diría, incómodo... Así que, apurate. Basta de discursos ¿Qué es lo que tengo que hacer yo?

LA MUJER. – Te voy a describir al primer cliente, cuáles son sus características, cuáles son sus preferencias y qué debo hacer yo, mejor dicho qué debés hacer vos ahora que estás en mi lugar.

EL HOMBRE. – ¡Pero apurate! ...

LA MUJER. – ¿Tenés vergüenza?

EL HOMBRE. – La verdad que sí. ¡Si los muchachos del café me vieran...!

LA MUJER. – ¿Eso es lo que más te aflige? ¿El qué dirán los muchachos del café? ... ¡Ustedes muchas veces hacen cada cosa para que no les digan nada los muchachos del café...!

EL HOMBRE. – ¡Está bien! ¡Está bien! ¡Terminala de una vez que estos zapatos de tacos altos no me dejan caminar ¡Son una tortura! ¡Hay que ser mina para andar metido dentro de estas porquerías!

LA MUJER. – ¿Te explico?

EL HOMBRE. – ¡Sí! ... ¡Sí! ... ¡De una vez!

LA MUJER. – Bueno... uno de mis clientes más fieles es don Calisto Medina, un viejito jubilado hace ya tiempo, que todo los fines de mes, cuando cobra, me hace una visita. A él le gusta mirar. Es un mirón. Es capaz de mirar por cuanto agujerito hay en este mundo. Pone el biombo entre él y yo; yo pongo un disco en el tocadiscos, y comienzo a desnudarme al compás de la música. Mientras tanto el me mira por un agujerito que ha hecho en el biombo. Cuando termino, me paga y se va.

EL HOMBRE. – (*Aterrorizado.*) ¡No vas a pretender que yo haga un strip tease para que vos mirés por el agujerito del biombo!

LA MUJER. – ¡Ah, no! ... ¡Ah, no! ... ¡Lo pactado, pactado! No es cuestión de que vos elijás lo que mejor te guste. En mi oficio hay que tomar todo lo que venga ¿Entendiste? ¡TODO!

EL HOMBRE. – ¡Pero esto es una tortura!

LA MUJER. – (*Triunfal.*) ¿Ah, sí? ¡Veo que estás comenzando a comprender!

EL HOMBRE. – (*Dándose cuenta y poniéndose colorado. Tartamudea.*) ¡Está bien! . . . ¡Está bien! . . . Empezá de una vez!

LA MUJER. – ¡Comienzo! (*Va hasta la puerta. Sale y cierra. Luego suena el timbre. EL HOMBRE va hasta la puerta y la abre. LA MUJER entra haciéndose un anciano.*)

LA MUJER. – ¡Hola, linda! ¿Cómo estás? Es fin de mes y vengo por lo de siempre. Vos lo hacés muy bien.

EL HOMBRE. – (*Confundido.*) ¿Y yo, qué te digo?

LA MUJER. – (*Saliendo de situación.*) ¡Saludame! Dame un beso. Haceme pasar. . .

EL HOMBRE. – (*Mismo juego de confusión.*) ¿Cómo está don. . .?

LA MUJER. – (*Soplándole.*) "¿Cómo estás, Calisto? ". ¡Con más confianza!

EL HOMBRE. – (*Entrando en su situación.*) ¡Cómo estás, Calisto! . . . ¡Hace tiempo que no te veía! . . . ¿Te pasaba algo?

LA MUJER. – (*Volviendo al papel de DON CALISTO.*) Vos sabés, querida, que vengo cada fin de mes. . . Ahora la jubilación no me alcanza para darme ciertos gustos. . . Yo creo que ésta va a ser la última vez que vengo a tu casa. . .

EL HOMBRE. – (*Aún vacilante.*) ¡Qué lástima, don Calisto! . . .

LA MUJER. – (*Saliendo de situación y por lo bajo.*) ¡No me tratés de "don", che! ¡Después de tanto tiempo tiene que haber más confianza!

EL HOMBRE. – (*Confundido.*) ¡Calisto! . . . ¡Calisto!

LA MUJER. – Me tenés que hacer una rebajita, sinó, no vengo más a tu casa (*LA MUJER le hace señas a EL HOMBRE que diga que no*)

EL HOMBRE. – ¡No puedo, Calisto! . . . Vos sabés que para mí también sube el costo de la vida. . . Aunque te aprecio como cliente, te aseguro que no puedo hacerte ningún rebajita. . . El precio, por el contrario, a partir del mes que viene, va a subir. . .

LA MUJER. – (*Siempre en situación de DON CALIS-*

TO.) ¿Cómo? Al menos dejámelo como estaba (*Le vuelve a hacer señas a EL HOMBRE que diga, no.*)

EL HOMBRE. – ¡Imposible, Calisto! . . . ¡Imposible! (*Se queda sin saber qué decir y le hace señas, desesperado.*)

LA MUJER. – (*En voz baja.*) Insistí en que no podés y comenzá a hacerme cariños, a toquetearme. Es un buen argumento. ¡Te lo aseguro!

EL HOMBRE. – (*Lanzándose de lleno a su papel.*) ¡Pero, no! ¡Pero, no, viejito querido! ¡Cómo le vas a hacer eso a tu Lilí querida que tanto te quiere? ¡Venga para aquí, cosita preciosa! (*Le hace cariños falsamente eróticos.*)

LA MUJER. – (*Fingiendo que es seducida por los arrumacos.*) ¡Nada! . . . ¡Nada! ¡Yo te conozco, picarona! . . . ¡El mismo precio!

EL HOMBRE. – ¿Vos querés que tu Lilí se muera de hambre? ¡No! ¡Estoy segura de que no! . . . Tengo que aumentarte el 25 por ciento... Ese es el índice de inflación de este mes!

LA MUJER. – (*Dando un grito.*) ¿Cómo? ¿El 25 por ciento? ¡Imposible!

EL HOMBRE. – (*Acariciándola cada vez más.*) No querrás que tu Lilí ande desnuda, por las calles! . . . ¡No me abandonés, tesorito! ¡No, me abandonés!

LA MUJER. – ¡Pero vos tenés otros clientes! . . .

EL HOMBRE. – Pero también son unos tacaños. El único que me comprendés sos vos. . . ¡El único!

LA MUJER. – Hagamos una cosa: te doy el 20 por ciento de aumento y vos el otro cinco se lo sacás a los otros clientes ¿Estamos?

EL HOMBRE. – (*Luego de meditar un rato.*) ¡Está bien! Pero lo hago por vos. Porque sos un cliente viejo... (*Se rectifica.*) Un viejo cliente, quiero decir. . .

LA MUJER. – (*Falsamente libidinosa.*) ¡Entonces, comencemos! ¡Yo traigo el biombo! (*Trae el biombo y lo coloca en forma perpendicular a la línea de la rampa de modo que corte en dos la escena: en una parte de la escena EL HOMBRE hará su strip-tease; en la otra, LA MUJER mirará por un agujerito practicado en el biombo. Antes de que EL HOMBRE comience su strip-tease, LA MUJER pondrá un disco en el tocadiscos y se pondrá en su puesto de observación.*)

LA MUJER. – (*Plenamente en su papel de viejo libidinoso.*) ¡Comenzá, querida! ¡Comenzá!.

EL HOMBRE. – (*Comenzando una danza que quiere ser lánguida y voluptuosa. Saliendo de situación a medias.*) ¿Así? . . . ¿Así? . . .

LA MUJER. – (*Saliendo de situación a medias.*) ¡Así, querida! . . . ¡Así! (*Saliendo de situación del todo.*) ¡Pero más lentamente, boludo! ¿Acaso nunca has visto cómo una mina hace un strip-tease?

(*EL HOMBRE termina por compenetrarse de su papel. Lentamente y al compás de la música, se quita primero el vestido y lo pone encima del biombo. LA MUJER lo toma y lo huele, lanzando luego un suspiro. EL HOMBRE camina al compás de la música por toda la habitación, embutido en una combinación de la cual se despoja con voluptuosidad fingida. Se queda en corpiño, y bombacha. Luego trata de quitarse el corpiño pero tiene algunas dificultades para desprender el broche y para lograrlo hace una serie de movimientos grotescos. Luego se quita los zapatos y después las medias. Se queda sólo con la bombacha puesta. Durante todo el strip-tease, LA MUJER, en el papel de viejo libidinoso, da gritos de entusiasmo y la anima mientras mira todo por el agujerito del biombo.*)

EL HOMBRE. – (*Deteniéndose de pronto.*) ¡Bueno! ¡Ya está!

LA MUJER. – (*Siempre en situación.*) ¡Sacate la bombachita, querida! ¡Sacate la bombachita!

EL HOMBRE. – (*Saliendo totalmente de la situación.*) ¿Estás loca, vos? ¡Ya me cansé de hacer el ridículo!

LA MUJER. – (*Siguiendo en situación.*) ¡Si no te sacas la bombachita, no te pago!

EL HOMBRE. – (*Con rabia.*) ¡Basta! ¡Te he dicho que basta!

LA MUJER. – (*Siempre en situación.*) ¡Ya voy, querida! ¡Ya voy a sacarte la bombachita! ¡A vos te gusta que yo te saque la bombachita! (*LA MUJER se abalanza sobre EL HOMBRE y trata de quitarle la bombacha. Este se defiende.*)

EL HOMBRE. – (*Defendiéndose.*) ¡Te he dicho que basta!

LA MUJER. – (*Mismo juego.*) ¡Dejame ver la cosita

preciosa! ¡Dejame ver! (*Le da un manotazo. EL HOMBRE, furioso, le da un empujón que la derriba.*)

LA MUJER. – (*Desde el suelo, saliendo de situación.*) ¡Epa! ¡Epa! ¿Qué te pasa?

EL HOMBRE. – (*Rojo de rabia.*) ¡Basta! ¡Te he dicho que basta!

LA MUJER. – (*Incorporándose.*) Pero, ¿no querías saber qué hacían mis clientes? Esta es una de las tantas cosas que tengo que hacer para ellos.

EL HOMBRE. – (*Despreciativo.*) ¡Las tendrás que hacer vos, pero no yo!

LA MUJER. – (*Sarcástica.*) ¿Por qué? Ahora vos sos una mujer. ¡Ahora sos una puta! ¡Y no podés librarte de tu condición! ¿O vos crees que yo puedo librarme de la mía?

EL HOMBRE. – (*Desarmado.*) ¡Está bien! . . . ¡Está bien! Pero vamos a otra cosa. . .

LA MUJER. – (*Irónica.*) ¿Querés seguir con el juego?

EL HOMBRE. – Sí. ¡Pero algo más liviano! ¡No tan humillante!

LA MUJER. – (*Triunfal.*) ¡Humillante! ¡Eso sí que está bueno! Y bien: veamos otro de mis clientes. Veo que comenzás a comprender. (*Se ríe. Vuelve a colocar el biombo en su lugar. EL HOMBRE se viste de nuevo con las ropas de mujer.*)

EL HOMBRE. – ¿Y ahora, qué hacemos?

LA MUJER. – Sentate en el sillón. Yo llamo. Vos vas a abrir la puerta. Ahora seré un adolescente tímido que por primera vez viene a tener su experiencia sexual con una prostituta. ¿Entendés?

EL HOMBRE. – (*Algo confundido.*) ¿Y yo, qué hago?

LA MUJER. – Acordate de la primera vez que te encamaste con una mina. ¿A qué edad lo hiciste?

EL HOMBRE. – A los 14 años. . .

LA MUJER. – ¿Con una puta?

EL HOMBRE. – No. Con una prima mía. . .

LA MUJER. – Acordate de lo que hacías vos y de lo que hacía tu prima.

EL HOMBRE. – (*Molesto.*) No me acuerdo. . .

LA MUJER. – No te querés acordar. . . pero hacé

memoria... ¿Estaban jugando?

EL HOMBRE. – (*A regañadientes.*) No. Estudiando... Ella era mayor que yo. Era tres o cuatro años mayor que yo... Ella fue la que hizo todo.

LA MUJER. – ¡Excelente! Ahora yo voy a hacer de vos, pero a los 17 años. ¿Y volviendo a tu prima, cómo comenzó todo?

EL HOMBRE. – Mi prima me dijo que le picaba la espalda... que se la rascara... Comencé a rascarle la espalda. Ella me dijo que ese no era el lugar donde le picaba. Tuve que meter la mano dentro del escote. Ella me decía: "¡Más adentro! ¡Más adentro!" De pronto se le soltaron los botones del vestido. Le vi el corpiño y me calenté. La di vuelta. La besé. Ella me dijo: "¡Aquí, no! ¡Aquí, no! ¡Puede venir mi papá!". Pero me besaba... Me seguía besando... Y yo no pude contenerme.

LA MUJER. – (*Excitada.*) ¿Y después?

EL HOMBRE. – Ella me desabrochó el pantalón. Yo le levanté el vestido. Comenzó a acariciarme... Se quitó la bombacha y me atrajo... (*Silencio embarazoso.*) ¡No era virgen! ¡No era virgen!...

LA MUJER. – ¡No! No me sirve para mi personaje. Demasiado sentimental. ¿Cuándo fue la primera vez que fuiste con una puta?

EL HOMBRE. – Seis meses después... Cuando pasé de curso. Luego de la fiesta de fin de curso, otros muchachos me llevaron para que me desvirgara, según decían ellos... Pero yo ya no era virgen... Tuve miedo... De contagiarme... De las enfermedades. Mi padre me había hablado de las enfermedades que uno puede contraer con las locas. (*Se detiene arrepentido de haber pronunciado esta última palabra.*)

LA MUJER. – ¿Y cómo te fue con la loca?

EL HOMBRE. – Mal. El miedo me tenía paralizado... A pesar de todo, la mujer me trató bien...

LA MUJER. – (*Exultante.*) ¡Eso nos sirve! ¡Eso nos sirve! Vos vas a hacer lo mismo que hizo esa mujer con vos. ¡Y yo haré de vos, a los 17 años! ¡Vení!... ¡Vení! (*Lo lleva de la mano y lo sienta en el sillón. Luego va hacia la puerta. La abre y sale. Cierra la puerta.*

Luego de un instante suena el timbre. EL HOMBRE se levanta del sillón y va hacia la puerta. La abre.)

LA MUJER. – (*Simulando ser un adolescente tímido.*) ¿La señorita Lilí?

EL HOMBRE. – (*Con voz gruesa, primero, y luego atiplándola.*) Sí... Soy yo...

LA MUJER. – Vengo por...

EL HOMBRE. – Sí... Ya sé... Pase... (*LA MUJER entra. Mira hacia todos lados. Se retuerce las manos. Saca un pañuelo del bolsillo del saco y se seca el sudor de la frente y del cuello.*)

EL HOMBRE. – ¡Póngase cómodo! ... ¡Póngase cómodo! ¿Quiere quitarse el saco?

LA MUJER. – (*Vacilante.*) ¿Me puede decir cuánto es?

EL HOMBRE. – ¿Cuánto, qué?

LA MUJER. – Lo que usted ya sabe...

EL HOMBRE. – (*Saliendo de situación.*) ¿Cuánto le digo?

LA MUJER. – (*Mismo juego.*) Preguntale si es por un rato o por más tiempo... Que vos no pasás la noche...

EL HOMBRE. – (*Volviendo a su rol.*) ¿Es por un rato? Trescientos mil pesos...

LA MUJER. – (*Con cara de asombro.*) ¿Cuánto? ...

EL HOMBRE. – Trescientos mil pesos... por un rato.

LA MUJER. – (*Buscándose el dinero en los bolsillos. Saca el dinero y lo cuenta.*) No... No me alcanza...

EL HOMBRE. – ¡Vení, pibe! ¡Vení! ¿Cuánto tenés?

LA MUJER. – (*Con vergüenza simulada.*) Y... unos 150 mil pesos. Tengo que guardar para el colectivo... Usted sabe, a mi viejo no le digo nada de esto... El me da muy poca plata los domingos.

EL HOMBRE. – ¡Pasá la guita! Te voy a hacer precio por ser la primera vez que pasás conmigo. ¡Dame la guita! (*LA MUJER tímidamente le extiende los billetes. El hombre los toma y los guarda en la cartera.*) Si querés desvestirte, la cama está detrás del biombo... Yo voy al baño y en seguida estoy con vos... (*Hace ademán de dirigirse al baño.*)

LA MUJER. – (*Desesperada.*) ¡Espere un momento! ...

EL HOMBRE. – ¿Y ahora, qué querés, pibe?

LA MUJER. – (*Mismo juego.*) ¡Una cosa! . . . No la quiero ofender. . . pero, ¿usted está sana?

EL HOMBRE. – (*Gritando.*) ¿Cómo?

LA MUJER. – Sí, porque mi viejo dice que ustedes las mujeres. . . ¿cómo diría? . . .

EL HOMBRE. – Decílo: "Ustedes las putas son unas podridas". . . Para qué andar con rodeos. . .

LA MUJER. – No quise decir eso. . . Pero resulta que mi viejo me dice que si uno va con una mujer que no está sana se puede pescar una infección. . . Que esas infecciones son muy peligrosas. . . y muy dolorosas. . .

EL HOMBRE. – ¿Y vos creés que yo soy una podrida?

LA MUJER. – No quise decir eso. . . pero. . . para más tranquilidad, usted sabe. . . Yo me sentiría más tranquilo. . .

EL HOMBRE. – Quedate tranquilo, pibe. . . ¡Vení! . . . ¡No tengas miedo! (*Intenta acariciarla, pero LA MUJER da un salto hacia atrás.*)

LA MUJER. – ¡No me toque! ¡No me toque! ¡Puede tener microbios!

EL HOMBRE. – ¡Y dale con los microbios! ¡Si no te gusta te podés mandar a cambiar. ¿Estamos?

LA MUJER. – Sí, pero, usted sabe. . . Yo nunca. . .

EL HOMBRE. – (*Riéndose.*) ¿Así que con esas tenemos? ¡Sos virgen! ¿No me digás?

LA MUJER. – (*Falsamente avergonzada.*) ¡Pero no se burle! ¡Es la primera vez! ¡Lo hago porque no puedo estudiar! . . .

EL HOMBRE. – (*Grosero.*) ¡Así que sos pajero, pibe! . . . ¿Y por eso no podés estudiar? . . .

LA MUJER. – (*Falsamente afligida.*) ¡No! . . . ¡No! . . . ¡Yo no hago eso! ¡Es un pecado! . . .

EL HOMBRE. – (*Sarcástico.*) ¿Y no es un pecado acostarse con una mujer?

LA MUJER. – (*Casi lloriqueando.*) ¡Pero yo no puedo estudiar! . . .

EL HOMBRE. – ¡Dejate de macanas! . . . ¡Vení! . . . Estoy sana ¿Cómo querés que te lo diga? ¿Querés que te muestre un certificado médico?

LA MUJER. – ¡Sí! . . . ¡Sí! ¡Eso: un certificado médico!

EL HOMBRE. – (*Luego de abrir un cajón del mueble, saca un papel y se lo extiende a LA MUJER.*) ¡Ahí lo tenés! (*Repentinamente EL HOMBRE se indigna:*) Pero, ¿por qué tengo que darte con el gusto, mocoso majadero? . . . Me estás ofendiendo con lo que me decís. . . ¡Ya mismo te vas!

LA MUJER. – (*En el colmo de su aflicción fingida.*) ¡No! . . . ¡No quise ofenderla, señora o señorita! Pero, usted sabe. . . ¡yo tengo miedo!

EL HOMBRE. – Sí, me estás ofendiendo. . . Si tanto miedo tenés, ¿por qué no te acostás con una sirvienta?

LA MUJER. – Usted sabe. . . las sirvientas de ahora no son como las de antes. . . Tienen sus pretensiones. . . Quieren casarse o se acuestan con quienes ellas quieren. . .

EL HOMBRE. – (*Aguantándose las ganas de reír al ver el aspecto lamentable que presenta el personaje creado por LA MUJER.*) Si no te tuviera lástima te echaría a la calle.

LA MUJER. – ¡No! . . . ¡No! . . . Pero si usted me lo asegura. . . Dígame. . . ¿usted se baña después que va con cada cliente. . .?

EL HOMBRE. – (*Falsamente furioso.*) ¡Qué insolencia! . . . ¿Me ves cara de sucia? . . . Habrás de saber que mis clientes son todos gente limpia, gente honrada. . . (*Deteniéndose de pronto.*) ¿Y a vos, quién te mandó?

LA MUJER. – Un amigo. . . Un tal Oscar que dice que la conoce. . .

EL HOMBRE. – Y ese Oscar, ¿alguna vez ha tenido quejas de mí desde el punto de vista de mi realidad sanitaria, digamos?

LA MUJER. – ¡No. . ! ¡No! . . .

EL HOMBRE. – ¿Entonces? . . .

LA MUJER. – Pero hay que asegurarse, de todos modos. . .

EL HOMBRE. – Me estás haciendo perder el tiempo. . . ¿Vamos o no vamos? ¿Pasás o no pasás? No puedo esperarte. No tenés derecho de hacerme perder el tiempo. Sobre todo cuando te hago un precio especial. Tengo que recibir a otros clientes (*Se acerca tratando de acariciarlo, pero ella lo rechaza con angustia fingida.*) ¿Qué te pasa? ¡Decidite de una vez! . . . ¿Vamos o no vamos?

LA MUJER. – ¡Espere! . . . ¡Espere! . . . ¿Está segura?

EL HOMBRE. – ¿Si estoy segura de que. . .?

LA MUJER. – ¡Que no me pasará nada! . . . ¡Que no tiene microbios!

EL HOMBRE. – (*Con cólera fingida.*) ¡Se acabó! ¡Mandate a cambiar de inmediato! (*La toma de un brazo, la lleva hacia la puerta, la abre y le da un empellón. Luego cierra la puerta con fuerza.*) ¡Pendejo de porquería! ¡Eso me pasa por meterme con chicos! . . . ¡Podrida yo! ¿Se habrá visto? . . . Con lo que me cuesta el médico. Todas las semanas me hago revisar a pesar de que mis clientes son de buena condición. Pero una nunca sabe. . . En una de esas, esos profesores o empleados que recibo se agarran en otro lado una podredumbre marca mayor y me la encajan. ¡Ahora hay tantas amateurs! No se puede confiar (*Se pasea nervioso por la habitación.*) ¡Lo que ha conseguido ese pendejo de porquería es ponerme nervioso! (*Se detiene de pronto y grita:*) ¡Che! Se me acabó la cuerda. ¿Qué más tengo que decir?

(*Suena el timbre de la puerta de entrada. EL HOMBRE se dirige hacia la puerta. La abre. En el marco está LA MUJER. Se ríe.*)

LA MUJER. – ¡Muy bien! . . . ¡Muy bien! ¡Veo que has comprendido bien una de mis tantas humillaciones! ¿Querés que veamos otras?

EL HOMBRE. – (*Entusiasmado.*) ¿Qué cliente tiene que llegar ahora?

LA MUJER. – El señor Pascual. Un señor muy religioso, muy devoto y que tiene conciencia del pecado.

EL HOMBRE. – ¿Y yo, qué tengo que hacer?

LA MUJER. – Dejarlo hacer. El sabe lo que tiene que hacer antes de ir a la cama. Sabe como calmar su conciencia (*Se ríe.*) Es un hombre muy minucioso. Un hombre muy puntilloso tanto en su vida privada como en sus negocios.

EL HOMBRE. – Está bien. Comencemos.

LA MUJER. – Todo como antes. Yo salgo. Toco el timbre. Entro. . .

EL HOMBRE. – ¡Convenido! (*LA MUJER va hasta la puerta. La abre y sale. Pocos instantes después suena*

el timbre. EL HOMBRE va hacia la puerta y la abre. LA MUJER entra.)

LA MUJER. – Buenas noches, querida ¿cómo estás?

EL HOMBRE. – Bien, mi amorcito. ¿Y vos?

LA MUJER. – Muy cansado. Los negocios me tienen a mal traer. Prestar dinero en estos días de inflación y de peligro es enervante. Sobre todo cuando tenés sobre los talones a los inspectores de la Dirección General Impositiva. El Estado se vuelve cada vez más insaciable... Y vos, ¿has trabajado mucho?

EL HOMBRE. – No tanto... A mí me pasa lo mismo: la situación económica agrava mi presupuesto. Cada semana debo aumentar mis tarifas. Y ahora, con la liberación femenina no hay tantos necesitados como cuando inicié mi carrera hace 20 años... La píldora, el diafragma y la espiral también atentan contra mis intereses. Son pocos los clientes fieles, como vos, que me van quedando.

LA MUJER. – ¡Está bien! ... ¡Está bien! ... ¿Puedo quitarme el saco?

EL HOMBRE. – ¡Estás en tu casa, tesorito!

(*LA MUJER se quita el saco. Se sienta en el sillón.*)

LA MUJER. – Me quitaré los zapatos también. Son nuevos y me hacen doler...

EL HOMBRE. – ¡Ponete cómodo, tesorito! ... ¡Te traeré tus pantuflas!

(*Va detrás del biombo y regresa con un par de pantuflas.*)

LA MUJER. – Este ambiente de hogar es lo que me regocija. Un ambiente que no tengo en mi casa... Estoy tan solo... Soy un fracasado: nunca pude formar un hogar.

EL HOMBRE. – En vos está... (*Saliendo de situación, a LA MUJER:*) ¿Che, y qué más digo?

LA MUJER. – (*Saliendo de situación para luego volver a entrar.*) Dejame a mí que a este pescado lo conozco bien. Vos contestame (*En situación.*) ¿Vos sabés por qué nunca pude formar un hogar? Los negocios me absorben. A causa de ellos no podría dispensarle a mi mujer todo el tiempo necesario. O se es un hombre de hogar, o se es un hombre de negocios... (*Pausa.*) Decime, Lilí, ¿y has rezado últimamente antes de acostarte? ...

EL HOMBRE. – (*Un tanto confundido.*) Sí... sí... He pedido por vos... Para que te vayan bien los negocios...

LA MUJER. – ¡Muy bondadoso de tu parte! Pero a lo que yo me refiero es si has rezado pidiendo a Dios que te perdone tus pecados. Tus malditos pecados. Tus múltiples pecados. Los que cometés conmigo y con tantos otros. Recordá que tenés que estar lista por si la muerte te sorprende en cualquier momento.

EL HOMBRE. – (*Sorprendida.*) Así lo hice... pero también he pedido por vos...

LA MUJER. – ¿Has cumplido con los preceptos de la Santa Madre Iglesia? ¿Has ido a misa todos los domingos y fiestas de guardar? ¿Has comulgado por lo menos una vez al año, para Pascua Florida? ¿Has dado limosna?

EL HOMBRE. – (*Entrando en el juego y cada vez más falsamente beato.*) ¡Sí! ... ¡Sí!

LA MUJER. – (*Por lo bajo.*) ¡Caé de rodillas y pedí perdón!

EL HOMBRE. – (*Obedeciendo.*) ¡Yo sé que el cielo misericordioso me perdonará todos mis pecados! ...

LA MUJER. – (*Poniéndose de pie y con falso tono de predicador.*) ¡La misericordia del Señor es infinita! ... "¡Vete y no peques más! ", le dijo a la Magdalena.

EL HOMBRE. – (*Falsamente lírico.*) ¿Pero, yo soy como la Magdalena?

LA MUJER. – ¡Tienes que arrepentirte como ella!

EL HOMBRE. – Después de haber pecado me arrepiento...

LA MUJER. – ¿Pero te arrepientes delante de un confesor?

EL HOMBRE. – Sí. Siempre me confieso con el padre Hernández.

LA MUJER. – (*Inquisitiva.*) ¿Pero, le dices todo? ¿Todo? ¿Todo? ¿Todo? ¿Todo lo que haces con tantos hombres? ¿Todo lo que hacemos juntos? ...

EL HOMBRE. – (*Falsamente angustiado.*) ¡Sí! ... ¡Sí! ...

LA MUJER. – (*Cada vez más curiosa.*) ¿Y él, que te dice?

EL HOMBRE. – Me pide que le dé más detalles de

cómo son mis pecados... Pasamos horas y horas en el confesonario de la iglesia de la Santísima Trinidad... ¡Salgo agotada!

LA MUJER. – ¿Y nunca te has sentido tentada de tentar al padre Hernández?

EL HOMBRE. – Sí. ¡Muchas veces! ...

LA MUJER. – (*Excitadísima.*) ¿Y...?

EL HOMBRE. – Me contuve... No quería agregar un pecado más a mis otros múltiples pecados. Además, si lo pierdo al padre Hernández, ¿dónde voy a encontrar otro confesor que sea tan benévolo conmigo?

LA MUJER. – (*Idem.*) ¿Y cuando vos le contás al padre Hernández todos los pecados que cometés, los que hacés conmigo y los que hacés con tantos otros hombres, qué hace el buen hombre? ¿No se masturba?

EL HOMBRE– (*Falsamente indignado.*) ¡Cómo te atrevés a pensar en semejante cosa? ¡El padre Hernández es un santo!

LA MUJER. – (*Mordiéndose para no reír al ver el juego de EL HOMBRE.*) ¡Uno nunca sabe! ... ¡Cuando vos me contás lo que te ocurre con los otros clientes, yo me excito! ¡Me entran unas ganas irreprimibles de masturbarme! ¡Pero gracias a la Fe, gracias a mi fuerza de voluntad , que me es dada solo por la Fe, me contengo! (*Pausa. Bajando el tono a uno más confidencial.*) Lilí: ¡yo creo que ha llegado la hora!

EL HOMBRE. – ¡Como vos quieras, tesorito mío! (*Saliendo de situación.*) Y ahora, ¿qué hago?

LA MUJER. – (*Saliendo de situación, confidencial.*) ¡Vos seguime! (*Volviendo al personaje.*) ¡Comencemos! ¡De rodillas! (*Lo obliga a EL HOMBRE a ponerse de rodillas.*) ¡Pide perdón, junto conmigo! ¡Hacé penitencia! ¡Con los brazos en cruz! ¡Con los brazos en cruz! ¡Tengo que purificarte! (*Va hacia la cómoda y saca una correa de su interior. Vuelve hasta donde EL HOMBRE con los brazos en cruz, la mira azorado.*) ¡Arrepentimiento y penitencia! (*Levanta la correa. EL HOMBRE sale de situación.*)

EL HOMBRE. – ¡Che! ¡Che! ¡Yo creo que estás llevando las cosas demasiado lejos!... ¡Pará! (*LA MUJER descarga un latigazo sobre las espaldas de EL HOMBRE.*) ¡Pará! ¡Pará, te he dicho! ¡Que te rompo la cara! (*Se levanta furioso, la toma de una muñeca y levanta el*

puño. Se detiene extrañado y la mira.) ¿Pero ese tipo te pega de verdad como vos me has pegado a mí? ¿Y vos te dejás pegar?

LA MUJER. – (*Saliendo de situación como EL HOMBRE.*) No siempre. ¡Por cada azote le cobro carísimo! ¡Como es muy tacaño, sólo se da esos gustos muy de tarde en tarde!

EL HOMBRE. – (*Estupefacto.*) ¡Qué locura! ¡Qué locura! ¡Vos estás tan loca como él!

LA MUJER. – (*Con tono sereno.*) Después hablamos de esto. Ahora sigamos con el juego.

EL HOMBRE. – ¡No! ¡No pienso dejarme azotar!

LA MUJER. – La segunda parte es más tranquila. Ya no hay azotes.

EL HOMBRE. – (*Con temor.*) ¡Mirá que si hay azotes, te doy! . . .

LA MUJER. – Te doy mi palabra (*Le tiende la mano. EL HOMBRE se la estrecha con desconfianza.*)

EL HOMBRE. – ¿Y ahora, qué hago?

LA MUJER. – Esperá. . . Antes de esta escena, tenés que cambiar de peluca. Ya te traigo una, adecuada al papel que vas a hacer (*Corre detrás del biombo y regresa con una peluca rubia de cabellos largos. Se la coloca a EL HOMBRE. Luego, de la cómoda, saca un mantel celeste y se lo coloca como si fuera un manto. Lo hace subir al sillón y que adopte una actitud similar a la Inmaculada Concepción de Murillo.*) ¡Ahora podemos comenzar! . . . (*LA MUJER se pone de rodillas.*) ¡Madre: perdón por el pecado que voy a cometer con esa mujer perdida! ¡Vos sabés, Madre mía, que yo no deseo pecar, pero mi carne es débil! ¡Imploro tu ayuda en este trance! ¡Vos tenés que decirme qué debo hacer para evitar el pecado! . . . ¡O podés decirme si tengo que pecar! (*Saliendo de situación a EL HOMBRE.*) ¡Mové la cabeza en señal de aprobación! (*EL HOMBRE obedece.*) ¡Puedo pecar! ¡Puedo pecar! ¡Mi Santa Madre que está en los cielos me ha dado permiso! (*Delirando.*) ¡Voy a pecar porque ella va a salvarme! ¡Si no pecara, vos Madre mía no te darías el gusto de salvarme! ¡Todo esto lo hago para darte el gusto! ¡Para que redimas mis pecados! ¡No lo hago por placer, Madre mía! ¡Lo hago como un sacrificio! ¡Y este sacrificio lo ofrezco a ti! ¡Te ruego que me perdonés! ¡También te ruego que perdonés a

esa infeliz mujer, a esa desdeñable mujer, a esa vil mujer, a esa arrastrada mujer (*EL HOMBRE, ante los insultos deja de mirar al cielo con los ojos en blanco y hace un gesto de reproche.*) . . .que se da a tantos hombres! ¡Pero ella es un instrumento de tu voluntad! ¡Dadme un signo, Madre! ¡Dame una señal y yo cumpliré este sacrificio con esta horrible mujer tan fea! (*EL HOMBRE vuelve a salir de situación y le saca la lengua. Luego vuelve a su actitud beatífica.*) ¡Ella es pecadora, Madre! ¡Y además de pecadora, es una arrastrada, una de las mujeres más bajas, de la más baja condición social! ¡Ignorante! ¡Y porque es ignorante, Madre, tienes que perdonarla! ¡Si tuviera cultura, si fuera como yo, no estaría en esta situación en que está! Pero desgraciadamente es ignorante, y por ser ignorante es corrompida. ¡Te ruego que perdones a esta ramera inmunda! ¡A esta ramera descastada! ¡A esta puta! Y que me perdones a mí, Madre, así como la perdonas a ella (*EL HOMBRE sale de situación y quiere contestar o decir algo, pero LA MUJER se lo impide.*) ¡No me interrumpas! ¡A tu lugar! (*EL HOMBRE vuelve a su posición pero antes, saliendo de situación dice:*)

EL HOMBRE. – ¿Y ahora, qué tengo que decir?

LA MUJER. – (*Mismo juego.*) ¡Me tenés que perdonar!

EL HOMBRE. – (*Falsamente beatífico.*) ¡Hijo mío: ya sabes que tienes mi perdón por anticipado. Puedes pecar cuantas veces quieras. Eso sí, antes de pecar tienes que pedirme permiso para que yo te perdone por anticipado (*Casi saliéndose de situación.*) En cuanto a esa mujer. . . a esa mujerzuela, quiero decirte que la quiero mucho y que, como vos bien sabés, es el instrumento de mi voluntad. No es tan fea, ni tan perdida, ni tan arrastrada. Es posible que al final de los tiempos ella se salve. Y tal vez vos, no. Nadie puede saber los designios de mi Hijo. . . ¡Ahora puedes pecar! (*LA MUJER, que ha estado arrodillada frente al hombre, se inclina hasta tocar el suelo con la frente. Luego besa el suelo. EL HOMBRE desciende de la silla, se quita el manto y la peluca. LA MUJER lo toma de la mano después de levantarse, con un brazo le rodea el talle y suavemente se lo lleva detrás del biombo donde está la cama.*)

APAGON

(*Luego de unos instantes,se encienden las luces. Ambos están sentados en la cama y han comenzado a vestirse: ella de HOMBRE y él de MUJER.*)

EL HOMBRE. – (*Tirándose sobre el sillón.*) ¡Estoy agotado!

LA MUJER. – (*Irónica.*) ¡Recién empezás! Esto, apenas si es el diez por ciento de un día de trabajo bien nutrido.

EL HOMBRE. – ¿Todavía hay más?

LA MUJER. – Hay más...

EL HOMBRE. – ¿Y qué viene después?

LA MUJER. – La lista es infinita... Pero haremos una selección de los especímenes más sobresalientes... Como para que vos no te cansés tanto... Como para que tengás una muestra de lo que te espera si en una vida futura nacés mujer y te dedicás a lo que algunos llaman "el oficio más antiguo del mundo".

EL HOMBRE. – Está bien... Comencemos de una vez... ¿Qué tengo que hacer ahora?

LA MUJER. – De viejito sátiro pero reprimido. En la realidad, no se atreve a realizar lo que le pide su fantasía... Ahora vos tenés que convertirte en una nenita de 7 años. Y yo seré el viejito sátiro que te quiere violar y que termina violándote.

EL HOMBRE. – ¿Qué?

LA MUJER. – ¡Como lo oís! ¡Así que a cambiarte de ropa y de peluca!

(*Ella va detrás del biombo y trae un enorme vestido de nena y una peluca con trenzas. Le quita al HOMBRE su anterior vestido de MUJER y a la vista del público le coloca el traje y la peluca de NENA. Le trae un par de zapatos tacos bajos, con presillas, como los que usan las nenitas y se lleva los zapatos de tacos altos. Cuando regresa, le pone en la mano un yo-yó.*)

LA MUJER. – Esta sala es una plaza. Yo estoy leyendo y tomando sol sentado en un banco. Vos venís de la izquierda jugando con el yo-yó. (*Se sienta en el sillón y abre un periódico. La "NENA", con su yo-yó, llega de la izquierda.*)

EL HOMBRE. – (*Contando las veces que sube y baja su yo-yó.*) Uni... duli... trili... cuatrili... cinquili... seisili...

LA MUJER. – (*Desde el sillón, luego de bajar el diario.*) ¡Hola, nena! . . .

EL HOMBRE. – (*Siempre jugando con el yo-yó.*) No me moleste que me va a hacer perder. . . trecili. . . catorcili. . . quincili. . . diez y seisili. . . veintili. . .

LA MUJER. – ¡Vení, nena! ¡Vení!

EL HOMBRE. – (*A quien el yo-yó se le escapa de las manos; con rabia.*) ¿Vio? Ya me hizo perder. . . ¡Justo cuando iba a llegar a los cien! . . .

LA MUJER. – ¡Vení, no te enojés por tan poca cosa! ¡Vení! . . .

EL HOMBRE. – ¡No! ¡No quiero! Además mi mamá me ha dicho que no converse con gente que no conozco y mucho menos con hombres. . .

LA MUJER. – Si querés me presento. Me llamo Epaminondas Rodríguez. Soy jubilado, es decir que no tengo que trabajar. . .

EL HOMBRE. – ¿Y de qué vive?

LA MUJER. – De mi jubilación.

EL HOMBRE. – No entiendo. . . Para vivir, todos tienen que trabajar en un trabajo. . .

LA MUJER. – Yo ya he trabajado mucho en mi vida Y como he trabajado mucho me pagan para que viva feliz el resto de mi vida.

EL HOMBRE. – ¿El resto de su vida? ¿Y es que se piensa morir pronto?

LA MUJER. – ¡No, pronto, no! Pero como soy viejo, algún día de estos me puedo morir.

EL HOMBRE. – ¿Y usted tiene familia. . .?

LA MUJER. – Tenía. . . pero mi mujer se ha muerto y mis hijos se casaron y se fueron a vivir lejos, muy lejos. . .

EL HOMBRE. – ¡Pobre! . . .

LA MUJER. – ¿Vos no querés ser mi familia?

EL HOMBRE. – (*Caprichoso.*) ¡No! ¡No! . . . ¡Usted no puede ser mi familia y yo no puedo ser de la suya. . .!

LA MUJER. – ¿Y por qué? . . .

EL HOMBRE. – Porque usted no tiene nada que ver con mi mamá, ni con mi papá, ni con mi abuela Jacinta, ni con mi abuelo Feliciano, ni con mi abuela Marta, ni con mi abuelo Estratón, ni con mi tío Pancho, ni con mi tía Manuela. . . ¡No tiene nada que ver!

LA MUJER. – Pero se puede ser de la familia sin ser de la familia. ¿Acaso tu mamá era de la familia de tu papá antes de que se casaran? Después fueron de la familia...

EL HOMBRE. – Pero yo no me voy a casar con usted porque es viejo. Entonces, no puede ser de mi familia...

LA MUJER. – Pero podemos ser amigos...

EL HOMBRE. – Depende...

LA MUJER. – ¿De qué?...

EL HOMBRE. – De cómo se porte... De lo que me pueda regalar (*Súbitamente interesado.*) ¿Qué me va a regalar?

LA MUJER. – Muchas cosas... Siempre, claro está, que te portés bien conmigo...

EL HOMBRE. – ¿Por ejemplo?

LA MUJER. – (*Sacando un chupetín inmenso del bolsillo.*) ¡Este chupetín!...

EL HOMBRE. – (*Abalanzándose.*) ¡Démelo...!

LA MUJER. – Primero tenés que ser mi amiga...

EL HOMBRE. – Bueno... ¡seamos amigos!

LA MUJER. – ¡Me tenés que dar un besito!

EL HOMBRE. – Bueno, ¡le doy un besito! Pero uno solo porque mi papá me ha dicho que no tengo que besar a desconocidos y mucho más si estos son hombres...

LA MUJER. – Yo ya no soy un desconocido. Y después de que me des el besito y yo el chupetín, ya seremos amigos. ¿No?

(*EL HOMBRE le da un beso en la mejilla a LA MUJER y se retira rápidamente.*)

EL HOMBRE. – ¡Ya está! ¡Ahora deme el chupetín!

LA MUJER. – Otro besito más largo. Ese ha sido muy cortito...

EL HOMBRE. – (*Poniéndose mimoso.*) ¡No! ¡No quiero!... ¡Primero deme el chupetín! (*LA MUJER se lo extiende. EL HOMBRE se lo arrebata rápidamente.*)

EL HOMBRE. – ¿Vio? ¡Se lo quité! ¡Ahora es mío! Ahora no me importa ser su amiga...

LA MUJER. – (*Tentadora.*) Tengo una muñeca, así de grande... Una muñeca que habla. Dice "mamá" y hace pipí...

EL HOMBRE. – (*Con curiosidad fingida.*) ¿Que hace pipí? No le puedo creer. Las muñecas no hacen pipí...

LA MUJER. – ¡Esta, sí! . . .Nada más que no es pipí natural. . .

EL HOMBRE. – ¡Bah! No le creo. No sé cómo, una muñeca, puede hacer pipí y que ese pipí no sea natural. . . Yo hago pipí natural. . .

LA MUJER. – Pero la muñeca ésta, no hace pipí natural. . .

EL HOMBRE. – ¿Y entonces, qué hace?

LA MUJER. – Un pipí falso. . .

EL HOMBRE. – ¡Ja! Usted me miente. . . Usted me quiere hacer creer que la muñeca hace pipí.Y yo le digo que las muñecas no hacen ni pipí natural ni pipí falso.

LA MUJER. – Esta hace pipí, pero no es natural. . .

EL HOMBRE. – ¿Entonces, qué es?

LA MUJER. – Agua. Se le pone agua en la barriguita. Se le aprieta la barriguita y hace pipí que no es pipí. . .

EL HOMBRE. – ¿Y moja la bombachita?

LA MUJER. – ¡Moja la bombachita. . .! ¿Vos no mojás la bombachita?

EL HOMBRE. – ¡No! Yo ya soy grande.Cuando era chica sí que mojaba la bombachita.

LA MUJER. – (*Falsamente lujuriosa.*) ¿Y vos tenés bombachita?

EL HOMBRE. – ¡Claro que tengo! ¡Claro que tengo!

LA MUJER. – (*Más lujuriosa.*) ¡Mostrámela! . . . ¡No! Vos no tenés bombachita. ¡Vos no tenés bombachita! . . .

EL HOMBRE. – ¡Sí que la tengo! . . . ¡Sí que la tengo! ¡Pero no se la voy a mostrar!

LA MUJER. – Entonces no te regalo la muñeca que hace pipí. . .

EL HOMBRE. – Mi mamá me ha dicho que no le tengo que mostrar la bombachita a los chicos. . .

LA MUJER. – Pero yo no soy un chico. . . Yo ya soy grande, así que me la podés mostrar. ¿No le mostrás la bombachita a tu papá?

EL HOMBRE. – ¡Sí! ¡A mi papá, sí! Pero usted no es mi papá. . .

LA MUJER. – ¿Y si jugáramos a que yo soy tu papá, por un momento, así me podés mostrar la bombachita? Y yo después te regalo la muñeca que hace pipí. . .

EL HOMBRE. – (*Pensando.*) Y. . . ¡bueno!

LA MUJER. – Entonces, vení. ¡Mostrámela!

EL HOMBRE. – ¡Aquí, no! Hay mucha gente... ¿Por qué no viene a mi casa, así le presento a mi papá y a mi mamá?

LA MUJER. – (*Con temor.*) ¡No! ... ¡No! ... Mejor vamos a mi casa así después que me mostrás la bombachita yo te regalo la muñeca...

EL HOMBRE. – ¿Y queda lejos su casa?

LA MUJER. – Aquí, no más... Muy cerquita... Pero después no tenés que decirle a nadie que me has mostrado la bombachita... Ni que he sido yo quien te ha regalado la muñeca que hace pipí...

EL HOMBRE. – ¿Ni a mi mamá?

LA MUJER. – Ni a tu papá, ni a tu mamá, ni a tu abuelita...

EL HOMBRE. – (*Falsamente ingenuo.*) ¿Y por qué?

LA MUJER. – Porque después habrá muchas nenas que querrán mostrarme la bombachita para que yo les regale la muñeca que hace pipí...

EL HOMBRE. – Pero la muñeca será para mi sola, ¿no?

LA MUJER. – Para vos sola, querida. Para vos sola...

EL HOMBRE. – Entonces, vamos...

(*La toma a LA MUJER de la mano y la arrastra detrás del biombo.*)

APAGON

(*Cuando se encienden las luces nuevamente, EL HOMBRE y LA MUJER están sentados en el borde de la cama. Terminan de vestirse. Se los nota visiblemente fatigados.*)

EL HOMBRE. – (*Recobrando su identidad.*) ¡Ufa! ¡Esto es cansador!

LA MUJER. – ¡Me lo vas a decir a mí!

EL HOMBRE. – ¿Y así es todos los días?

LA MUJER. – Las fantasías no son tan frecuentes. Pero dos o tres veces por día hay que hacerlas. Los clientes que vienen con sus fantasías son los que pagan más. Hay que sacrificarse...

EL HOMBRE. – ¡Que vida puta!

LA MUJER. – (*Sonriendo.*) ¡Me lo vas a decir a mí! ...

EL HOMBRE. – ¡Pero quiere decir que todos tus clientes son unos cochinos. . .!

LA MUJER. – No todos, pero que los hay, los hay. . .

EL HOMBRE. – ¿Y cuántos hombres te bajás por día?

LA MUJER. – Depende. . . Ya te he dicho: según los meses. Si hay vacaciones de invierno, o si hay vacaciones de verano, o si no hay vacaciones.

EL HOMBRE. – Pero dame un promedio. . .

LA MUJER. – ¡Dale con tus estadísticas!

EL HOMBRE. – ¡Un máximo y un mínimo. . .!

LA MUJER. – ¿El mínimo? Y. . . tres por día. . . Pero he llegado a voltearme unos veinte. . .

EL HOMBRE. – (*Silbando para significar su estupor.*) ¡La pipeta! . . . ¿Y en el lote venían todos esos asquerosos fantasistas?

LA MUJER. – Mezclados, como caramelos surtidos. . .

EL HOMBRE. – A la noche debés llegar destrozada. . .

LA MUJER. – Ya te he dicho que el mío es un trabajo. Es un oficio. Soy una trabajadora honesta. En lugar de embolsar galletitas en una fábrica durante una jornada de ocho horas, fabrico placer y fantasía. Soy una verdadera usina. . .

EL HOMBRE. – Yo no aguantaría. . .

LA MUJER. – Descansá un rato. Después te mostraré otro ejemplar.

EL HOMBRE. – ¡Ufa!

LA MUJER. – Es un siniestro. Quiere verme muerta.

EL HOMBRE. – (*Espantado.*) ¡Esperá! . . . ¡Esperá! . . . ¡No! . . . ¡No! . . .

LA MUJER. – No tengas miedo. . . Acordate que todo es simulado. . .

EL HOMBRE. – (*Picado por la curiosidad.*) ¿Y qué tengo que hacer?

LA MUJER. – Tenés que simular que estás muy enfermo. . . agonizante. Me tenés que pedir perdón por la vida disoluta que has llevado. Y luego tenés que morirte. . . Luego, yo te hago un velorio. Te lloro. Me excito y finalmente me acuesto con la muerte, es decir, con vos.

EL HOMBRE. – ¡Pero ese tipo es un rayado!

LA MUJER. – Los locos son los que más dejan en este negocio. ¿Querés probar?

EL HOMBRE. – (*Duda un momento.*) ¡Hum! ... Decime qué tengo que hacer.

LA MUJER. – Primero te ponés en cama. (*Lo toma de la mano y lo lleva hasta la cama. Lo acuesta. Lo acomoda entre almohadones.*) Tenés que sufrir mucho. Tenés que quejarte.

EL HOMBRE. – (*Siguiendo las instrucciones aunque no muy convencido.*) ¡Ay! ... ¡Ay! ... ¡Ay! ...

LA MUJER. – Con más naturalidad.

EL HOMBRE. – (*Gritando.*) ¡Ay! ... ¡Ay! ... ¡Ay! ...

LA MUJER. – ¡No! ¡Así, no! Gritás como si te dolieran las muelas. Con mayor naturalidad. Acordate que estás a punto de morirte... Estás en las últimas.

EL HOMBRE. – (*Cambiando de tono.*) ¡Ay! ... ¡Ay! ... ¡Ay! ... (*Saliendo de situación.*) ¿Cómo te llamás ahora? ... ¿Cómo se llama el fulano?

LA MUJER. – Federico.

EL HOMBRE. – (*Con exageración melodramática.*) ¡Ay! ... ¡Ay! ... ¡Ay! ... ¡Federico, me muero! Siento que el frío de la muerte invade mi cuerpo... Siento que voy a exhalar el último suspiro... ¡Adiós, Federico! ... ¡Adiós!

LA MUJER. – ¡Con más naturalidad! ¡Parecés la telenovela de las tres de la tarde! (*Por lo bajo*) ¡Pedíme perdón!

EL HOMBRE. – (*Idem*) ¿De qué?

LA MUJER. – De lo mucho que me has hecho sufrir... Por tu vida disoluta.

EL HOMBRE. – Federico: quiero pedirte una cosa.

LA MUJER. – (*Entrando en el juego*) ¡Sí, Lilí!

EL HOMBRE. – Quiero que me perdonés, Federico.

LA MUJER. – No tengo de qué perdonarte, Lilí. No tengo que perdonarte nada...

EL HOMBRE. – (*Patético*) Sí, Federico, perdoname... Te hice sufrir mucho. He sido una mala mujer.

LA MUJER. – (*Saliendo del juego y dictándole por lo bajo*) ¡Te hice sufrir mucho! ¡Fui una puta! ...

EL HOMBRE. – He sido una puta... ¡Una reputa!

LA MUJER. – (*Dictándole*) Te he puesto los cuernos con cuanto hombre tuve a mi alcance.

EL HOMBRE. – (*Repitiendo*) "Te he puesto los cuernos con cuanto hombre tuve a mi alcance..." Yo sé que muchas veces vos te has enterado.

LA MUJER. – No... Nunca me he enterado, Lilí... Son alucinaciones tuyas. Siempre has sido una buena mujer.

EL HOMBRE. – ¡Perdoname, Federico! ¡Perdoname!

LA MUJER. – (*Saliendo de situación. Por lo bajo*) ¡Más patético! ¡Más dramatismo!

EL HOMBRE. – (*Obedeciendo*) ¡Por el amor de Dios, Federico! ¡Perdoname!

LA MUJER. – (*Volviendo al juego*) ¡Te perdono, Lilí! Si vos querés, te perdono (*Por lo bajo*) ¡Confesá todo lo que quieras!

EL HOMBRE. – Tengo que confesarte que cuando vos te ibas al trabajo yo lo hacía entrar el repartidor de los diarios, primero... Después entraba el encargado de la casa de departamentos... Más tarde, el cartero... Antes de que vos llegaras, me acostaba con tu amigo Marcial.

LA MUJER. – ¡No! ¡No es posible! ¡Estás delirando, Lilí! ¡Calmate!

EL HOMBRE. – ¡Quiero seguir confesando! ¡Fuiste cornudo con todo un regimiento! ¡Desde el coronel para abajo! ¿Te acordás Federico cuando fuimos ese verano a la quinta de tu tía Micaela? ¿Te acordás que el regimiento estaba de maniobras en las cercanías? Bueno, mientras vos cazabas perdices, por tu cama pasaron todos, todos, hasta los integrantes de la banda de música! ¡Has sido un gran cornudo, Federico! ¡Perdoname! (*Le toma la mano con un estertor*) ¡Decíme que me perdonás!

LA MUJER. – ¡Te perdono!

EL HOMBRE. – Quiero confesarte algo más horrible.

LA MUJER. – ¡Por favor!

EL HOMBRE. – Te hice cornudo con el gran danés.

LA MUJER. – (*Alarmada*) ¿Con el gran danés?

EL HOMBRE. – ¡Sí! ¡Con el gran danés que cuidaba la quinta!

LA MUJER. – ¿Con ese perro ordinario? Dios mío, Lilí. ¡Estás delirando! ¡No es posible! ¡Con un perro!

EL HOMBRE. – ¡Sí, con un perro! ¡Te he humilla-

do! Y lo peor de todo es que yo se lo contaba a tus amigos con los cuales me acostaba. ¡Y se burlaban de vos!

LA MUJER. – ¿Y qué decían?

EL HOMBRE. – Se reían, Federico. No te tenían lástima... He sido una perdida. Una puta. ¡Te has casado con una puta, Federico!

LA MUJER. – Ahora yo quiero confesarte otra cosa, Lilí.

EL HOMBRE. – Sí, Federico...

LA MUJER. – Yo lo sabía todo... Y no me importaba.

EL HOMBRE. – ¿No te importaba?

LA MUJER. – No, Federico. Porque te quería mucho, porque te amaba. Además, cuando me contaban lo que habías hecho...

EL HOMBRE. – ¡Cosas horribles!

LA MUJER. – ...me excitaba...

EL HOMBRE. – ¿Te excitabas?

LA MUJER. – Sí, me excitaba, y por la noche podía gozarte aún más sabiendo que durante el día habías estado haciendo el amor con tantos hombres... Porque vos eras mía para siempre y no de ellos...

EL HOMBRE. – Sos muy generoso, Federico. Eso lo decís para que yo me muera tranquila.

LA MUJER. – (*Dando un alarido*) ¡No te mueras, Lilí! ¡No te mueras! ¡Mirá que me voy a quedar solo! ¡Te perdono todo, Lilí! ¡Pero no te mueras!

EL HOMBRE. – ¡Adiós, Federico! ¡La Parca me arrastra con sus garras! ¡Adiós! ¡Cuando estés en el Cielo acordate de mí que estaré en el infierno quemándome a causa de todos mis pecados!... ¡Has sido un santo!... ¡Adiós! (*Muere melodramáticamente*).

LA MUJER. – (*Gritando*) ¡Lilí!... ¡Lilí! (*Pausa*) ¿Estará muerta?... ¿Y si solo se tratara de un ataque de catalepsia y estuviese como dormida?... Voy a probar si está muerta... (*Se dirige al mueble y vuelve con una aguja de tejer, inmensa*). Le voy a pinchar la planta de los pies.

EL HOMBRE. – (*Dando un salto y saliendo bruscamente de situación*). ¡Epa, che! ¡Pará la mano...!

LA MUJER. – (*Mismo juego*) ¡Ah, no! Tenés que seguir el juego hasta el final!

EL HOMBRE. – ¡Pero no tenés por que torturarme!

LA MUJER. – A mí, el verdadero Federico me pinchaba la planta de los pies y yo tenía que quedarme inmóvil. Eso lo excitaba.

EL HOMBRE. – Hagamos de cuenta que ya me has pinchado la planta de los pies y que estás excitado. ¿Y después?

LA MUJER. – Después que comprobaba que yo estaba bien muerta, se arrojaba sobre mi cuerpo, decía un largo discurso y me poseía.

EL HOMBRE. – Está bien. Ya has comprobado que estoy bien muerto. . .

LA MUJER. – (*Entrando en el juego nuevamente. Dando un alarido*). ¡Lilí! ¡Estás muerta! ¡Al fin serás mía y solo mía! ¡Esta noche te gozaré después de velarte! ¡Tu cuerpo será mío y de ningún otro hombre! ¡Todos los hombres que antes te gozaban ahora tendrán asco! Soy feliz, inmensamente feliz. ¡Por fin tu cuerpo será mío y de nadie más (*Por lo bajo, a EL HOMBRE.*) ¡No te muevas!

EL HOMBRE. – (*Igual juego, angustiado*) ¿Qué vas a hacer?

LA MUJER. – (*En voz alta, saliendo del juego*) Te voy a velar desnuda y luego te voy a poseer.

EL HOMBRE. – (*Por lo bajo.*) ¡Pero nada de crueldades!

LA MUJER. – (*Igual juego*) No te aflijás (*Volviendo al juego y en voz alta*). Ahora te desvestiré. (*Comienza a desvestirlo lentamente hasta dejarlo completamente desnudo. Luego trae dos candelabros, enciende las velas. Coloca los candelabros a la cabecera de la cama. Reza en voz alta.*) ¡Señor: ten piedad de su alma! ¡Yo la quería! ¡Perdonale todos sus pecados! (*Dirigiéndose al presunto cadáver.*) Y ahora serás mía. (*Comienza a desvestirse y acaricia al falso cadáver.*) ¡Mía! ¡Solo mía! Mía y de nadie más (*Se arroja sobre el cuerpo.*)

APAGON

(*Al encenderse las luces, EL HOMBRE y LA MUJER están sentados en el sillón. Se los ve fatigados. Están terminando de vestirse.*)

EL HOMBRE. – Dos veces es mucho para mí. Tenés

que darte cuenta que ya no soy un pibe, que ya no estoy en edad de hacer proezas. Antes, cuando era adolescente...

LA MUJER. – No comencés a contarme todos tus records sexuales. Esas historias las cuentan casi todos cuando no llegan al tercero.

EL HOMBRE. – (*Cambiando la conversación*). Decime, ¿y vos, todas las veces que vas con un hombre...?

LA MUJER. – ¿Estás loco? Terminaría en un manicomio. O tuberculosa. O muerta. ¡Si ya con soportarlos encima tengo más que suficiente...!

EL HOMBRE. – ¿Y cómo hacés?

LA MUJER. – ¿Cómo hago qué...?

EL HOMBRE. – Cómo hacés para no...

LA MUJER. – Pienso en otra cosa... Cuento ovejas... Cuento vagones... Cuento pajaritos... ¡No! ¡No! ¡Pajaritos, no! ¡Eso es peligroso!

EL HOMBRE. – Oíme: ¿no te parece que es hora de acabar con este juego absurdo, y de que yo me vaya... ¡Ya no doy más! ¡La próxima vez, hago un papelón!

LA MUJER. – ¡Hacé un esfuerzo! ¡Ahora viene lo mejor!... ¡Esta vez no tendrás que emplearte a fondo!...

EL HOMBRE. – ¿Y entonces?

LA MUJER. – Será más sencillo. Voy a representar al señor Sofanor Macías, un hombrecito tímido, un apocado. Es el típico personaje del que todos se burlan. Han comenzado a burlarse de él desde el colegio y más tarde en la oficina. Y porque es tímido, no reacciona. Tuvo una madre terrible. Y un padre tan tímido como él. En cierto modo, repite la actitud del padre ante la vida... Se ha casado con una mujer sargentona que lo manda todo el día. Los hijos también lo mandan. El jefe lo manda... Todo el mundo lo manda. El ha sido hecho para obedecer. Entonces viene aquí no para hacer el amor sino para mandar, para dar órdenes, para sentirse temido. Y a mí me manda, me da órdenes, me domina, claro está que gracias a una módica tarifa. Yo seré el señor Macías.

EL HOMBRE. – Y yo, ¿qué tengo que hacer?

LA MUJER. – ¡Obedecerme!... ¿Comenzamos?

EL HOMBRE. – Comencemos...

(*LA MUJER hace el mismo juego que en cada una de*

las escenas anteriores. Antes de salir le entrega a EL HOMBRE un batón, muy casero, para que se cambie, le pone una peluca con rodete bajo. Luego sale y cierra la puerta. EL HOMBRE se pone el batón. Suena el timbre. Corre y abre. LA MUJER entra.)

LA MUJER. – ¡Buenas tardes, querida!

EL HOMBRE. – ¡Buenas tardes, cariño! ¿Todo va bien en tu oficina!

LA MUJER. – Todo bien. . . Nada más que tuve unas palabras con ese infeliz de López. El tipo se cree que porque es jefe se puede llevar a todo el mundo por delante.

EL HOMBRE. – ¡Hacés bien, tesoro! ¡Hacés bien! No tenés por qué dejarte pisotear. ¡Por eso te quiero, porque sos un hombre! . . .

LA MUJER. – Decime, Lucinda, ¿la comida está servida?

EL HOMBRE. – (*Saliendo de situación*) ¿Qué le digo?

LA MUJER. – (*Mismo juego*) ¡Se te quemó la comida!

EL HOMBRE. – (*Volviendo a su personaje*) ¡Todavía no, mi amor!

LA MUJER. – (*Gritando.*) ¿Cómo? . . . ¿No está lista? ¿Y qué ha pasado?

EL HOMBRE. – (*Haciéndose que lloriquea*) ¡Tengo que confesarte una cosa: me distraje y se me quemó la comida! ¡Tuve que tirarla toda y ponerme a cocinar de nuevo! ¡Tendrás que esperar una hora!

LA MUJER. – (*Conteniendo la rabia*) ¿Y cómo te has distraído?

EL HOMBRE. – (*Falsamente humillado*). Me puse a ver una novela por la televisión y cuando me di cuenta fue cuando sentí el olor a quemado. ¡El guiso estaba negro! (*Se lanza a berrear*).

LA MUJER. – Decíme, Lucinda: ¿cuántas veces te tengo dicho que no tenés que ver esos inmundos novelones por la televisión? Lo único que sacás es que cada día te volvés más bruta. . .

EL HOMBRE. – (*Enjugándose las lágrimas con la punta del batón*) ¡No te permito!

LA MUJER. – ¡Cómo que no me permitís! . . . ¡Yo me permito eso y mucho más! ¡Porque en esta casa yo

soy el que manda. (*Se acerca amenazador con el puño en alto*). ¿Quién manda en esta casa? ¡Decíme! . . .

EL HOMBRE. – ¡Vos, querido! ¡Vos! . . .

LA MUJER. – ¿Y quién tiene que obedecer?

EL HOMBRE. – ¡Yo, querido! ¡Yo! . . .

LA MUJER. – ¡Entonces, que sea la última vez que yo sepa que te entretenés mirando esos novelones por la televisión. ¿Me has oído?

EL HOMBRE. – ¡Sí, querido! ¡Sí! ¡Cómo vos mandés!

LA MUJER. – (*Envalentonada*) ¡Ahora quiero que me rindás cuenta del dinero que te he dado para toda la semana! . . .

EL HOMBRE. – ¡Sí, querido! (*Saca un papel del mueble y se lo extiende.*)

(*LA MUJER se cala unos anteojos y comienza a leer. Luego de unos instantes, levanta la vista y dice:*)

LA MUJER. – Decíme, ¿y qué es esta cuenta de la tienda La Misericordia?

EL HOMBRE. – (*Saliendo del personaje*) ¿Y qué digo?

LA MUJER. – (*Mismo juego*) ¡Qué te has comprado un vestido! . . .

EL HOMBRE. – (*Volviendo a su personaje*) Un vestidito que me compré y que lo estoy pagando en cuotas. . .

LA MUJER. – Decíme, ¿y con qué autorización?

EL HOMBRE. – Yo pensaba. . .

LA MUJER. – ¡Usted no piensa nada! ¿Me entiende? ¡Usted no piensa nada! ¡Aquí el que da la autorización para los gastos, soy yo! ¿O te creés que yo a la plata la fabrico? ¡No, señor! ¡La gano con mucho sacrificio! ¡Tengo que hacer horas extras para que podamos llegar a fin de mes!

EL HOMBRE. – ¡Pero vos, querido, te has comprado un traje! ¡Y yo hace diez años que no me compro un vestido! . . .

LA MUJER. – Yo me he comprado un traje porque tengo que presentarme delante de gente importante. Con el vestido que tenías podías haber tirado unos cinco años más. Lo dabas vuelta, y ya estaba. . .

EL HOMBRE. – (*Gimoteando falsamente*) ¡Pero se me cae a pedazos de viejo!

LA MUJER. – ¡Usted es una derrochona! . . . ¡Una mano larga! . . . ¡Una sirvergüenza! . . .

EL HOMBRE. – ¡No tenés que tratarme así, Macías! . . .

LA MUJER. – ¡Yo la trato como se merece! . . .

EL HOMBRE. – ¡No me merezco tantas humillaciones! ¡Soy una esposa ejemplar! ¡Si fuera una descocada estarías más contento!

LA MUJER. – ¡Si fueras una descocada le daría un buen par de patadas en el culo y la pondría de patitas en la calle! ¿Me ha oído? ¡No sé cómo me contengo! ¿Quién es el que manda aquí? ¿Usted o yo? ¿Quién es el hombre de la casa? ¿Usted o yo?

EL HOMBRE. – ¡Usted, Macías, usted! ¿Quién otro sino usted?

LA MUJER. – ¡Está bien que reconozca! ¡Pero no basta que reconozca! ¡Tiene que obedecer!

EL HOMBRE. – ¡Hago lo que usted me dice, Macías! ¡Pero nunca está conforme conmigo! ¡Ya no sé qué hacer para conformarlo! . . .

LA MUJER. – ¡No tenés que ser tan distraída! ¡Vivís en la luna!

EL HOMBRE. – ¡Pero! . . .

LA MUJER. – ¡No me discuta!

EL HOMBRE. – ¡Pero! . . .

LA MUJER. – ¡No me conteste!

EL HOMBRE. – ¡Sin embargo! . . .

LA MUJER. – ¡Cállese la boca! ¡Se lo digo por última vez! Usted no tiene que opinar sino cuando yo se lo pregunte. ¿Estamos?

EL HOMBRE. – ¡Pero. . .!

LA MUJER. – ¡Mirá, Lucinda, no me hagás enojar que te voy a dar una paliza como el otro día! . . .

EL HOMBRE. – (*Saliendo de la situación ante la amenaza*) ¡Che. . .! ¡Che. . .! ¿No pensarás en. . .?

LA MUJER. – (*Igual juego*) ¡No! ¡Quedáte tranquilo! ¡Seguí! (*Mutación*) ¡Mirá, Lucinda, no me hagás enojar porque voy a darte una paliza como el otro día! . . .

EL HOMBRE. – ¡Si volvés a pegarme, si volvés a ponerme la mano encima como el otro día, me voy a casa de mi mamá!

LA MUJER. – ¡No será posible! ¡Tu madre ha muerto hace tres años! . . .

EL HOMBRE. – (*Desarmado*) ¡Es verdad! . . . ¡Es verdad! (*Rehaciéndose*) ¡Entonces, me voy a cualquier lado!

LA MUJER. – ¿Adónde vas a ir? ¡Si no sabés hacer nada! . . . ¡Vivís gracias a mí! (*Avanza amenazador*) ¿Gracias a quién vivís?

EL HOMBRE. – (*Cubriéndose la cabeza con las manos como para evitar los golpes*) ¡Gracias a vos! . . . ¡Gracias a vos!

LA MUJER. – ¿Entonces, ya que te doy de comer, ya que te visto, por qué no me obedecés?

EL HOMBRE. – ¡Es que sos cruel conmigo, Macías! ¡Sos un hombre! ¿Quién te lo va a discutir? ¡Lo que no sos es un caballero!

LA MUJER. – ¿Cómo decís?

EL HOMBRE. – ¡Qué no sos un caballero! ¡Un caballero no trataría así a una dama y mucho menos a su esposa, a la madre de sus hijos!

LA MUJER. – ¡Es que vos no sos una dama! ¡Y por otra parte, no tenemos hijos!

EL HOMBRE. – ¿Y qué soy? . . .

LA MUJER. – ¡Sos una arrastrada! (*Se aproxima amenazadora. Lo toma a EL HOMBRE por un brazo y comienza a retorcérselo.*)

EL HOMBRE. – (*Gritando*). ¡Ay! . . . ¡Ay! . . . ¡Ay! . . . (*Saliendo de situación*) ¡Che! . . . ¡Que me hacés doler! . . .

LA MUJER. – (*Mismo juego*) ¡No es nada! . . . ¡Aguantá! (*Le suelta el brazo*).

EL HOMBRE. – ¿Y ahora, qué digo?

LA MUJER. – ¡Llorá!

EL HOMBRE. – (*Llorando*) ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta, Macías! ¡Te lo ruego! ¡Por la memoria de tu santa madre!

LA MUJER. – ¡Mi madre era una santa, efectivamente! No le levantaba jamás la voz a mi padre. Ni se atrevía a levantar los ojos cuando él le hablaba. ¡Así que si querés ser como mi madre me tenés que obedecer en todo!

EL HOMBRE – ¡Yo te obedezco, Macías! ¡Yo te obedezco!

LA MUJER. – ¡No me obedecés! ¿Por qué has dejado quemar la comida? ¿Por qué te has comprado ese vestido tan caro sin consultarme? La próxima vez te daré unos buenos azotes para que sepás quién es el que manda aquí. Y ahora andá a la cocina que yo voy a leer el diario (*EL HOMBRE hace ademán de marcharse. LA MUJER sale de la situación pero no regresa a la situación de prostituta sino a la del verdadero Macías, es decir, el hombrecito tímido y sometido por su verdadera mujer. Saca la billetera, cuenta unos billetes y se los extiende a EL HOMBRE.*)

LA MUJER. – (*Como el verdadero Macías*). ¡Tomá, Lilí! ¡Estuviste fantástica hoy! (*EL HOMBRE recibe el dinero un tanto desconcertado*) ¿Quedamos en 300 mil pesos? Medio millón si había golpes. Hoy apenas me excedí: te retorcí un poco el brazo, pero no hubo golpes.

EL HOMBRE. – (*Saliendo de su situación y regresando a su situación verdadera. Con sorpresa*). ¿Cómo? ¿Este también te pega?

LA MUJER. – (*Volviendo a su situación de prostituta*). A veces. . . Cuando se excita mucho. . .

EL HOMBRE. – Pero vos. . .

LA MUJER. – ¿Y qué tiene? Unos cuantos moretones. Accidente del trabajo.

EL HOMBRE. – ¿Y se acuesta con vos luego?

LA MUJER. – ¡No! ¡Macías es un hombre de principios! Le es fiel a su mujer. ¡Nada de cuernos! ¡Ni siquiera con una puta! Ella lo tratará mal, pero él le es fiel. (*Con ironía*). Tal vez por miedo a que si la mujer lo descubre le dé una paliza o lo abandone.

EL HOMBRE. – ¡Qué humanidad! ¡Qué humanidad! ¡Verdaderamente te admiro! ¡Ahora comprendo!

LA MUJER. – ¡No! ¡Todavía falta algo más!

EL HOMBRE. – ¿Aún más?

LA MUJER. – He dejado el plato fuerte para el último. Volvé a ser Lilí. Ponete este salto de cama seductor, incitante, porque ahora yo espero a alguien muy especial, alguien a quien yo realmente quiero, alguien con quien yo gozo y a quien me doy sin trampas. Y hasta le daría mi alma si fuera necesario. (*Saca un deshabillé lleno de volados del placard y se lo tira a EL*

HOMBRE. Este se lo pone. LA MUJER se dirige hacia la puerta, la abre y sale. Pocos instantes después se siente una llave en la cerradura. La puerta se abre y LA MUJER entre en la pieza transformada en Sergio, el gran cafishio. EL HOMBRE, vestido con el deshabillé, está sentado en el sillón leyendo una revista femenina de actualidades.)

LA MUJER. – (*Caminando como un guapo y masticando un palillo*). ¿Qué decís, piba?

EL HOMBRE. – (*Haciéndose la indiferente y siempre leyendo la revista*). ¿Qué decís, Sergio?

LA MUJER. – ¡Tuve un día feroz! ¡Perdí un vagón de guita escolaceando!

EL HOMBRE. – ¿Cuánto. . .?

LA MUJER. – Varios millones. . . ¿Y a vos, cómo te fue?

EL HOMBRE. – (*Saliendo del personaje*). ¿Qué digo?

LA MUJER. – (*Mismo juego*). ¡Decí que te fue mal! . . .

EL HOMBRE. – (*Volviendo a su personaje*) ¡Mal!

LA MUJER. – ¿Pocos clientes?

EL HOMBRE. – Muy pocos. . . ¡Hay una sequía bárbara!

LA MUJER. – Sin embargo, he visto entrar en el bulín varios tipos. . .

EL HOMBRE. – ¿Me estuviste espiando?

LA MUJER. – (*Cada vez más arrabalera*) Controlando la mercadería. Desde el bar de enfrente hice las cuentas. . .

EL HOMBRE. – No todos los que vinieron, consumieron. . .

LA MUJER. – Sin embargo, controlé seis. . . Varios eran clientes viejos, antiguos parroquianos tuyos que jamás te fallan.

EL HOMBRE. – Dos o tres. . .

LA MUJER. – Mirá, Lilí, no vayás a querer pasarme al cuarto. Mejor las cuentas claras.

EL HOMBRE. – Sos desconfiado, ¿no?

LA MUJER. – La desconfianza es la base de la fortuna.

EL HOMBRE. – (*Saliendo del papel.*) ¿Y ahora qué digo?

LA MUJER. – (*Mismo juego*). Que soy insaciable. . .

Que a mí nunca me satisface nada. . .

EL HOMBRE. – (*Volviendo a la situación*). ¿Qué fortuna? ¿Me querés decir qué fortuna? A vos no hay guita que te alcance. Te la patinás toda en los burros o la dejás en la carpeta de monte.

LA MUJER. – Esas son cosas mías. Será mejor que hagamos las cuentas. ¿Dónde está la guita?

EL HOMBRE. – En mi cartera tenés todo lo que hice hoy. . . (*LA MUJER toma la cartera que está sobre el mueble, la abre, saca un puñado de billetes y los cuenta.*)

LA MUJER. – Decíme, ¿vos creés que me voy a tragar semejante perro? ¿No me vas a decir que esto es todo lo que hiciste hoy? Yo tengo mis cuentas hechas. Aquí hay solo un millón de pesos.

EL HOMBRE. – Eso es todo lo que hice hoy. Aunque no lo creas. . .

LA MUJER. – ¡Esperá! . . . ¡Esperá! . . . Según mis cálculos hoy entraron en esta casa los siguientes puntos: un pibe de unos 17 años. . .

EL HOMBRE. – No consumió. Vino, miró y se fue. Un franela que me hizo perder el tiempo. . .

LA MUJER. – Antes estuvo el viejito jubilado, ese que le da por mirar el agujerito del biombo cuando te desnudás. . .

EL HOMBRE. – ¡Ah, sí!

LA MUJER. – ¡Ah, sí! ¡Ah, sí! ¿Y dónde está la guita?

EL HOMBRE. – Quedó en pagarme a fin de mes.

LA MUJER. – Ya te he dicho, Lilí, que no quiero que trabajés al fiado. Al viejo ese, un día le da un estornudo y se nos queda. Y no vas a ir al velorio a cobrarle la cuenta a los deudos. . . Después vino el señor Pascual, ese tipo que le da por la religión.

EL HOMBRE. – Son trescientos mil pesos. . .

LA MUJER. – ¡Pero, che, piba, te estás regalando! . . . Sigamos: más tarde entró el viejo que te hace hacer de nenita. . .

EL HOMBRE. – Esta vez no hizo nada.

LA MUJER. – ¿Y entonces, a qué vino?

EL HOMBRE. – A conversar. . . Anda mal en sus negocios. . . Me pidió que le fiara. . .

LA MUJER. – ¿Y vos le fiaste?

EL HOMBRE. – Claro. Es un cliente viejo. Yo sé que me va a pagar. . .

LA MUJER. – ¡Mirá, Lilí, las cosas no están como para generosidades con los tiempos que corren! Mi capital es mi capital y no tenés por qué tirármelo a la marchanta. . .

EL HOMBRE. – ¿Tu capital?

LA MUJER. – ¿Te has olvidado todo lo que he invertido en vos? Los trapos que te he comprado para que estuvieras presentable cuando dejaste de ser sirvienta? ¿Las lecciones de idiomas extranjeros que te hice dar para que pudieras elevar la calidad destu clientela? ¿Los médicos que tengo quespagar para que lasmaquinaria esté siempre en forma?

EL HOMBRE. – Pero todo eso salió de mi cuero. . .

LA MUJER. – El capital inicial fue mío. ¿Quién te dio la garantía para que alquilaras este bulín? ¡Yo! ¿Quién le tiene que untar la pata al comisario de esta seccional para que haga la vista gorda y no te joda? ¡Yo!

EL HOMBRE. – ¡Pará! ¡Pará! Ya no es una inversión de capital. No confundás las cosas. Una cosa es la inversión de capital inicial y otra son los gastos de mantenimiento. Los gastos de mantenimiento salen de mi laburo.

LA MUJER. – Será tu laburo pero tengo que descontarte los intereses de mi inversión inicial. . . Así que no te hagás la loca. Sigamos las cuentas: ¿Cuánto te dio el viejo que te hace disfrazar de nenita?

EL HOMBRE. – Trescientos mil pesos. . .

LA MUJER. – ¡Confesaste! Pero decíme, ¿vos estás loca?

EL HOMBRE. – Es un cliente estable y hay que hacerle una rebajita.

LA MUJER. – ¡Está bien! ¡Está bien! Finalmente vino el maricón, ese que siempre se casa con vos. . .

EL HOMBRE. – ¡Y ahí está el millón de pesos! Si la aritmética no me falla. Setecientos, más trescientos: un millón. . .

LA MUJER. – ¡Ah! Me olvidaba: primero vino un tipo con cara de boludo.

EL HOMBRE. – ¡Epa! ¡Epa! (*Sale de situación.*)

LA MUJER. – (*Mismo juego*) ¡No te aflijás! No soy

yo quien lo dice. Es Sergio. Acordate que Sergio me estuvo vigilando.

EL HOMBRE. – Bueno, si es así... (*Vuelve al personaje*). Ese no hizo nada...

LA MUJER. – Pero decime, Lilí, ¿qué es esto? ¿Un bulín o el hotel de inmigrantes?

EL HOMBRE. – El tipo no consumió...

LA MUJER. – ¿Y qué quería?

EL HOMBRE. – Era un periodista. Quería hacer un artículo sobre la prostitución en Buenos Aires...

LA MUJER. – Pero, ¿vos sos loca? ¿Querés salir en los diarios? ¡Me querés arruinar el negocio! ¿Y si hubiera sido un cana?

EL HOMBRE. – ¿No decías que lo tenés engrasado al comisario?

LA MUJER. – Al comisario del barrio, sí. ¿Pero quién sabe si el tipo no era un cana de la Central, un tipo de la División Moralidad? Uno nunca sabe... No parece que fueras una veterana en el oficio. Siempre tan confiada. ¿Y el fulano? ¿Qué te preguntó?

EL HOMBRE. – Lo de siempre... Por qué estaba en el oficio... Si me iba mal... Cuánto hacía por día...

LA MUJER. – ¿Y vos te deschavaste?

EL HOMBRE. – ¿Estás loco? Le dije cuatro pamplinas y se fue lo más contento...

LA MUJER. – Pero se quedó un buen rato...

EL HOMBRE. – Unos quince minutos...

LA MUJER. – Ahora que me acuerdo, no lo vi salir. ¿No lo tendrás escondido por ahí? Mirá, Lilí, no me estés ocultando nada. Aquí no quiero líos... Se juega mi prestigio... A esta altura de mi carrera no serás vos quien me va a poner los cuernos. Te podría costar caro. Si te ponés pesada tendré que darte la medicina... Ya sabés que soy de pocas pulgas y que manejo muy bien la toalla mojada.

EL HOMBRE. – ¿Sos desconfiado, no? Hace tantos años que andamos juntos y nunca te he fallado...

LA MUJER. – Pero últimamente te estoy notando algo rara. ¿No tendrás algún garrón por ahí?

EL HOMBRE. – (*Saliendo del personaje*) ¿Y que es un garrón, che?

LA MUJER. – (*Mismo juego*) Un garrón, un beguin, un metejón que consume y no paga.

EL HOMBRE. – ¡Ah. . .! ¿Y después, qué digo?

LA MUJER. – Qué me seguís queriendo. . .

EL HOMBRE. – (*Volviendo al juego*) ¿Un garrón? ¡Cómo te imaginás! ¡Te sigo queriendo! Si no te siguiera queriendo no haría este oficio de mierda para mantenerte. . .

LA MUJER. – ¡Ojo con hacerme los cuernos con un cliente!

EL HOMBRE. – Quedáte tranquilo, Sergio. Quedáte tranquilo.

LA MUJER. – ¡Ahora, venga la guita que falta!

EL HOMBRE. – Buscá si querés. . . Buscá a ver si tengo más plata escondida en otro lugar. . .

LA MUJER. – ¡Eso es lo que voy a hacer! (*Comienza a buscar por toda la habitación: revuelve los almohadones del sillón, luego los cajones del mueble, da vuelta los cuadros. De pronto se detiene.*) ¡Vení, Lilí! ¡Vení! ¡Vení! ¡Sentate en este sillón! (*LA MUJER le obedece con miedo. Se sienta.*) ¡Sacáte los zapatos! (*EL HOMBRE se resiste al principio. Luego se quita uno.*) ¡El otro, te digo! ¡El otro! (*LA MUJER se lo quita por la fuerza luego de un breve forcejeo. Mete la mano dentro del zapato y saca un billete de un millón.*) ¿Con qué no había hecho nada hoy? ¿Y esto? (*Le da un cachetazo.*)

EL HOMBRE. – (*Saliendo de situación.*) ¡Che! ¡Esto no estaba en el programa! ¡Ya lo habíamos dicho!

LA MUJER. – (*Mismo juego*). ¡Pero sí está en mi programa de todos los días! (*Le da otro cachetazo.*)

EL HOMBRE. – ¡Pará! ¡Pará! ¡Que yo no tengo nada que ver en este asunto!

LA MUJER. – ¿Pero no querías saber qué me pasaba todos los días? ¡Bueno ahí lo tenés! (*Le da otro cachetazo.*)

EL HOMBRE. – (*Indignado.*) ¡Pará, te he dicho! ¡O te rompo la cara!

LA MUJER. – Eso también está en el programa. Algunos clientes me quieren romper la cara. O me la rompen. ¡Son unos sádicos!

EL HOMBRE. – (*Completamente sorprendido y desorientado.*) ¿Y vos te dejás pegar!

LA MUJER. – Me defiendo como puedo. Para eso

está Sergio. ¿O para qué crees que sirve Sergio? Para defenderme. El negocio es así. Si no supiera dar unas buenas trompadas, no me serviría. ¿O por qué creés que lo mantengo? ¿Por el gusto de que me saque la guita?

EL HOMBRE. – (*Siempre desorientado.*) ¡Pero él también te da sus buenas palizas! . . .

LA MUJER. – Eso es otra cosa. . . Además, lo quiero. . . No podés saber lo que podemos hacer las mujeres cuando estamos enamoradas. Sergio tiene una cama bárbara. Es el único que me hace gozar. Y eso también se paga. No me importa que me saque la guita, ni que de vez en cuando me afloje unos bifes, ni que me sacuda con la toalla mojada. . .

EL HOMBRE. – ¡Qué gente más loca! . . .

LA MUJER. – ¿Y vos te creés cuerdo? ¡Vamos, pibe! ¡No me hagas reír! Pero sigamos el juego. Yo era Sergio y vos eras yo. Sergio me pedía la plata que había hecho en el día. Yo se la negaba. Entonces él me pegaba así. (*De nuevo le da un cachetazo.*)

EL HOMBRE. – Pará, te he dicho. ¡Pará!

LA MUJER. – (*Corre hacia el placard, lo abre, busca y saca un látigo. Metiéndose en su papel de rufián nuevamente.*) Ya ves, querida Lilí que tenías más plata. Pero estoy seguro de que has escondido un poco más. Ya sabés que a mí no me gusta que me engañen. ¿O querés probar el dulce? (*Se abalanza hacia EL HOMBRE blandiendo el látigo.*)

EL HOMBRE. – (*Aterrado.*) ¡Pará, te digo! ¡Pará! ¿Te has vuelto loca? Esto es un juego. . .

LA MUJER. – (*Verdaderamente feroz. Casi ebria de gozo ante el castigo que está a punto de propinarle a EL HOMBRE.*) ¡La plata, te he dicho! Quiero la guita.

EL HOMBRE. – ¿Estás loca?

LA MUJER. – (*Azotándolo con fuerza.*) Te he dicho que soltés la guita.

EL HOMBRE. – ¡Terminala, que te rompo la cara!

LA MUJER. – ¿Desde cuándo te atrevés a contestarme? ¿Quién es el hombre aquí, decíme? (*Lo azota nuevamente.*)

EL HOMBRE. – ¡Pará, infeliz! ¡Te has vuelto loca! (*Ciego de rabia.*) Te voy a matar.

LA MUJER. – (*Cayendo en un frenesí.*) ¿A quién? ¿A mí? ¡Atrevéte! ¡Es lo único que faltaba! Aquí

mando yo, ¿me entendés? Y solo yo... ¿Quién es tu hombre? ¡Decílo! (*Lo azota en forma salvaje.*)

EL HOMBRE. – ¡Basta! ¡Te he dicho que basta! ¡Esto no es un juego!

LA MUJER. – (*Delirante.*) ¿Y quién te ha dicho que es un juego? ¿Quién es el hombre en esta casa? ¿Quién manda aquí? (*Lo sigue azotando.*)

EL HOMBRE. – ¡Estás loca! (*Consigue apoderarse de una muñeca y se la retuerce. LA MUJER lucha ferozmente. Ambos ruedan, se incorporan. LA MUJER trata de azotar nuevamente a EL HOMBRE pero éste se le arroja encima, la toma de la garganta y comienza a ahogarla.*) ¡Basta, te he dicho! ¡Basta! (*LA MUJER se debate entre las manos de EL HOMBRE que cada vez aprietan más.*) ¡Basta! ¡Ya estoy harto de todo esto! ¿Me entendés? ¡Estoy harto! (*LA MUJER se debate todavía unos instantes, pero luego se desploma al suelo. EL HOMBRE retrocede, jadeante, se apoya en un mueble para tomar aliento. Luego se dirige como borracho detrás del biombo. Saca una peluca rubia con grandes rulos del placard y se la cambia por la que tiene puesta. Luego saca un hermoso vestido de fiesta de color rojo y se viste con él. Después se pone unos zapatos plateados. Como sonámbulo vuelve a la habitación donde la mujer yace muerta, pero pasa cerca de ella como si no la viera. Se dirige hacia la puerta de entrada. La abre de par en par y totalmente atrapado por el personaje de la prostituta que ha venido, realizando durante el juego dice:*) ¡Que pase el próximo cliente!

TELON

Buenos Aires, 1978

INDICE

Ceremonia inútil 7
La Flor Azteca 53
Cambiemos los papeles 105

Capítulo - Las nuevas propuestas

1. Juan José Saer - *La mayor*
2. Andrés Rivera - *Nada que perder*
3. Santiago Calzadilla - *Las beldades de mi tiempo*
4. Héctor Tizón - *El cantar del profeta y el bandido*
5. Elvio E. Gandolfo - *La reina de las nieves*
6. Roberto J. Payró - *La Australia argentina/1*
7. Roberto J. Payró - *La Australia argentina/2*
8. Carlos Dámaso Martínez - *Hay cenizas en el viento*
9. César Bruto - *Consejos para futuros gobernantes*
10. Eduardo Gutiérrez - *Un viaje infernal*
11. Juan José Saer - *Cicatrices*
12. Humberto Costantini - *Háblenme de Funes*
13. Ezequiel Martínez Estrada - *Muerte y transfiguración de Martín Fierro/1*
14. Ezequiel Martínez Estrada - *Muerte y transfiguración de Martín Fierro/2*
15. Ezequiel Martínez Estrada - *Muerte y transfiguración de Martín Fierro/3*
16. Ezequiel Martínez Estrada - *Muerte y transfiguración de Martín Fierro/4*
17. Juan José Hernández - *La ciudad de los sueños*
18. César Aira - *La luz argentina*
19. José Bianco - *La pérdida del reino/1*
20. José Bianco - *La pérdida del reino/2*
21. Juan Carlos Gené - *Teatro. El herrero y el diablo. Se acabó la diversión. El Inglés.*
22. Ernesto Quesada y otros - *En torno al criollismo. Textos y polémica.*
23. Alicia Steimberg - *Músicos y relojeros*
24. Noé Jitrik - *Muerte y resurrección de Facundo*
25. Noemí Ulla - *Ciudades*
26. Juan José Saer - *Narraciones/1*
27. Juan José Saer - *Narraciones/2*
28. Julio Ardiles Gray - *Fantasmas y pesadillas. Teatro. Ceremonia inútil. La Flor Azteca. Cambiemos los papeles*
30. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo - *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*
29. Hebe Uhart - *La luz de un nuevo día*

31. Luis Ordaz - *Teatro. Los cuentos de Fray Mocho. Historias de jubilados. Ensueño*
32. Eduardo Romano - *Sobre poesía popular argentina*
33. Edgar Bayley - *Antología personal. Poemas*
34. Juan Bautista Alberdi - *Peregrinación de Luz del Día*

Adquirido a: Donación Prof. Julio Andrade Gray.
Precio: $/
Explr: Año 2010

Después de **Vecinos y parientes** *Julio Ardiles Gray publica su segundo tomo de teatro con el título de* **Fantasmas y pesadillas**, *una forma de ubicar con precisión la estética de sus obras para la escena. Y esta estética no es otra que la visión de una realidad captada por una lente deformante donde las aristas más irritativas se asoman con estridencia. Porque el teatro de Ardiles Gray se nutre de dos vertientes: el grotesco criollo y los aportes de las vanguardias contemporáneas, crueldad y absurdo incluidos. Si en* **Vecinos y parientes** *hacía saltar a golpes de sarcasmos los prejuicios provincianos de toda clase media, en* **Fantasmas y pesadillas**, *el autor cuestiona la legitimidad de cierto poder político (***La Flor Azteca***), la imposibilidad de asumir al otro en forma total (* **Cambiemos los papeles** *).*

*Nacido en Tucumán en 1922, Ardiles Gray tiene cumplida una vasta labor como cuentista, novelista, periodista y autor dramático. A sus poemas iniciales (***Tiempo deseado**, *1944;* **Cánticos terrenales**, *1951), le siguieron, entre otras obras, las novelas* **La grieta** *(1952),* **Los amigos lejanos** *(1956),* **Las puertas del paraíso** *(1968, Centro Editor) y los cuentos de* **Historias de taximetreros** *(1980).*

Foto de tapa: Fiora Bemporad
Volumen simple

Las nuevas propuestas / 28

Centro Editor
de América Latina
más libros para más

$ a 10.-
($ 100.000.-)